


*Selecta*

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her right eye which is a striking light blue or grey color. Her hair is a vibrant, bright blue. The background is filled with soft, out-of-focus flowers in shades of pink, red, and yellow. A decorative, cream-colored frame with a dark green border is centered over the image, containing the title text.

*Aunque  
sueñe con tu*  
**NOMBRE**

NATALIA SÁNCHEZ DIANA

Aunque sueñe con tu nombre

*Natalia Sánchez Diana*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

A mi estrellita y al pequeño experto en dinosaurios

A Jorge

A mi madre y a mi hermano

«Sí, las flores tienen su lenguaje. La suya es una elocuencia que habla en un silencio perfumado; y en los términos más claros, aunque delicados, expresa las más nobles y tiernas emociones del corazón. Ninguna palabra hablada puede igualar la delicadeza del sentimiento transmitido por una flor presentada en un momento oportuno. Las impresiones más tiernas se pueden manifestar así sin ofensa, y el consuelo se imparte silenciosamente en un momento en que los más suaves acentos de compasión se clavan duramente en el oído».

The language of flowers. Printed by Osborn and Buckingham. New York. 1834

*«The memory of our love shall be,  
As changeless as the cedar tree.»*

«El recuerdo de nuestro amor será  
Tan inmutable como el cedro».

## 1. Chamomile Anthemis ~ Energía en adversidad

*L*incolnshire, 1878

*«Coged las rosas mientras podáis;  
veloz el tiempo vuela.  
La misma flor que hoy admiráis,  
mañana estará muerta».*

*En cuanto abrió los ojos, a su mente acudieron esos versos de Robert Herrick. No se lo comentó a Jane, la doncella que la ayudó a vestirse. Como todos los días, madrugó para salir de la mansión. En la antecocina, se cruzó con Sarah y Elizabeth, las muchachas más jóvenes del servicio, que a esas horas ya lavaban la ropa de los habitantes de la abadía. Sobre una mesa, varias tinas con agua contenían ropa en remojo. Era el día de colada. Otro más. Porque los días continuaban sucediéndose, ajenos a inquietudes y a miedos.*

*—Buenos días, milady —dijeron al unísono.*

*—Buenos días.*

*Atravesó un pasillo y salió al jardín trasero. Fanny y Julie, las doncellas que más tiempo llevaban con la familia, tendían para que el cálido sol matutino, que ya despuntaba con sus primeros rayos, secase las prendas. En las cuerdas se alternaban sábanas blancas de lino y vestidos de luto, que todos lucían desde hacía nueve meses, cuando habían encontrado muerto en*

*su sillón favorito a su padre, lord James Edward, octavo marqués de Ayrton, tras regresar de un baile en la mansión de los Carrington, en plena temporada londinense.*

*Desde aquella fatídica noche, sus vidas se habían detenido.*

*Aguardaban la respuesta a una carta.*

*La había redactado ella, y no se debía a que su caligrafía fuera hermosa y elegante, sino a que su madre se había sumido en un estado de convalecencia en el que languidecía cada día un poco más desde la muerte de su esposo.*

*Florence había tenido que ocuparse de todo desde el primer momento. Había ordenado que se cubrieran los espejos, que se cerraran las cortinas y que se detuvieran los relojes a la hora de la muerte de su padre. Había supervisado las prendas negras que todos, incluido el servicio, llevarían los siguientes meses y se había encargado de que, para el cortejo fúnebre, adornado exclusivamente por plumas de avestruz, dispusieran de dos caballos negros.*

*A sus diecinueve años, había tenido que madurar demasiado deprisa debido a las circunstancias.*

*Entró al invernadero. A través de las cristaleras, la luz del sol se derramaba sobre las flores.*

*«La gloriosa lámpara celeste, el sol,  
cuanto más alto ascienda  
antes llegará a su camino  
y más cerca estará del ocaso».*

*El aroma de las rosas invadió su nariz. A medida que avanzaba, percibió la sutil diferencia de olores: la dulzura de la camomila, la intensidad del azahar, la elegancia discreta de las camelias.*

*Se detuvo junto a una estatua de mármol que presidía la entrada y cerró los ojos. Aspiró profundamente, deleitándose con la mezcla de aromas a la*



*que se había acostumbrado desde que su hermano había mandado construir aquel lugar. Con el paso de los años, había ido añadiendo flores y plantas de todo tipo, desde las típicas rosas que ya crecían en su jardín hasta ejemplares únicos que había traído de sus viajes, o de las semillas que había enviado en cartas y que luego habían resultado flores tan hermosas como las peonías o la fucsia escarlata.*

*Su hermano, que era el favorito de sus progenitores, siempre había disfrutado de los beneficios de ser el heredero. Había ido a Eton y luego había expresado su deseo de viajar y recorrer el mundo. Sus padres habían aceptado y, como consecuencia de ello, había recorrido el continente y luego había ido a Turquía, a Calcuta y más allá.*

*Lo último que ella sabía, por una de las misivas que había recibido de su hermano, era que estaba en el puerto de Cantón, de camino a Japón.*

*Le había facilitado una dirección, a la que había enviado una carta con pocas palabras que encerraban un mundo:*

*Padre ha muerto. Eres el nuevo Marqués. Regresa a casa.*

*Tomó asiento en un banco de mármol y elevó la cara hasta el techo de cristal. Los rayos de sol hirieron sus ojos y los cerró de nuevo.*

*Regresa a casa, hermano. Regresa...*

*Su plegaria silenciosa trató de contener las ideas que poblaban su mente. ¿Y si en alguna de aquellas aventuras su hermano también había muerto? ¿Qué sería de ella y de su madre? El siguiente en la línea de sucesión era un primo lejano, que las enviaría a saber dónde si heredaba todo. En un mundo regido por los hombres, ¿qué sería de ellas? ¿Tendría que aceptar alguna de las ofertas de matrimonio que había recibido los últimos meses para salvar a sus seres queridos y su patrimonio?*

*A veces, odiaba a su hermano. Lo que siempre había sido admiración había ido enquistándose en su interior y se había ido agriando, envenenando sus pensamientos.*

*Su egoísmo las había vuelto vulnerables, y a ella, que había debutado*

*felizmente en la temporada con múltiples invitaciones de Almack's y que había sido objeto de la devoción de la sociedad a la que pertenecía, por ser hija de un marqués cuya línea sucesoria se remontaba a varias generaciones de trayectoria intachable, le había arrebatado la ilusión y otras tantas cosas que no se atrevía a verbalizar, porque no era lo que se esperaba de una dama.*

*«Los primeros años son los mejores,  
cuando la juventud y la sangre están más calientes;  
pero consumidas, la peor, y peores tiempos  
siempre suceden a los anteriores.*

*Así que no seáis tímidas, aprovechad el tiempo  
y mientras podáis, casaos:  
pues una vez que hayáis pasado la flor de la vida  
puede que esperéis para siempre».*

*La idea de casarse, para la que la habían formado e instruido, ahora le horrorizaba, igual que ese poema que no lograba olvidar. Era consciente de que, cada semana que su hermano no respondía a su carta, la empujaba a aceptar un matrimonio con urgencia entre las ofertas que había recibido. Había esperado más. Pero ese «más» se había detenido a la hora en que su padre había muerto. La temporada había acabado para ella y las proposiciones habían cesado. Los bailes, los paseos a caballo en Hyde Park donde podía lucirse para llamar la atención de los aristócratas... Todo se había esfumado, como si nunca hubiera sido más que humo.*

*Había comprendido con tristeza que todo lo que ella había esperado no habían sido más que sueños que su madre había ido perfilando en su cabeza sobre la vida que le esperaba. Ella había creído merecer la vida que le prometían. Más aún, había exigido que se la dieran, porque era hija de un marqués con título y una reputación intachable.*

*Había comprendido que esa vida soñada nunca le había pertenecido*

*realmente. Y lo peor de todo era que su vida, la real, tampoco le pertenecía, ya que estaba en manos de otros. Que la libertad que había creído poseer no era más que un sueño efímero.*

*—Milady...*

*Miró hacia el origen de la voz. Charles, el mayordomo jefe, había accedido al invernadero, con la pose regia y elegante que siempre le acompañaba.*

*—¿Qué sucede?*

*—Ha llegado esto para usted.*

*Impulsada por un resorte invisible, se levantó al mismo tiempo que su mayordomo mostraba lo que llevaba en la mano, que temblaba visiblemente.*

*Era una carta.*

*El corazón se le aceleró, impelido por el pánico.*

*Cuando alcanzó el sobre, estuvo a punto de desmayarse.*

*Rasgó el papel con ansiedad, ignorando el abrecartas que Charles le tendía. Reconoció la letra caótica y amontonada de su hermano.*

*Querida hermana:*

*Estoy en Londres. He regresado a casa.*

*Se derrumbó. Se dejó caer de rodillas y lloró, en una mezcla de alivio, esperanza y temor, que inspiró la ternura en el viejo Charles, que se agachó frente a ella para abrazarla.*

## 2. Honeysuckle ~ Lazos de amor

La alarma en el móvil suena. Abro los ojos de golpe. He tenido de nuevo ese sueño. Recuerdo cada parte como si fuera el fotograma de una película que he visto una y otra vez. A veces me sorprendo de lo real que me resulta. Puedo sentir el sol sobre el rostro, el aroma de las flores del invernadero, pero, sobre todo, siento las mismas emociones siempre, que van desde el miedo al alivio, pasando por un rencor tan enquistado y real que me deja sin aliento y que más de un día me ha hecho despertar sobresaltada y con el pecho agitado.

Me levanto de la cama y me dirijo al cuarto de baño. No me miro en el espejo. No lo necesito para saber el aspecto que tengo. He dormido poco y mal. Mi cabello, que acaricia los huesos de mis clavículas, está teñido en un color azul claro, pero la raíz ya es más que evidente, como una línea negra que surca un cielo añil.

Tengo que ir a la peluquería de mi amiga Andrea, pero ese es un gasto que no puedo permitirme en este momento, por culpa de mi insensato hermano Guille, al que he tenido que hacer un préstamo que ha acabado con mis últimos ahorros y que sé que no va a devolverme en breve.

Me meto en la ducha. Me encanta el agua caliente, casi hirviendo. Permanezco bajo el chorro un rato, usando un gel que huele a lilas y que se ha convertido en mi favorito desde que lo descubrí por casualidad en una tiendecita de barrio.

Cuando salgo, me siento renovada; mi estado de ánimo ha cambiado y el

sueño que ha ocupado mi mente ha vuelto a ser solo eso: un sueño inquietante de esos que tengo desde que era niña.

El agua se ha llevado con ella la sensación de que todo era real, de que estaba desesperada por no haber recibido respuestas a aquella carta... Hasta que por fin la había recibido.

Me miro ya en el espejo, analizando mi aspecto mientras me seco el pelo con la toalla. Mi cara, fina y alargada, está tostada por el sol en el puente de la nariz, la frente y las mejillas, al igual que el cuello, la parte externa de los brazos y de las manos, mientras que el resto de mi cuerpo permanece blanco como la nata. Por mi trabajo como camarera, con jornadas de catorce horas, solo veo el sol cuando sirvo en la terraza, pero la realidad es que paso demasiado tiempo en el interior de la cafetería y detrás de la barra.

Aun así, me veo favorecida con ese «moreno por partes», como dicen mis amigas, y no me siento incómoda porque ningún hombre me ve desnuda desde que rompí con Jon, cuando este se marchó a trabajar a Berlín hace más de un año.

Me pinto la raya en los ojos con un *eyeliner* negro, dibujando un trazo que decora el párpado superior y termina en un dibujo ascendente, haciendo que el ojo, en un tono azul claro, parezca más grande. En la nariz llevo un *piercing* que ni a mi jefe ni a los clientes les importa, así que no tengo que quitármelo.

Me pongo unos vaqueros, una blusa, mi abrigo rojo y me calzo las Converse. Agarro el bolso. La noche anterior llegué tan agotada de la cafetería que me dejé caer sobre la cama y me dormí. No revisé el móvil, así que descubro que tengo decenas de mensajes por leer. Algunos son de mis amigas, contando cotilleos y novedades de sus vidas. Otros son de mi jefe, cambiando de nuevo el horario para el final de esta semana.

Hay uno de Jon, mi ex.

Siento algo raro en el estómago. Hemos pasado meses sin escribirnos y ahora de repente, aparece un «Hola».

No voy a responderle. Al menos, en este momento.

Y, por último, hay mensajes de mi hermano.

«¿Te acuerdas de que mañana tenemos que ir al notario? Te adjunto la dirección».

Claro que lo recuerdo. La semana pasada recibimos la noticia de que nuestra tía Margarita había fallecido. Y nosotros somos los herederos de lo poco o mucho que la mujer tenía.

«A las doce nos vemos. No llegues tarde», respondo, justo antes de salir de mi modesto apartamento.

Un rato después, el traqueteo del tren acompaña mis pensamientos mientras el incesante movimiento en el vagón sacude mi cuerpo. Nunca he entendido cómo la gente puede conciliar el sueño en los vagones de cercanías.

Miro por la ventana. El paisaje fluye al otro lado del cristal mientras nos alejamos de Valencia. A lo lejos puedo ver una carretera por la que transitan vehículos a toda velocidad. Un pequeño pueblo se dibuja en la colina de una montaña, compuesto de casas blancas salpicadas de alguna finca y algún campanario. Hacía años que no tomaba esta línea. En realidad, hacía años que no viajaba en tren. Sin embargo, recuerdo cada parada, cada estación, cada pueblo. Las cosas no han cambiado. El tiempo se ha detenido y la crisis ha congelado los pueblos, impidiendo el desalmado desarrollo que los estaba transformando. Algún almacén a medio construir, alguna cantera abandonada, un polígono con pocos coches y naves vacías son las únicas evidencias de que los años han pasado.

Recibo un *whatsapp*. Mi hermano me espera para recogerme.

Vuelvo a mirar por la ventanilla.

Guille es el único familiar vivo que me queda. Siempre nos hemos tenido el uno al otro, forjando un lazo inquebrantable, pero ahora, después de la muerte de nuestra tía, ese lazo es más fuerte, a pesar de las diferencias entre nosotros y a pesar de las responsabilidades con las que yo cargo y que espero aliviar con la documentación que hoy van a entregarnos.

Voy a la lectura del testamento de mi tía porque el notario ha insistido en que mi presencia es imprescindible, ya que hay una carta para mí.

¿Qué puede contener? ¿Las últimas voluntades de mi tía sobre qué hacer con sus cenizas? ¿O tal vez una disculpa por haberse desentendido de nosotros cuando cumplimos la mayoría de edad? ¿Qué ha pasado por la cabeza de esa mujer desde la última vez que la vimos... hace ya demasiados años?

Mi mente rememora aquel día, cuando acudí a pedirle dinero para sacar a Guille de un aprieto. Y ella, sin levantarse de su sillón favorito y con apenas un movimiento de cejas para darme a entender que me había oído suplicar, nos negó la ayuda, a pesar de que disponía de locales que alquilaba y varios negocios que le permitían tener una vida acomodada. Así que, desesperada, acudí a un cliente de mi cafetería con el que había forjado una amistad.

Ese cliente era Jon. Él sí que nos ayudó y aceptó que yo le devolviera el dinero poco a poco, mes a mes, porque él venía de una familia acaudalada y no lo necesitaba. Cuando pagó la última cuota, me pidió una cita. Así había empezado la relación, que se había roto repentinamente cuando él me había pedido que me marchara con él a Berlín... Y yo lo abandoné pese a que creía estar enamorada de él. ¿Me arrepentía? Durante un tiempo lo hice, pero los meses se han ido encadenando después de aquello y el dolor ha ido menguando hasta que todo se ha colocado en su sitio. Jon en el pasado, el presente en el presente y el futuro... ¿Qué futuro? Solo con pensarlo, me echo a temblar. No hay mañana, ni dentro de una semana, ni de un mes... No para mí. Esta cabeza mía hace un fundido a negro cuando trato de hacer planes, así que me dedico a pensar en mi día a día. Nada de futuro, nada de sueños y, por supuesto, nada de esperanzas que no traen más que dolor a mi vida.

Vuelvo a mirar el móvil.

«Hola» se puede leer en el mensaje de Jon.

Solo una palabra que puede significar el preludio a otras muchas:

«Hola, ¿cómo estás? Te he echado de menos».

«Hola. He conocido a alguien. Voy a casarme».

¿No es esa la típica noticia que se transmite cuando se llega a cierta edad?

Guardo el móvil en el bolso para reprimir las ganas de responderle.  
Además, por suerte, ya estoy llegando a mi destino.

El tren se adentra en el túnel que conduce a la última parada del recorrido.  
Las luces artificiales iluminan las vías, temblando con el movimiento.

Hoy mi vida puede cambiar de nuevo. Solo espero que sea para bien.



### 3. Snowdrop ~ Esperanza

**M**i hermano es una sonrisa que no ha cambiado con el paso de los años. Es una explosión de pecas que se extienden desde la nariz y que cubren todo su rostro alargado, incluso la línea del labio superior, con tres lunares que se asemejan a una constelación. Sé que Guille esconde más pecas en los brazos largos, repletos de músculos fluidos y marcados, y que posee también pecas en el torso delgado y pálido. Yo, en cambio, no he heredado ni una sola.

Guille es también cabello castaño con reflejos dorados, como si el sol que brilla en el Mediterráneo, y que él tanto adora, se hubiera quedado prendido solo en algunos mechones. Esos que siempre caen sobre su frente y que se pasa la vida echándose hacia atrás, aunque sirve de poco, porque vuelven a su lugar, tan rebeldes como él mismo.

Y es ojos grises, en el tono de las primeras nubes que llevan lluvia, porque dice que nuestras vidas han sido una concatenación de nubarrones, tormentas y rayos, pero que él no se rinde y sabe que algún día (ese es su mantra particular) saldrá el sol.

Todo esto hace que Guille sea aventurero, soñador, irresponsable, valiente y un completo caos... La ropa que lleva siempre le viene dos tallas más grandes, con arrugas aquí y allá y cierto aire bohemio, aunque es cara y a la última moda, porque mi hermano es también caprichoso y no le da importancia a lo que cuesta ganar el dinero. O, más bien, no valora lo poco que cuesta perderlo.

Está apoyado en un viejo coche de los noventa, un pequeño Escarabajo, que es lo único que se ha salvado de sus malas decisiones.

—Pequeñaja... —dice él, abrazándome.

Yo, que soy bajita en comparación con Guille, apoyo la cara en su pecho. Aprecio que el corazón le late a toda prisa, me deleito en la sensación de su calor y de su aroma, el mismo de siempre, envolviéndome.

—Ha pasado casi un año y aún no había visto en persona tu nuevo *look* — dice refiriéndose a mi tinte lapislázuli.

Alzo la cara, apoyo la barbilla en su pecho y lo miro.

—¿Veredicto?

—La que es guapa es guapa.

—Y tú eres un pelota.

—Entra en mi papel como hermano.

Le sonrío y volvemos a fundirnos en un abrazo.

—Venga, que no podemos llegar tarde.

Un cuarto de hora después, estamos esperando en el notario, que tiene otros clientes. Guille musita algo de que esto sí que es una profesión en la que no han notado la crisis, porque siempre habrá herencias, ya que siempre habrá muertes. Pongo los ojos en blanco y le pido que tenga un poco de respeto, porque el comentario ha generado caras largas en las personas que nos rodean en esta sala que destaca por su sobriedad. No hay cuadros en las paredes ni decoración. A lo largo de toda la estancia hay sillas contra las paredes y en el centro, una mesita baja de cristal. No hay ni una triste revista de cotilleos para entretener el tiempo.

Miro a mi hermano. Parece nervioso. Se remueve sobre el asiento, cambiando de postura. Cruza y descruza las piernas, se pasa la mano por el pelo, mira el móvil.

—¿Va todo bien, lechuguino?

Él me mira y lo veo: lo mismo que he visto otras tantas veces... El miedo que precede a uno de sus líos.

—¿Qué has hecho esta vez?

En la expresión de mi hermano se dibuja la desolación.

—Tina y Guillermo Martínez, pasen, por favor —nos dice una mujer.

Guille aprovecha para ponerse en pie con rapidez y escapar. Aun así, pienso interrogarle a conciencia en cuanto tenga ocasión, porque no va a librarse tan fácilmente.

Seguimos a la mujer hasta la última puerta, donde hay un despacho mal iluminado. Detrás de un escritorio nos aguarda un hombre vestido de *tweed*, con un conjunto que puede tener más años que nosotros dos juntos y con unas gafas de pasta que parecen del siglo pasado.

—Siéntense, por favor —nos dice, al tiempo que señala las sillas que quedan frente a la mesa.

Obedecemos y esperamos, mientras el hombre extiende unos papeles frente a él.

—Su tía Margarita Diana, que falleció la semana pasada, fue tajante en cuanto a sus últimas voluntades. Encargó a una amiga que se hiciera cargo del funeral y de todos los detalles relacionados. Incluso dispuso qué debía hacerse con sus cenizas.

—Nadie nos avisó de que había muerto hasta hace unos días —informo.

—Lo sé. Su tía así lo quiso. Del mismo modo que quiso que vinieran aquí juntos a la lectura del testamento. Ha dejado dos cartas. Una para ambos y esta dirigida a usted, señorita Martínez. En primer lugar —dice, subiéndose las gafas sobre el puente de la nariz—, voy a leer la que está dirigida a ustedes.

Nos miramos sorprendidos y Guille se encoge de hombros.

—Queridos sobrinos —comienza a leer con voz monótona—: A pesar de que hace años que no mantenemos contacto, he estado al día de vuestras vidas y vuestros problemas. Sé que Guille ha metido la pata más veces de las que quisiera, pero confío en su propósito de enmienda de ahora en adelante. No voy a disculparme por lo que pasó hace años. Teníais que aprender lo que es la vida, abandonar mi protección para enfrentaros a las adversidades y forjar

lazos entre vosotros. Espero que con mis últimos bienes podáis encauzar vuestros destinos. Vuestra tía, Margarita.

Se hace un silencio. Miro al notario, que tiene la misma cara sosa e inexpresiva de antes. Me pregunto cuántos testamentos y cartas de ese estilo lee al día sin inmutarse.

—¿Eso es todo lo que tenía que decirnos? —pregunta Guille, alzando una ceja. Parece a la vez sorprendido y desilusionado.

—Hay otra carta, que, aunque está dirigida a Tina, les incumbe a los dos.

—Pues léala —le digo.

El notario carraspea, se ajusta de nuevo las gafas y me pasa la carta para que la lea yo. Alcanzo el papel. Me siento curiosa y con los nervios bailando en mi estómago. Cuando mis ojos ven las palabras, las reconocen al instante. Es la letra fina y elegante de mi tía, todo líneas rectas y pulcras, sin tachones ni manchas. «Perfeccionista hasta el final», pienso.

Comienzo a leer:

Querida Tina:

Sé que no fui justa, que no te ayudé cuando acudiste a mí. Me he arrepentido muchas veces, pero esperaba que Guille aprendiera de sus errores y no te arrastrara con él. Aun así, sé que tu amor por él es tan inmenso que tratarás de salvarle una y mil veces por ese lazo que tenéis forjado y que es indestructible. Te dejo a cargo de su salvación una vez más, porque a lo largo de los últimos años he descubierto cosas de nuestra familia que tú también debes conocer. Siempre te has sentido perdida, ajena a ti misma. Como si estuvieras viviendo una vida que no era la tuya. Tal vez puedas encontrarte de una vez y hallar las respuestas a todas las preguntas que están en tu cabeza desde antes incluso de que murieran tus padres.

Os lego mis bienes, mis locales, mi dinero, todo.

Pero hay una condición. Tienes que traer ante este mismo notario un libro. No uno cualquiera.

Hay un ejemplar de *Language of Flowers*, publicado en 1884 en Londres por George Routledge and Sons. Su ilustradora fue Kate Greenaway, pero el libro que tienes que encontrar es un original con una marca distintiva. En la última página tiene unas palabras escritas en japonés junto a un dibujo de una flor de cerezo. He dejado al notario una copia de las palabras y una fotografía para que verifique que encuentras el ejemplar correcto. Si lo consigues, toda mi fortuna pasará a tus manos y podrás sacar a Guille de todos sus problemas de ahora en adelante.

Un abrazo.

Releo la carta varias veces. Luego miro a mi hermano. Parece tan sorprendido como yo, pero en él bullen más emociones: el miedo, el nerviosismo y, por fin, la esperanza. Si todo es cierto, si encontramos el libro y lo entregamos, adiós problemas económicos, hola tranquilidad.

El notario nos explica más cosas sobre la herencia de nuestra tía, insistiendo en que hay un plazo de unos meses para encontrar el libro en cuestión. Nos pasa sus datos de contacto personales y nos despacha con rapidez, porque hay más clientes en la sala de espera. Así que, sin asumir todavía la noticia, nos vemos de nuevo en el Escarabajo, de camino a Valencia.

—Te has pasado la estación.

—Lo sé. Te llevo a casa. No tienes necesidad de ir en tren.

Miro a mi hermano, entrecerrando los ojos con sospecha.

—¿Qué le ha pasado a tu piso?

—Me he retrasado con el alquiler y me han tirado.

—¿Y el préstamo que te dejé?

—Era para pagar otras cosas. Tuve un lío con Cristoff, el ruso.

Conozco a ese tipo. Ha sido una mala compañía intermitente en la vida de Guille, relacionado con timbas de póquer y apuestas ilegales. Trato de que mi hermano no note la decepción que me embarga.

—¿Te vas a quedar conmigo una temporada?

—Si no es mucha molestia... —Guille acaba de darme un motivo más para encontrar el libro: ha perdido dinero, a saber cuánto y, además, no tiene dónde vivir.

—No, no es molestia. Sabes que no —digo, resignada.

—Si encontramos el libro...

—Si encontramos el libro, me tienes que prometer que nada de líos, nada de aventuras empresariales ni de inversiones sospechosas con Cristoff ni...

—Te lo prometo, Tina. Esta ha sido la última.

Por la mirada de mi hermano, sé que hay más cosas que no me está contando. Si vamos a pasar juntos una temporada, acabaré descubriéndolas e incluso, con suerte, puedo controlarlo mientras estemos bajo el mismo techo, aunque sea para recordarle la promesa que acaba de hacer.

## 4. Woodbine ~ Amor fraternal

*Su hermano estaba vivo. Y regresaba.*

*Su madre había abandonado la convalecencia, uniendo las manos para agradecer al cielo que sus plegarias habían sido escuchadas. Luego, había roto a llorar recordando la ausencia del marqués. En ningún momento preguntó a Florence cómo estaba o cómo se sentía. Durante los últimos meses, se había encargado de todo, ayudada por el servicio, que la había asesorado en las tareas que antes llevaba a cabo su padre y que habían recaído sobre ella.*

*Había descubierto que de su debilidad nacía su fortaleza.*

*Cuando su hermano regresara, podía volver a ocuparse de banalidades, de bailes, de pretendientes, de salones de té y de vestidos...*

*Con ese pensamiento, se encaminó al invernadero que su hermano había mandado construir para ella cuando había cumplido quince años.*

*Recorrió los pasillos entre parterres, divagando sobre el futuro que había recuperado.*

*Y que, de repente, no deseaba tanto como esperaba. Se detuvo frente a una madreselva, cautivada por su fuerte aroma. Las flores, en pequeños racimos, tenían colores que iban de una tonalidad crema a una amarilla, aunque habían desarrollado una coloración naranja, con un toque carmesí, porque estaban ya polinizadas. Acarició una flor. Siempre le recordaban a una boca abierta con delgadas lenguas asomando.*

*Y no pudo evitar recordar la risa de su hermano cuando le había expresado ese mismo pensamiento. Él, que acababa de cumplir dieciocho y se marchaba a la prestigiosa Eton a estudiar, mientras que ella se quedaba allí, en el calor del hogar, protegida y amada por sus padres.*

*—Siempre has sido diferente, Florence. Ninguna dama vería cabezas con lenguas en madreselvas. Ojalá no cambies nunca.*

*Había cambiado. Poco quedaba ya de esa ingenuidad e imaginación. Ahora era realista. Y, aunque no quiso, culpó a su hermano por ello.*



## 5. Borage flowers ~ Franqueza

Paso los días siguientes buscando el libro. Busco información en Internet. Casi me echo a llorar cuando descubro que se habían vendido más de diecinueve mil ejemplares de la primera edición. Eso, unido a que han pasado ciento treinta y cuatro años, y a mi poca pericia, me dificulta la búsqueda. Por suerte, decido llamar a mi amiga Maca, que se dedica a la compra y venta de antigüedades. Después de explicarle la situación, se planta en mi casa con un *cappuccino* para llevar y me explica dónde puedo buscar, cómo hacerlo para ser más eficiente e incluso me pasa unos contactos del mundillo que se encargan de buscar el libro en Europa.

Hemos ido descartando ejemplares. Al tratarse de uno tan específico, la búsqueda se va reduciendo y, unos días después, mi amiga aparece de nuevo por mi casa con una noticia.

—Vale, no te emociones, porque cabe la posibilidad de que no sea este el ejemplar, pero un amigo de total confianza me ha dicho que lo tiene.

—¿Dónde?

—En una tienda de antigüedades de Madrid. ¿Quieres ir a por él?

—¿Crees que podríamos ir?

—Ya he reservado un billete del Ave para ti. —Ante la cara que ve en mí, añade —: Y también he dado un dinero en señal, pero no te agobies. No tienes que preocuparte.

—Aun así, quiero devolverte el dinero.

—O podrías simplemente no oponerte a que le pida una cita a tu hermano, ahora que se está quedando contigo una temporada.

Abro la boca para responderle, pero me siento tan sorprendida que no encuentro las palabras. ¿Desde cuándo mi amiga, una mujer de éxito, está interesada en el calavera de mi hermano?

—Sé que tu cabecita está especulando —añade Maca—. Así que te diré que estoy colada por él desde que íbamos al instituto.

—Pero mi hermano es un desastre, Maca. Es irresponsable e inmaduro. Es un caos.

—Puedo arreglar su caos.

—El caos no se arregla, te acaba absorbiendo —le digo, midiendo las palabras para no herir sus sentimientos.

—Lo dice la que no se molestó en crear caos con Jon —me dice Maca, con su habitual franqueza.

—¿Qué?

—Jon me ha escrito, Tina. Quiere verte.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi hermano y su irresponsabilidad, que era de lo que estábamos hablando?

—Tiene que ver con que yo me arriesgo. Pero tú... Estás contenida, cautiva... Como esperando a alguien que no sabes si llegará. Vas de casa al trabajo, arreglando los líos de tu hermano, y eso no te deja ver más allá. No quieres ver más allá.

—Trato de ser la responsable, mientras que el lechuguino que tengo por hermano no sabe mantener nada. Por su culpa hemos perdido lo que teníamos de nuestros padres... Lo que recuperamos de su viaje a Japón y todo lo demás. Ha perdido hasta su propio piso. Solo le queda el Escarabajo. ¿Crees que tengo ganas de enamorarme? ¿De pensar en alguien, de sentir mariposas, de hacer el amor? Pues no. Porque no puedo.

—Pues no puedes seguir viviendo así.

—Bueno, pues es lo que hay —contesto, tratando de zanzar el tema. Me

limito a enfurruñarme y a beber café sin mirar a mi amiga, que parece estar trazando un plan.

—Vamos a hacer un trato —dice Maca unos instantes después—. Si recupero las piezas de tus padres, las del viaje a Japón y el resto de las joyas de tu madre, ¿tratarás al menos de salir de tu «escondite emocional»?

—¿Mi escondi-qué?

—No te hagas la ingenua. Sabes que tengo razón. Así que ¿hacemos un trato o no?

Me lo pienso un buen rato, pero acabo estrechando la mano de mi amiga. Aunque no creo que consiga lo que se ha propuesto, no se lo digo.

—¿Por dónde quieres que empiece? —pregunta.

—Me gustaría recuperar el broche de rubíes —digo, levantándome del sofá. Me acerco al mueble del salón y cojo un álbum de fotos. Vuelvo a su lado. Lo abro y paso las páginas. Le enseño una fotografía de hace unos años, en la que yo misma aparezco con un vestido amarillo y el broche—. Me lo puse antes de empeñarlo y me hice esta foto. Por si no podía recuperarlo.

Maca saca su móvil y captura la imagen. Luego le enseño el resto de las joyas que pertenecieron a mi madre: el camafeo de marfil y un estuche de plata. Los fotografía.

—Recuerdo que también había un guardapelo, pero no sé por qué no está la foto. A lo mejor se perdió... No sé.

—Pues lo volverás a tener todo como que yo me llamo Macarena Duque. Y, ahora, coge las cosas que te vas a Madrid.

Antes de que cierre a mediodía, estoy cruzando el umbral de una pequeña librería en el Barrio de las Letras de Madrid. Ha sido un día de locos, con un viaje exprés en Ave, otro en metro y casi una hora perdida tratando de encontrar el lugar, hasta que me he dado por vencida y he preguntado. Por suerte, un policía local ha sido muy amable y prácticamente me ha escoltado

hasta aquí.

Me acerco al mostrador con rapidez.

—Buenas tardes, sé que van a cerrar para comer, pero es que he venido desde Valencia porque una amiga mía ha hablado con ustedes sobre un libro. Es un ejemplar antiguo. *Language of flowers* se llama.

—¡Ah, sí! Sé de qué me habla. El que tiene unas palabras en japonés al final... Espere un momento. ¡Clara!

El caballero se mete a una trastienda y le pierdo de vista. Comienzan a pasar los minutos y los nervios se apoderan de mi estómago.

—Señorita, perdone, pero ha habido un error.

—¿Un error?

—Sí, al parecer, esta misma mañana, una persona se ha llevado el ejemplar. Ha insistido mucho y ha pagado un precio muy elevado por él.

Siento que mi mundo se detiene. ¿Lo he oído bien? Creo que le pido que me lo vuelva a explicar, porque de verdad que tengo la cabeza embotada.

Y sí, lo que me repite acaba por desanimarme.

—No me lo puedo creer. Me aseguraron que me habían reservado el ejemplar del libro —protesto indignada.

—Lo sé, señorita. Ha sido un error de mi empleada.

—Aun así, ha faltado a su palabra, señor Ordaz. Le prometió a mi amiga que había reservado el ejemplar. Ella le dio un dinero para ello.

—Lo sé. Y lo único que puedo hacer es darle la dirección del caballero que se lo ha llevado. Sé que es quebrantar la intimidad de mis clientes, pero, como se trata de un error, trataré de enmendarlo de la mejor forma posible, ya que conozco y aprecio a Maca.

—De acuerdo.

—Tome, es esta.

Me tiende un papel con una dirección. Sorprendentemente, es en Valencia, en mi ciudad.

Hay un nombre.

*Señor Kimura.*

Siento un cosquilleo en el vientre cuando leo el nombre. Es una sensación breve, que me quito de encima sacudiendo el cuerpo.

—Bien. Algo es algo. Gracias de todos modos.

## 6. Lemon Geranium ~ Encuentro inesperado

Este día se ha hecho largo. He regresado a Valencia en tren y decido no pasar por casa. Me voy directamente a la dirección que me han dado, por si tengo suerte y el tal señor Kimura ha regresado con el libro y puedo abordarle antes de que se deshaga de él y le perdamos la pista de nuevo.

Desde la parada del tren he tomado el metro hasta el centro. Si me doy prisa con esta gestión, estaré en casa antes de que anochezca. La dirección está ubicada en la mejor zona de la ciudad, así que calculo que me dará tiempo.

Me siento muy cansada. El viento me golpea con intensidad cuando emerjo en la superficie. Miro el cielo. A pesar de que el sol está fuera, despidiéndose en un atardecer dorado, unas nubes se ciernen sobre el horizonte, acercándose con velocidad. Un trueno tiñe el cielo de violeta. Me estremezco. Apuro el paso y callejeo hasta llegar a una zona repleta de edificios antiguos cerca de la Plaza de la Virgen, en plena Ciutat Vella.

Después de caminar un rato más, llego al portal.

Toco el timbre y espero. Nadie responde.

Vuelvo a tocar el timbre. De nuevo, nada.

Suena mi móvil. Es Guille. En cuanto descuelgo, noto el nerviosismo en el tono de la voz de mi hermano.

—¿Qué pasa?

Guille solloza. La inquietud se instala con rapidez en mi estómago.

—¿Estás bien?

—Lo siento, Tina, de verdad.

No consigo captar lo que mi hermano dice a continuación. Otro trueno rasga el cielo y unos segundos después, las gotas de lluvia caen con una violencia inusitada, empapándome por completo.

—No quería ser tan mal hermano, nunca he querido... Yo... Siempre he sentido que mi vida estaba incompleta...

—Guille, no te oigo bien —digo apretándome el móvil contra la oreja, en un vano intento de percibir con nitidez las palabras de mi hermano—. ¿Qué está pasando?

—Consigue el libro, por favor —dice, entre sollozos, antes de cortar la llamada.

Miro la pantalla y trato de devolverla, pero me salta el buzón. Lo intento un par de veces más con idéntico resultado. Luego, guardo el móvil en el bolsillo y alzo la cara hasta el panel donde pueden leerse los nombres de los habitantes de esta finca.

Presiono de nuevo el timbre, que suena como un graznido.

Espero.

Nadie responde. No está aquí y no sé cuándo volverá, porque tal vez aún sigue en Madrid, y yo quiero volver a casa, cambiarme de ropa y meterme en la cama.

La intensidad de la lluvia no ha disminuido y el viento la transporta como si la repartiera con abrazos helados que calan hasta los huesos.

Decido que lo mejor es marcharme. Comienzo a correr, pero las suelas de las Converse me hacen resbalar. Pronto estoy en el suelo.

Quiero reírme. Pero en lugar de eso, me echo a llorar. Unos instantes después, esto ha devenido en una mezcla de risa con llanto. Me siento avergonzada y también me parece una situación ridícula y divertida, pero luego siento un pesar irremediable que me va cubriendo y que acaba transformado en un llanto profundo que asola mis ojos. Me los limpio con los dedos, pero las lágrimas han decidido no desaparecer. Y se están enquistando,

agitando mi cuerpo en mitad de la acera.

¿Por qué lloro? Yo, que soy dura, que me defino a mí misma como indestructible, que me reinvento, que recompongo mis pedazos. Yo que, desde que descubrí el *Kintsugi*, una técnica japonesa que consiste en reparar objetos rotos de cerámica con barniz de resina mezclado con polvo de oro y que forma parte de una filosofía que dice que las roturas y las reparaciones forman parte de los objetos, y que deben mostrarse para embellecerlos porque cuentan su historia, adopté esa filosofía como mía. Cada herida, cada cicatriz, cada fracaso cuenta quién es Tina y por todo lo que he pasado. Eso me embellece, me vuelve valiente. Única.

Entonces, ¿por qué estoy llorando? ¿Por qué siento que esas heridas selladas con oro se han abierto de nuevo?

Cuando recupero algo de fuerzas, me pongo de pie dispuesta a irme a casa. Y me doy de bruces con alguien.

—Lo siento.

Alzo la cara y le veo. Es alto, mucho más que yo. Lleva un traje gris claro y un paraguas negro, que echa hacia delante para protegerme de la lluvia.

Le miro, olvidando que tengo los ojos hinchados y enrojecidos, el pelo azul pegado a la cabeza y el abrigo adherido al cuerpo como una segunda piel.

Él me mantiene la mirada. Sus ojos rasgados parecen sorprendidos. Sus cejas forman dos arcos por la misma expresión y su boca, ancha y bien dibujada, está abierta. Las facciones de su rostro son hermosas y marcadas, con los pómulos altos, la nariz recta y un vello facial de varios días cubriendo sus mejillas en una incipiente barba muy sexy.

Lo recorro sin disimulo de arriba abajo. Al cubrirme con el paraguas, se está mojando y el traje gris va oscureciéndose hasta volverse del mismo tono que la calzada. Luego miro de nuevo sus ojos. Ahora, serios y concentrados en mí, como esperando algo...

—Gracias —es lo único que acierto a decir.

—¿Quiere llevarse mi paraguas? —dice él, con una voz acaramelada, con



el cadencioso acento japonés bailando entre las palabras.

—¿Acaba de tratarme de usted?

Sus cejas se alzan con mayor sorpresa.

—¿Debo disculparme? ¿La he ofendido?

—No, solo es que nadie me había hablado de usted. Ni siquiera en la cafetería donde trabajo.

Él sigue mirándome, como si tratara de leer mi mente. Está analizándome: mi pelo azul, mi *piercing*, mi boca, mis ojos, y yo necesito que deje de hacerlo, así que agarro el mango del paraguas y lo empujo hacia atrás, para que él quede protegido y yo de nuevo expuesta a la lluvia.

—No se moje usted más. Lo mío ya no tiene arreglo —decido tratarle con la misma formalidad.

—No. Vivo ahí cerca. No me importa. —Hace un gesto para volver a cubrirme con el paraguas.

Mi mente se activa de repente.

—¿Es usted?

Contiene el aliento, mirándome con expectación y algo parecido a la esperanza.

—¿Es usted el señor Kimura?

Veo la decepción en su rostro y quiero saber por qué.

—Sí, soy yo —dice él, recomponiéndose.

Y puedo elegir entre saltar de alegría o gritar, pero, sin saber muy bien por qué, rompo a llorar de nuevo. De manera incontrolable.

—¿Se encuentra bien?

Asiento, con las mejillas surcadas por dos ríos de lágrimas.

—Le estaba buscando. Tiene algo que necesito.

Él abre mucho los ojos, de nuevo sorprendido.

—*Language of flowers*, un libro ilustrado por Kate Greenaway. Una edición antigua con unas palabras al final que están escritas en japonés.

Hay un silencio, solo interrumpido por el sonido de la lluvia cayendo a

nuestro alrededor y sobre el paraguas. Es más que un instante sin hablar. Veo algo en él, en sus ojos, al oír el título del libro, que me hace saber sin lugar a dudas que lo conoce. Que lo tiene.

—No sé de qué me habla.

—¡Miente! Me han dicho que lo compró usted.

—Le han engañado. Y ahora, si me disculpa...

—¡No! —digo, cogiéndole del brazo. Me doy cuenta de que la lluvia ha mojado el tejido, pero aun así aprecio el calor que desprende su cuerpo. Él me mira, alzando una ceja—. Ese libro es muy importante para mí. Si me deja explicárselo...

Pero él se disculpa de nuevo, se aparta bruscamente y se aleja. Ladeo el rostro y lo veo llegar al portal donde he estado. Saca una llave de un bolsillo y la introduce en la cerradura. Se detiene por el breve espacio de unos instantes en los que mi corazón aletea con esperanza.

Se limita a abrir la puerta de metal y a empujarla. Deja el paraguas en el suelo. Y entra, cerrando tras él.

Siento que la esperanza se vuelve decepción, y luego, rabia.

Señor Kimura

*Subo a mi apartamento. Solo allí me doy cuenta de que he dejado de respirar. Solo allí me doy cuenta de que la lluvia ha mojado mi ropa y ha llegado hasta mi piel.*

*—Señor Kimura, ¿qué ha pasado? Su ropa está empapada. ¿Ha perdido el paraguas?*

*Voy a responder, pero me siento tan sorprendido que mi cabeza no puede articular pensamientos y mi boca es incapaz de emitir palabras. Se ha quedado atascada en ese momento bajo la lluvia, cuando ella ha levantado la cara... Esa cara que tanto se parece y que es tan distinta a la vez...*

*El timbre suena con brusquedad varias veces y me arranca de mis*

*pensamientos. Doy un respingo.*

*—Han estado tocando el timbre varias veces, pero no he abierto porque no esperamos a nadie. ¿Quién es?*

*—No abra, Esmeralda —ordeno con una brusquedad a la que sé que ella no está acostumbrada, porque abre mucho los ojos, ante lo que decido añadir—: por favor.*

*—Pero ¿qué sucede?*

*—No abra. Voy a cambiarme.*

*Me apresuro a mi dormitorio. Me quito el traje y me pongo prendas más cómodas. El timbre no deja de sonar y, cada vez que lo hace, siento una punzada que me atraviesa.*

*Lo que he sentido, lo que ahora siento... ¿Cuánto tiempo hacía que no me estremecía, que no se me aceleraba el pulso?*

*Salgo del dormitorio. Esmeralda me aguarda con las manos sobre el regazo. Ella me conoce bien, demasiado bien.*

*—¿Quién es, señor Kimura?*

*Me dejo caer en el sillón, me cubro la cara con las manos. ¿Qué puedo decir cuando me he visto asaltado por sorpresa por el pasado y el futuro?*

*—¿Quién le busca, señor Kimura?*

*Cuando le muestro el rostro, el dolor que Esmeralda ve en mis ojos le da a entender la respuesta sin necesidad de palabras.*

*El pasado que nos atormenta. El presente que está en pausa. El futuro que no existe.*

## 7. Scarlett flowering beans ~ Determinación

No pienso marcharme. Necesito el libro. Guille me necesita. ¡Otra vez! Debería estar acostumbrada, pero, aun así, me siento presionada. Mi hermano ha ido demasiado lejos, estoy segura, y ahora le hace falta el dinero que solo la herencia de nuestra tía Margarita puede darnos.

No voy a marcharme a casa. La lluvia no va a vencerme. Cruzo al otro lado de la calle y miro hacia el último piso, donde sé que vive el señor Kimura. La luz indica que está en el interior. Incluso puedo ver una lámpara de araña en el techo. Y entonces lo veo acercándose al cristal. Nuestras miradas conectan. Él se echa para atrás cuando me descubre, ocultándose.

Cobarde.

Pero no voy a desistir.

Un rato después, bajo la inclemente lluvia, ya no lo tengo tan claro. Estoy a punto de irme a casa, cuando la verja que cierra el portal se abre. Sale una mujer mayor que agarra el paraguas que el señor Kimura ha dejado en la entrada y cruza la calle, directa a mí, que la recibo con sorpresa.

—El señor Kimura le da dinero para coger un taxi. Ya lo hemos llamado — dice al tiempo que trata de cubrirme con el paraguas.

—Dígale que no quiero un taxi, que no voy a marcharme. Sé que tiene el libro que necesito y que no me voy a ir hasta que me diga por cuánto lo

vendería.

La mujer, que debe rondar los sesenta años, me mira con ternura. No sé qué aspecto debo de tener para que ladee la cabeza de ese modo y la compasión bañe su rostro.

—Venga.

—¿Qué?

—Venga a hablar con él.

Dudo un instante, pero sé que tengo que aprovechar la oportunidad. Estoy decidida a hacer lo que sea necesario para obtener ese libro.

—De acuerdo. Gracias.

Entramos al portal, que es el más majestuoso y bonito en el que he estado. Subo al ascensor detrás de la señora. La ropa chorrea y cae en el suelo con un goteo constante que retumba sobre la madera mientras ascendemos. Glop, glop, glop.

La mujer que me acompaña es de mi misma altura, viste de negro y lleva el cabello cano recogido en un moño. Huele a flores e irradia una sensación de calidez a la que no estoy acostumbrada.

La sigo por un pasillo que lleva a una puerta de madera clara. Abre con una llave y, en cuanto cruzo el umbral, ahogo un grito. Es majestuoso, diáfano, sencillo, de techos altos y enormes cristaleras.

Las gotas de agua caen ahora sobre el parqué immaculado. Pienso con regocijo que me encantaría que este suelo tan caro se arruine como venganza por el rato que he tenido que esperar empapándome.

—Esmeralda... ¿Qué ha...? —Él se detiene en seco al descubrirme en el pasillo. Veo que se ha cambiado de ropa. Luce un pantalón negro y una camiseta. No puedo evitar contemplar su físico. Me había dado cuenta de que era alto, pero a esta distancia y sin el traje puedo comprobar más cosas, como que los pectorales se marcan bajo el tejido y se insinúan hasta los abdominales. Además, los brazos son largos y los músculos se tensan al verme. Lleva el pelo hacia atrás, mojado, despejando la frente y el rostro.

«Qué guapo es», pienso sin poder evitarlo. Me gusta el cuello, con las líneas tensas y marcadas. Aprecio que va descalzo. Y eso me gusta aún más. No sé por qué.

La mirada del señor Kimura viaja a la mujer mayor que me ha traído hasta aquí.

—Afróntelo —le responde ella y desaparece en una habitación contigua. Él se queda congelado y tarda en reaccionar. No se atreve ni a mirarme, así que soy yo la que avanza hacia él. Decido ir directa, al grano. No tengo ganas de perder el tiempo.

—¿Cuánto quiere por el libro, señor Kimura?

—¿Quiere un té? —contesta él con una evasiva.

—No.

—¿Ha cenado?

—No, pero no tengo hambre.

—¿Está segura? —desplaza un panel *Shoji* a un lado. El olor a comida invade mi nariz. Es una cocina muy amplia, con una isla en el centro. Sobre el mármol, de un tono granate, hay platos con sushi y otros con ramen.

Se me hace la boca agua. Sigo con la vista los movimientos de él, extrañamente atenta a cómo se flexionan los músculos, a cómo se mueven los dedos de las manos, largos y elegantes. Y me fijo en el perfil, memorizando las líneas de la frente, la nariz, la boca, la barbilla y el cuello con la nuez pronunciada. Todo en él me atrae y no sé por qué.

Me está mirando.

—¿Le gusta el sushi?

—¿Tiene mi libro? —vuelvo a la carga.

Él se detiene. Mira hacia el techo, como si estuviera pidiendo paciencia.

—Es importante para mí. Sé que lo tiene usted.

—¿Quiere cenar conmigo?

Hay algo sugerente y casi erótico en la forma en que él pronuncia las palabras. Noto un estremecimiento que recorre mi cuerpo hasta el centro de mi

ser. Es una sensación extraña, porque me resulta conocida. Nadie me ha invitado a cenar con esa formalidad, pero hay algo familiar, de reconocimiento.

—Si ceno con usted, ¿hablaremos de mi libro?

Él asiente, y no sé si es porque tiene hambre y quiere cenar o porque quiere que me siente y cese mi batalla particular o porque de verdad vamos a hablar del libro.

—Pero estoy empapada. ¿Me indica dónde está el baño?

—Me imagino que Esmeralda ya ha pensado en eso.

—¿Qué?

—Joven, venga por aquí —escucho la voz de la mujer—. Le he preparado ropa seca.

—¿Cómo dice?

—Va a enfermar. Venga por aquí.

Arrastrada por el carácter de esta señora, me veo conducida a un baño, que tiene una bañera *jacuzzi* tan grande como mi cocina. Esmeralda me da indicaciones sobre su funcionamiento y me deja sola. Aunque antes de marcharse me ha señalado el lugar en el que me ha dejado prendas de ropa dobladas para que me cambie.

Me doy una ducha rápida porque no tengo tiempo que perder. Aun así, cuando el agua caliente moja mis músculos, el cansancio de todo el día hace acto de presencia. Me envuelvo en la toalla y salgo. El espejo frontal es enorme, desde el suelo hasta el techo. Me observo. Me siento pequeña e insignificante en este lugar, pero no voy a demostrarlo. Me seco el pelo y el cuerpo. Alcanzo la ropa. Es de deporte. Prefiero conservar mi sujetador, aunque me pongo unos slips negros que deben pertenecer a él. Solo de pensar que son suyos noto una sacudida de placer. ¿Qué me está pasando? ¿Desde cuándo soy tan impresionable?

Y lo peor llega cuando me coloco su ropa. Huele muy bien. Es una mezcla de romero y flores. Un perfume caro, masculino y meloso.

Me cuesta reponerme y salir, más de lo que pensaba.

En la cocina, el señor Kimura y Esmeralda me esperan sentados en taburetes alrededor de la isla de la cocina. Me siento frente a él, mirándole fijamente. La ropa, impregnada de su aroma, me provoca una sensación intensa, como un *déjà vu*, sobre todo, cuando él hace un gesto con las manos, mesándose el cabello.

—¿Por qué una rosa?

—¿Perdone?

—En... —Él traga saliva—. En su hombro.

Comprendo que se refiere al tatuaje (una rosa delineada) que asoma por el cuello de la camiseta, que se me ha desplazado a un lado.

—Pues... —digo cubriéndolo. Alzo los ojos y le sorprendo mirándome atentamente. —Siempre he sentido debilidad por las flores. Desde que era niña. Todo comenzó con unos sueños recurrentes.

El señor Kimura y Esmeralda intercambian una breve mirada que no entiendo.

—¿Sueños?

—Sueños en los que estaba en un invernadero, lleno de flores.

—¿Aún tiene esos sueños?

—¿Tiene usted mi libro?

—No.

—Miente. Sé que lo tiene usted.

—¿Y si le dijera que lo he vendido?

—Le pediría que me dijera a quién.

—¿Y si no puedo?

—Pues me levantaría y me marcharía.

—Adelante, márchese —responde él con brusquedad.

Siento la decepción llenando mi cuerpo, aunque no sé muy bien por qué. ¿Qué he esperado, después de todo? ¿Es que se me había olvidado qué hago aquí?



Hago ademán de levantarme.

—¡Señorita! —suplica Esmeralda—. Por favor, no se marche.

—¿Y de qué me sirve quedarme si no tienen mi libro?

Observo cómo el señor Kimura va a responder algo, veo su boca abrirse, y los segundos se ralentizan porque me fijo en cada detalle de él. En sus ojos rasgados de color miel, en su pelo oscuro, que aún está mojado, y en el mechón que cae sobre su frente.

Es el mismo hombre que me he cruzado en la calle, aunque sin el traje parece más joven, más informal. Pero igual de atractivo.

Me fijo en su boca, esperando...

El tono de llamada que tengo asignado a mi hermano nos interrumpe. Busco el teléfono. Lo he dejado en el salón contiguo. Me acerco con rapidez para descolgar.

—Guille, ¿qué...?

Pero, al otro lado, hay una voz que no es la de mi hermano. Con un fuerte acento ruso, Cristoff me dice que, si quiero ver a mi hermano de una pieza, le lleve dos mil euros.

Me cuesta entender lo que dice, porque el pánico se apodera de mí. Intento que razone, que me dé más tiempo. Cuando me doy cuenta, el señor Kimura está detrás de mí, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, mirándome con demasiado interés y con gesto preocupado.

Cuando cuelgo, tengo una dirección y un plazo de tres horas para reunir el dinero.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta él, acercándose—. ¿Se encuentra bien?

—Tengo... Tengo que marcharme. Mi hermano se ha metido en un lío y necesita dinero. Iré al cajero y sacaré todo lo que pueda. Llamaré a mis amigas y... —no sé por qué se lo estoy explicando, pero hay algo en él, en cómo inclina la cabeza para escucharme, en cómo me mira, que me empuja a contarle todo, pese a que es un desconocido.

—¿Cuánto dinero necesita?

—Creo que han dicho dos mil euros. ¡Ay, Dios mío!

El señor Kimura mira a Esmeralda, que está saliendo de la cocina con lo que parece una tila. Me pregunto cuándo la ha preparado. Cuando me la tiende, compruebo que mis manos están temblando y la taza casi se me escurre.

—Tranquila, señorita, todo va a salir bien —me dice Esmeralda.

—Es mucho dinero... No llego, yo no...

El señor Kimura se mueve, pasa por mi lado en dirección a una mesa baja en el centro del salón. Lo veo alcanzar una cartera de piel. La abre y saca unos billetes. Luego se me acerca. Duda, con el dinero entre los dedos. Alzo la cara hasta él y sus ojos me sorprenden de nuevo por su intensidad y belleza. No sé qué edad tiene. Tal vez treinta y cinco, pero parece que ha vivido mucho.

—Tome.

Y, de repente, me ha dado cinco billetes de quinientos euros, de esos que nunca he visto hasta ahora.

—¿Perdone?

—Yo cubriré la deuda de su hermano.

—No —sentencio.

—Mañana por la mañana, irá al banco y me devolverá el dinero. Pero, ahora, acéptelo.

—No puedo. Puedo reunirlo. Mis amigas me ayudarán.

—Señorita... —Envuelve mis manos, que están sujetando la taza, con las suyas. Se ha acercado tanto a mí que su aroma me embriaga. Es el mismo que hay en la ropa que llevo sobre el cuerpo. Cierro los ojos. Sus manos destilan calor, son suaves y firmes— Acepte mi ayuda. La acompañaré y le dejaré el dinero. Y mañana ajustamos cuentas.

Alzo la cara y le miro. Estoy desesperada.

—Está bien.

## 8. French willow ~ Valentía y humanidad

**S**eñor Kimura

*La he llevado en el coche a una zona muy sórdida y apartada de un polígono casi abandonado. Ella ha ido sentada a mi lado, con mi ropa y sus zapatillas aún mojadas por la lluvia, que, por cierto, no nos ha abandonado durante el trayecto, haciendo que el sonido del limpiaparabrisas nos acompañara. No hemos hablado. Ella estaba nerviosa. Podía apreciarlo en su respiración, en cómo movía las manos.*

*Quería mirarla, pero apenas me atrevía.*

*Al llegar, un coche con las luces encendidas nos espera. Es un viejo Volkswagen escarabajo azul. De su interior baja un tipo grande, un matón vestido de negro. Mi acompañante baja del coche con rapidez y tengo que seguirla sin siquiera apagar el motor.*

*—Cristoff—dice ella, como si lo conociera—. ¿Y mi hermano?*

*El gigante posa sus ojos en mí, evaluándome. Ladea la cabeza como si me pudiera intimidar con su atención no deseada.*

*—¿Quién es tu acompañante? —Su acento es ruso.*

*—Un amigo al que he tenido que recurrir para reunir, en solo tres horas, el dinero que me has pedido.*

*—¿No es policía?*

*—No. Ya nos conocemos, Cristoff. ¿Crees que traería a un policía para meter a Guille en un lío aún peor?*

—Siempre has sido una chica lista. Más que tu hermano.

—¿Dónde está Guille? —dice ella, tratando de disimular el miedo de su voz.

Cristoff se mueve. Camina hasta el maletero y lo abre. Lo veo inclinarse. Con violencia, saca a un joven y lo arroja contra el suelo, como si no fuera más que un saco de arroz.

Me cuesta unos instantes cerciorarme de que sigue vivo. A mi lado, ella ahoga un grito, porque seguro que ha pensado lo mismo que yo.

Me fijo en el muchacho. Los faros de mi coche le iluminan: los rasgos angulosos del rostro, a pesar de que está machacado por los golpes; la piel clara ensangrentada, y el cabello rubio.

El único signo de que está vivo es que me mira, entrecerrando los ojos.

El corazón me da un vuelco violento e inesperado.

Pierdo de vista al ruso durante unos instantes, y él ha aprovechado para sacar un cuchillo del maletero.

—Ahora, el dinero.

Le hago un gesto a ella con la mano para que no se mueva, porque, a pesar de que el ruso ha sido rápido, yo he podido vislumbrar el brillo del arma. Sé cuáles son sus intenciones.

—Lo tengo yo —hablo captando su atención, para que deje de mirar a mi acompañante. Los ojos helados de Cristoff se fijan en mí. Avanzo. Saco el dinero del bolsillo y se lo muestro. Se le abren los ojos al reconocer el color de los billetes.

Se acerca como un perro de presa. Pero no cuenta con que yo he sido instruido.

Un guerrero es un guerrero hasta el día de su muerte.

Agarra el dinero y mueve el cuchillo, pero yo soy más rápido. Le golpeo, después de esquivar el filo. Giro el cuerpo, golpeo con el puño enguantado su garganta y cae hacia atrás.

El cuchillo cae y su sonido repiquetea y chapotea en el suelo, cubierto de

*lluvia.*

*Con frialdad, ladeo el rostro para buscarla. Está empapada, mirándome con una mezcla de sorpresa y miedo que no es la primera vez que veo.*

*Me obligo a apartar la mirada y camino hacia su hermano. Lo levanto con cuidado y con la cercanía noto el olor de la sangre. Con un primer vistazo, evalúo las heridas. Se han limitado a golpes, pero no hay heridas de arma blanca ni de balas.*

*—Métalo en el coche, señorita. Vayan a mi casa. No paren bajo ninguna circunstancia.*

*—Pero ¿y usted? —pregunta ella, temblorosa.*

*—Yo iré enseguida.*

He obedecido al señor Kimura y ahora regreso a la ciudad a toda velocidad, con el miedo aún en el cuerpo.

—Tina... —me pregunta mi hermano, sentado en el asiento del copiloto. La tapicería de cuero está manchándose con la sangre, que llena con su olor característico el interior del coche haciendo que se me revuelva el estómago

— ¿Quién es ese tipo?

—El señor Kimura... El que creo que tiene nuestro libro de las flores.

—¿No te resulta familiar?

—No. No lo había visto antes. ¿Y tú?

—No. Pero he tenido una sensación extraña cuando me ha levantado. Como uno de esos *déjà vu*.

—¿Desde cuándo crees en esas cosas?

—Ha sido un poco raro —reconoce—. Tina, yo... Lo siento.

—Descansa, ¿vale? No tardaremos en llegar.

## 9. Oak tree ~ Hospitalidad

Esmeralda nos recibe con gesto preocupado. Al parecer, el señor Kimura le ha avisado de que veníamos y, cuando entramos, nos conduce a uno de los baños, donde tiene preparado un kit para curar las heridas de mi hermano.

Cuando la luz se derrama sobre nosotros, lo primero que veo es la sangre que ha ido perdiendo: un delator rastro que ensucia el parqué. Me cuesta mirar a Guille, que ha tomado asiento en un taburete mientras Esmeralda le limpia las heridas con agua y jabón, para luego desinfectarlas a conciencia.

El rostro de Guille está deformado por los golpes, ensangrentado y amoratado. El paño con el que Esmeralda le limpia se va llevando la sangre, dejando al descubierto las pecas que tanto me gustan de él. Suelto un suspiro tembloroso, lleno de nervios. Pero no lloro, a pesar de que mi hermano me mira con los ojos bañados por el arrepentimiento. De todos los líos en los que se ha metido, en ninguno ha salido tan mal parado.

—Señorita, he preparado una tila caliente. Vaya a la cocina y tómesela — oigo a Esmeralda, pero hasta que no me empuja suavemente, no puedo moverme para obedecerla.

—Sí, sí. Voy.

Como una autómatas, me desplazo por la casa hasta la cocina. Hay varias tazas humeantes sobre la encimera.

No puedo evitar preguntarme dónde estará el señor Kimura. ¿Cómo habrá lidiado con Cristoff, al que ha dejado inconsciente de un solo golpe?

«¿Lo habrá matado? No, no pienses eso», me digo a mí misma. Pero mis pensamientos se revuelven contra mí y se distorsionan y se vuelven enrevesados. ¿Y si lo ha matado y la policía lo descubre? ¿Y si nos detienen? ¿Y si...?

Decido tomarme la tila para calmarme. Cuando el señor Kimura regrese, le preguntaré qué ha hecho. Respiro hondo para tranquilizarme y me doy cuenta de que tengo la ropa manchada de la sangre de mi hermano. Me miro las manos. Un tinte rojizo las cubre. Huele a óxido. Me entra una arcada. Dejo la tila en la mesa y me precipito hacia el fregadero. Abro el grifo y meto las manos debajo del chorro. Hasta que no ha desaparecido toda la sangre, no las saco. Luego, me las paso por la cara y por el pelo, refrescándome, espabilándome.

Cuando me siento recuperada, vuelvo a la habitación y me encuentro con que Esmeralda está arrojando a mi hermano.

—Descanse y no se mueva. Llámeme si necesita cualquier cosa.

Esmeralda pasa por mi lado y me aprieta la mano con cariño, para infundirme ánimos. Qué mujer tan fuerte. No se ha alterado ni un instante cuando dos desconocidos han llegado a su casa, los dos asustados y uno de ellos malherido. Me pregunto a qué está acostumbrada.

—Tina... —me llama mi hermano.

Avanzo hasta quedarme en el borde de la cama, a su lado.

—Dime, Guille. Estoy aquí —le digo, tomando sus manos entre las mías.

—Lo he visto —murmura, abriendo un poco los ojos, pero sin enfocarlos.

—¿Qué?

—En sueños... El invernadero —Y vuelve a cerrar los ojos.

Le retiro con cuidado el cabello de la cara. Está sudado. A pesar de que Esmeralda ha limpiado gran parte del rostro, la sangre de la cabeza ha apelmazado el pelo rubio.

Mi hermano... No puedo evitar pensar en mis padres, en lo que estarían diciéndonos en una situación así. Aunque, a decir verdad, sé que no habríamos

llegado a esto si ellos aún vivieran. Muchas de las cosas malas por las que hemos pasado no hubieran sucedido si hubiéramos contado con la protección y el cariño de nuestros padres.

O tal vez la irresponsabilidad de Guille, ese afán por la aventura, por ir a contracorriente y ese impulso por conseguir atajos rápidos nos habrían traído otros problemas.

Al menos, eso sí, con una familia con la que enfrentarlos.

Aunque esta noche, con la ayuda del señor Kimura y los cuidados de Esmeralda, no me siento tan sola.



## 10. Rose ~ Amor

Cuando salgo del dormitorio me encuentro con que, apoyado en la pared, está el señor Kimura. Una parte de mí se alegra inmensamente de encontrarle aquí, sano y salvo. Quiero preguntarle qué ha sucedido, pero me detengo unos segundos a observarle. Me cercioro de que está bien, de que su ropa, su pelo están perfectos.

—¿Cómo se encuentra su hermano?

—Está agotado por la paliza —le respondo—. Voy a dejarle descansar.

—Será lo mejor.

—Gracias. —Me acerco a él, que no se mueve, pero parece tirar de mí con un hilo invisible—. De no ser por usted, no lo habríamos contado.

—De nada.

—Me llamo Tina, por cierto. Creo que no hemos tenido ocasión de presentarnos oficialmente.

Él asiente como toda respuesta.

—¿Cómo puedo pagarle por lo que ha hecho?

—No me debe nada. —Su voz es ronca, como si la obligara a mantenerse controlada, neutra.

—Me ha ayudado... ¿Por qué? —Me detengo frente a él y me apoyo en la pared, a su lado. No sé por qué, pero parece que mi cercanía le pone nervioso.

—Porque su hermano me recuerda a un amigo que perdí hace mucho.

—Su amigo... —digo, alzando las cejas— ¿También era un irresponsable?

—Sí, lo era —confiesa, sin dejar de mirarme.

—¿Y también le salvó de sus propios problemas?

—Sí. Aunque él también me salvó a mí.

—Ya veo.

Silencio de nuevo. Una parte de mí se pregunta por qué me siento tan cómoda con él, si en realidad no es más que un extraño. Pero aquí estoy, en mitad de un pasillo, mirándole y dejándole que me mire, con una mezcla de curiosidad y algo que no entiendo.

—¿Quiere una tila?

—Esmeralda me ha preparado una antes, pero si le soy sincera, preferiría... Mejor algo más fuerte.

—Solo tengo sake.

—Nunca lo he probado, pero acepto.

Le sigo de nuevo hasta la cocina. Lo veo caminar hasta una nevera de la que saca una botella blanca de cuello alargado. Luego, de una alacena, toma dos tacitas pequeñas de cerámica y las coloca frente a mí. Sujeta la botella con una mano, mientras que se lleva la otra al pecho, como en un ritual. Las llena hasta casi el borde con un líquido transparente, que huele fuerte.

—¿Qué ha hecho con Cristoff?

No se inmuta. Deja la botella en la mesa junto a las tacitas y coge la suya. Se la bebe de un trago sin mirarme.

—No les molestará más. Tengo amigos en la policía.

—¿En serio?

—Sí. —Me mira ante mi tono de incredulidad—. ¿Tan difícil es de creer? ¿Ha pensado que soy de la mafia japonesa o algo así?

—Le he visto moverse. Con esa frialdad de guerrero... Y luego, mire dónde vive. El dinero que me ha enseñado... No sé. Mi cerebro ha elaborado la explicación más plausible.

—Eso es lo que hacemos las personas: elaborar la explicación que nos tranquiliza, la que tiene una lógica lo bastante fuerte como para sostener

nuestra cordura.

—Si no he acertado con mi razonamiento, estoy dispuesta a que me explique la verdad —digo un poco molesta.

—A veces, no se puede.

Le miro, entrecerrando los ojos con sospecha. Parece que no me va a contar nada más sobre sí mismo y le doy vueltas a las palabras que ha empleado, intentando entenderlas. Pero estoy tan cansada que me cuesta que mis pensamientos se hilen bien uno tras otro.

Decido que me importa poco lo que el señor Kimura sea o deje de ser. Y con esa determinación, tomo la tacita de sake y me lo bebo con fruición.

El sabor es potente, casi brusco, en el paladar. Y de repente, me asalta ese sentimiento extraño. Como si mi mente viajara a otro lugar, a otro momento, conectada a ese instante a través del sabor de la bebida.

—Estoy segura de que no lo he probado hasta hoy, pero... me resulta familiar. ¿Entiende lo que quiero decir?

Él asiente, con uno de sus gestos rápidos y concisos.

«Qué hombre de tan pocas palabras», pienso y me permito mirarle a pesar de lo cerca que estamos. Es muy atractivo. Me gustan sus rasgos masculinos: los pómulos altos y afilados, la boca gruesa, algunos lunares dispersos, el vello facial oscuro, el pliegue oriental distintivo al final del ojo. Pero me gusta más cómo me mira, como si luchara contra sí mismo, como si quisiera hablar, decirme mil cosas, pero se obligara a estar callado.

—Le doy las gracias. Otra vez. No sé si es consciente de lo que ha hecho, no sé si es consciente de que nos ha salvado... Hasta que mi hermano vuelva a caer —acompañó la frase con un suspiro final, que habla de desesperanza.

—¿Cree que lo hará?

—No lo dudo. Mi hermano se siente irremediabilmente atraído hacia la aventura, hacia el caos.

—Todo lo contrario que usted.

—De los dos, alguien tenía que ser el maduro. Y es lo que yo elegí ser. —

Odio la tristeza que hay en mis palabras, odio mostrar mi debilidad, pero no me siento con ganas de esconderla.

—¿Y sus padres?

—Tan irresponsables como Guille, tan incautos, que viajaron a Japón cuando éramos adolescentes y murieron en un accidente.

—¿Sus padres murieron en Japón?

—Mi madre estaba obsesionada con encontrar una reliquia y le dijeron que estaba en Japón. Murieron allí.

—¿Y qué fue de ustedes?

—Vivimos con mi tía hasta que cumplimos dieciocho. Y, luego, nos instigó a que voláramos libres. Desde entonces, voy encadenando trabajos de camarera, aunque me gustaría tener mi propia cafetería y no trabajar para otros... Y Guille... Espera un golpe de suerte. —Bajo los ojos. Me siento avergonzada. ¿Por qué estoy contándole todo esto? ¿Qué me está impulsando a hablar? Agarro la botella de sake y echo más en la taza. Me lo bebo de un trago. Sé que él me mira, pero no me atrevo a devolverle la mirada. Lleno de nuevo la taza. Antes de que me la pueda llevar a los labios, una mano sujeta mi muñeca con una firme delicadeza. Alzo la cara. Él se ha levantado y está a mi lado, una mano en el bolsillo del pantalón; la otra, con los dedos férreamente anclados alrededor de mi muñeca—. ¿Teme que me acabe la botella y dé un espectáculo lamentable? —le pregunto.

—No ha cenado. ¿Por qué no cena conmigo y luego bebe todo lo que quiera?

—No tengo hambre.

—Venga conmigo, por favor.

Decido aceptar. ¿Qué puede salir mal? Además, hay algo en él, en su compañía, en la forma en la que me habla, que me hace sentir cómoda, que me empuja hacia él, que me atrae. Me levanto con rapidez. Él me suelta y me duele la ausencia del contacto de sus dedos sobre mi piel.

Se encamina al fondo de la estancia y le sigo. Abre una puerta que da a una

terraza, que cruzamos hasta otras escaleras. Las subo detrás de él, contemplando sin disimulo su anatomía. Estoy tan centrada en los músculos de su espalda que no me doy cuenta de dónde estoy hasta que percibo el aroma. Hemos subido a un espacio acristalado en la azotea. Un invernadero sobre la ciudad. Se me escapa un grito de sorpresa. Lo miro todo con devoción.

—¡Qué hermoso!

De repente, me asalta un pensamiento que hace que me gire para enfrentarle.

—¿Está casado?

—No.

—¿Y por qué tiene esto?

Baja los ojos y acaricia el dorso de una hoja.

—Porque me recuerda a una persona.

—¿A una mujer?

Se queda congelado y aprecio cómo se tensan sus músculos. Creo que no va a contestarme, pero, tras unos instantes, habla diciéndome:

—Sí.

—¿Sabe ella que lo construyó en su honor?

—No —responde con tristeza.

Comprendo que no debo indagar más, aunque mi cabeza está revolucionada y me muero de ganas de preguntarle más cosas. Me fijo en cómo acaricia una rosa, en cómo sus dedos largos rozan los pétalos y me doy cuenta de lo erótico de ese movimiento, de lo mucho que deseo esos dedos sobre mi piel tatuada.

Y antes de que sea consciente, se me ha escapado un suspiro que habla de deseo, de placer, de sexo. Él lo percibe claramente y me mira. Como si lo reconociera, como si lo hubiera escuchado en otras mujeres e incluso... En mí misma.

Azorada, me doy la vuelta, deseando que la tierra me trague.

—¿Sabe el nombre de todas? —la voz que me sale es débil, estrangulada—. ¿De todas las especies de este jardín?

Él tarda en responder.

—Sí.

No le miro, no puedo, a pesar de que lo siento cerca, porque ha avanzado y se ha colocado detrás de mí. Noto su presencia de igual modo que noto su mirada quemándome en la nuca.

—¿Puedo preguntar cuál es su favorita?

—No la hay en este lugar.

—¿No? —No sé por qué mi voz aún no suena natural.

Una parte de mí me pide que me se gire hacia él, que lo mire, porque mi cuerpo lo está deseando. Pero anhelo al mismo tiempo tantas cosas, que no puedo ceder a mis deseos, que implican agarrarlo de la camiseta y atraerlo para besarle...

—No. Mi flor favorita es la flor de *sakura*. De cerezo.

—¿Por qué?

—Por su significado. En mi país, hace... años, adorábamos la fugacidad de la vida. Las flores de cerezo son hermosas en plena floración, pero caen pronto y duran poco. Es la belleza de lo frágil, de lo efímero.

Tengo de nuevo esa sensación extraña, como de *flashes*, con palabras similares, pero en otro lugar y con otro idioma. Cuando al fin me doy la vuelta, él me está mirando atentamente con esos ojos rasgados que prometen fuego y eternidades.

—¿Me conoce?

—No —respondo con rapidez, un poco desconcertada.

—¿Está segura?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

En ese momento percibimos la lluvia golpeteando de nuevo en el tejado y en las paredes de cristal. Aparto la mirada de él y observo que ambos nos reflejamos en los cristales. Él, mucho más alto que yo y sin dejar de mirarme, y yo, pequeña y con el pelo azul demasiado llamativo, como fuera de lugar. Pero al mismo tiempo, como si esta imagen, este reflejo, fuera algo conocido.

Doy un paso hacia atrás y murmuro, cabizbaja.

—Creo que voy a ver a mi hermano. Buenas noches, señor Kimura.

—Buenas noches.

## 11. Walnut flower ~ Duro destino

*Las hojas de los nogales se movían. Florence distinguió a un pequeño gorrión que saltaba de rama en rama.*

*Llevaban casi una hora esperando a su hermano, que las había citado a la orilla del Serrentine, justo en el lugar que él afirmaba que se había despertado su interés aventurero.*

*Su madre, que había recuperado la vitalidad ante el regreso de su primogénito, aguardaba impaciente que William apareciera. Seguía ausente, perdida en pensamientos que la alejaban de la realidad.*

*Florence la miró. La marquesa viuda, que siempre había poseído una belleza elegante, con sus enormes ojos oscuros y su tez pálida y pecosa, algo que habían heredado sus hijos, había perdido mucho peso; su cabello se había vuelto canoso y ya no brillaba. Los últimos meses habían supuesto un desgaste mental que había acabado transformándola en un ser apagado y ausente.*

*Aun así, sus ojos refulgían ante la idea de ver de nuevo a su hijo y de todo lo que su regreso suponía.*

*Escucharon un chapoteo y Florence buscó inmediatamente el origen. Sus ojos vieron a un niño saltando al lago. Gritó, se puso de pie y corrió hasta la orilla. La madre del pequeño gritaba que no sabía nadar y su hijo braceaba a unos metros. Nadie más acudió. Florence tomó aire y saltó al agua. Nadó hasta el pequeño. Cuando alcanzó su diminuto cuerpo, notó el*



*alivio invadiéndola. Nadó hasta la orilla, pero sus faldas se engancharon con algo y detuvieron su avance. Pataleó, pero solo consiguió enredarse más. Un caballero agarró al niño, arrancándoselo de los brazos.*

*Florence notó un dolor agudo en una pierna. Gritó. Antes de que las fuerzas le abandonaran, se sumergió para tratar de liberarse. Tiró de la seda, aguantando la respiración. Pero las enaguas y la falda del vestido se habían vuelto muy pesadas por el agua absorbida y la empujaban hacia el fondo.*

*Abrió la boca y notó el líquido colándose por su garganta. De repente, se ahogaba. Luchó, pero eso aceleró el proceso. La superficie del lago quedaba a unos metros sobre su cabeza, y le recordó al cristal de su invernadero.*

*Cerró los ojos, dándose por vencida.*

*Notó que la agarraban y tiraban de ella. Pronto, estaba fuera del agua. La luz del sol rozaba su cara como un suspiro, pero todo parecía lejano, como si su cuerpo no le perteneciera.*

*Alguien la llevaba en volandas y la dejaba en el suelo, sobre la hierba.*

*—¡Florence! ¡Florence! —Oía a su madre.*

*Alguien giró su torso y golpeó su espalda. Abrió a la vez los ojos y la boca, por la que escapó agua en forma de toses violentas.*

*Miró a su alrededor, confusa y desorientada. La rodeaban. Vio a su madre, arrodillada detrás de ella, acariciándole la cara con sus guantes negros.*

*Y entonces lo vio.*

*Había un caballero alto, vestido de gris. Estaba de pie. Sus prendas chorreaban agua que caía sobre la hierba haciéndola brillar.*

*Su figura, esbelta y delgada se recortaba a contraluz.*

*—Bueno, querida hermana, tenemos suerte de que el señor Kenji Minagawa tenga una sana tendencia a rescatar a los miembros de nuestra*

*familia.*

## 12. Cactus ~ Calidez

Me despierto de golpe, con la respiración entrecortada. No puedo creerlo. Acabo de soñar con el señor Kimura. He tenido este sueño muchas veces, pero el rostro del hombre siempre aparecía borroso. Hasta hoy, que lo he visto claramente, vestido de gris, empapado, mirándome con sus hermosos ojos rasgados y el cabello... Cierro los ojos, tratando de recordar ese aspecto del sueño que acabo de tener. Hay una diferencia y está en el cabello, que es más largo, pero igual de oscuro, aunque sujeto con un moño alto.

«Qué curioso cómo se transforman las cosas en los sueños», pienso, incorporándome en el lecho. No puedo quedarme a remolonear ni perder el tiempo recordando lo que he soñado o lo que he vivido durante el día anterior con el señor Kimura. Tengo que ir a trabajar. Turno doble, además. Miro a mi hermano. Está dormido y la cara aún sigue igual de inflamada, tomada por los cardenales púrpuras que manchan su pálida piel y me hacen estremecer al imaginarme el dolor que los ha causado.

—Guille...

Él abre un poco los ojos, que no son más que dos rendijas entre la carne hinchada.

—Hola, hermanita... —musita, con un hilo de voz.

—¿Estás mejor?

Niega con la cabeza y me doy cuenta de que incluso ese leve gesto le provoca dolor.

—No te muevas mucho —pido—. Voy a hablar con el señor Kimura para que te quedes aquí hasta que estés mejor.

Guille asiente y vuelve a dormirse. Le aparto el cabello de la cara y beso su mejilla con cuidado, tratando de no hacerle daño. Luego, me levanto y salgo del dormitorio. Escucho ruido de platos en la cocina y recorro el pasillo, descalza, mirando la decoración de las paredes, con apenas unas litografías enmarcadas en las que pueden verse unos trazos de tinta con caracteres en japonés. En uno hay una lámina enmarcada con unas palabras. Me detengo a leerlas: «Quien sea samurái debe tener siempre en mente, día y noche, por encima de todo... que debe morir». Daidoji Yuzan, consejero militar del siglo XVI.

Reanudo la marcha, giro hacia la derecha, hacia el ruido y la luz.

En la cocina me encuentro con Esmeralda, que parece llevar activa varias horas y está fregando los platos, mientras en la vitrocerámica hay un par de fuegos encendidos con lo que parecen ricas salsas.

—Señorita Tina, buenos días. —La calidez en su voz y en su mirada me sorprenden—. ¿Quiere desayunar?

—¡Buenos días! No, gracias. Tengo que irme a trabajar. Suelo tomarme un café allí. ¿Puede decirme dónde está mi ropa?

—La tiene ahí. —Hace un gesto con la cabeza hacia un lado. Para mi sorpresa, veo que mi ropa está seca y dispuesta sobre la tabla de planchar. El abrigo está colgado de una percha y, en cuanto me acerco, compruebo que esta mujer ha conseguido incluso eliminar unas antiguas manchas de aceite del brazo derecho.

—Gracias —digo, notando que un nudo cierra mi garganta. Trago con dificultad, diciéndome a mí misma que no voy a llorar.

—De nada —la mujer sonrío, como si nada la hiciera perder el buen ánimo—. El señor Kimura ha salido.

—¿Tan pronto?

—Es un hombre ocupado, pero me ha dicho que le pida que cene con

nosotros. Y que no se preocupe por su hermano. Él mismo está gestionando que el mejor doctor de la ciudad pase por aquí esta mañana.

El nudo de la garganta se me cierra con más fuerza. ¿Cuándo fue la última vez que alguien nos había ayudado? Bueno, lo sé bien. Él último había sido Jon. Pero habían pasado años y el recuerdo de su buena acción y de las consecuencias que trajo con ella parecen tan lejanos como si le hubiesen sucedido a otra persona. Después de todo, durante el último año, toda mi vida se ha resumido en una serie de malas decisiones que han traído más responsabilidad y complicaciones a mi vida.

—Gracias por todo. Voy a marcharme que, si me descuido, llegaré tarde. No sé si podré venir a cenar. Si hay algún cambio significativo en el estado de mi hermano, llámeme, por favor —digo, mientras me acerco a la nevera, donde hay una libreta imantada con un pequeño lápiz. Lo tomo y apunto mi teléfono.

Luego, cojo la ropa interior, el vestido y el abrigo y me dirijo al cuarto de baño. Me desnudo con premura. Cuando tengo las prendas del señor Kimura en las manos, no puedo evitar aspirar su aroma. Ahora huelen a una mezcla de ambos y me pregunto por qué he tenido esa sensación tan familiar cuando me coloqué esas prendas por primera vez. Decido no darle más vueltas y las lanzo a un canasto de la ropa sucia que hay colocado en el baño junto al lavamanos.

Me visto, me recojo el pelo y me coloco el abrigo. Salgo del baño, me despido de Esmeralda y me marcho a toda prisa, pues llego tarde a trabajar.

## 13. Acacia ~ Amistad

A lo largo de las siguientes catorce horas, apenas tengo tiempo de mirar el móvil. Lo hago un par de veces, para comprobar que no me han dicho nada sobre mi hermano, así que supongo que estará igual.

A última hora, cuando apenas quedan una pareja de clientes y ya estoy limpiando la cafetera, escucho unas risas que conozco muy bien. Al girarme, veo a mis tres mejores amigas entrando en el establecimiento. Como siempre, lucen vestidos preciosos, maquillaje impecable y tacones de vértigo. Pienso por unos segundos en mi aspecto. Llevo el uniforme del trabajo, el maquillaje debe de haberseme cuarteado ya y de la coleta han escapado unos mechones rebeldes que tengo que meterme detrás de las orejas con asiduidad.

—¡Hola, chicas!

—¡Hola, Blue!

Desde que me teñí el cabello, es el mote por el que mis amigas me llaman. Al principio casi me enfado. He pasado veinticinco años de mi vida sin que nadie me ponga un apodo y han sido ellas, mis mejores amigas, las que me han acabado bautizando.

Ahora ya me he acostumbrado.

—Lo has olvidado, ¿verdad?

Las miro, sin entender a qué se refieren. Las veo mirarse entre ellas con complicidad.

—¿Hola? ¿Qué dijimos hace dos semanas sobre pegarnos una buena fiesta?

Y entonces me acuerdo. Lo dije. Lo deseaba. Una noche de amigas, de risas, de alguna que otra locura... para olvidar que mi vida se estaba desmoronando poco a poco.

—Oh, lo siento. Lo había olvidado.

—Nos lo imaginábamos. ¡Por eso hemos trazado un plan perfecto!

Pongo los ojos en blanco. Conozco los planes de mis amigas y suelen ser descabellados y acaban siendo desastres en los que todas amanecemos con una terrible resaca.

—Paso. Después de mi día de ayer, solo quiero meterme en la cama y dormir...

—¿Qué te pasó?

Suelto un suspiro.

—Guille, otra vez. —Y procedo a contarles a mis amigas todo lo que me pasó, aunque decido no hablar demasiado del señor Kimura. Siento que es un secreto que debo guardar. Les cuento que nos ha ayudado, que mi hermano está en su casa, pero no hablo sobre su velado acento japonés, sobre lo elegante y misterioso que es, ni menciono nada sobre el invernadero secreto que él me mostró.

—¿Y has dicho que se llama señor Kimura? —pregunta Maca, a la que no se le escapa nada—. ¿Es japonés?

—Sí.

—¿Y crees que tiene el libro?

—Él dice que no, pero no me lo creo.

Maca se queda pensativa un buen rato, pero no añade nada más. Laura, por su parte, comienza a hablar del plan de la noche, que incluye que me dé una ducha y me cambie en casa de Cris, que vive cerca de aquí y, después, salir a cenar y a beber chupitos. A pesar de lo cansada que me siento, acabo contagiándome del entusiasmo de mis amigas y decido participar en su alocado plan. Cuando cierro la cafetería, vamos al flamante piso de mi amiga, situado en la zona nueva de Campanar y allí me ducho, me maquillo y me

coloco un vestido negro ceñido que es propiedad de Cris, pero que no se pone porque es de la temporada anterior. Como si eso me importara mucho, que me he tenido que apretar tanto el cinturón los últimos meses que apenas puedo comprarme ropa nueva y, mucho menos, vestidos exclusivos de edición limitada.

Es precioso y me queda como un guante. Lo que más me gusta de él es que está hecho de dos materiales y la parte de los hombros, del escote y de la espalda es de un material negro que se transparenta y deja ver la piel y, por consiguiente, mis tatuajes.

Cuando estoy lista, las cuatro nos dirigimos en coche a un restaurante en este barrio, en el que hay más de una docena de establecimientos para cenar. Elegimos uno famoso por sus menús veganos, porque son los únicos que frecuenta Maca.

Y porque ha quedado con un cliente aquí. Así nos lo hace saber una vez que estamos sentadas a la mesa.

—Pensaba que habíamos puesto una serie de normas sobre dejar el trabajo en el trabajo y no mezclarlo con temas de ocio —protesta Cris.

—Es que es importante.

—A ver, Maca, eres experta en antigüedades. Y, que yo sepa, tu trabajo y tus clientes pueden limitarse a un horario de oficina.

—¡Ay, querida Laura, estás tan equivocada! Mi trabajo es de 24/7. Por eso soy la mejor.

Es cierto. Sé que mi amiga es un tiburón disfrazada de cordero. No un lobo, no. Maca es letal en los tratos y en los negocios y su abultada cuenta bancaria da fe de ello. A decir verdad, de todas, la única que paso apuros económicos soy yo, más incluso de lo que les he revelado, pero no dudo de que ellas estén puestas al corriente, porque son mujeres sagaces y muy inteligentes. Aun así, no dicen nada, pero tengo la certeza de que puedo acudir a ellas cuando lo necesite.

Así hice con Maca cuando tuve que empeñar la joya de mi madre por la que



habían viajado a Japón para terminar muriendo allí. Mi amiga la había rastreado y había estado a punto de recuperarla, pero había ido cambiando de comprador e incluso había desaparecido de las esferas públicas durante un tiempo.

Maca no había cesado en su búsqueda. Y tengo la esperanza de que el día menos pensado recuperaré las joyas que habían acabado con la vida de mis padres.

—Bueno, pues, cuando le saques todos los cuartos al pobre ingenuo con el que has quedado, nos vamos a emborrachar y pagarás tú —añade Laura.

—Por supuesto.

Me echo a reír. Estoy sentada de espaldas a la puerta y puedo ver mi imagen reflejada en el cristal que da a la calle. Cuando me miro, me cuesta reconocerme. Laura, que tiene un don para maquillar y peinar, ha obrado magia conmigo. Las ojeras han desaparecido y la cara de agotamiento ahora está perfecta, maquillada sin parecerlo, con una sombra de ojos en color oscuro y los labios en un rojo carmín.

Como las rosas que tanto te gustan, me ha dicho mi amiga, para convencerme de que me dejara hacer.

Pero no es solo por verme maquillada en tonos a los que no estoy acostumbrada, es por algo distinto. Me ocurre siempre. Desde que tengo memoria, recuerdo tener la sensación de mirarme al espejo y no reconocerme, de no reconocer mis facciones o mi pelo, ni la ropa que llevo puesta.

Una vez, siendo niña, se lo comenté a Guille, que es de naturaleza escéptico para todo, y él me miró por encima del hombro, con la acusación silenciosa que me ha acompañado siempre y que solo significa una cosa: que algo en mi cabeza no funciona como debe.

Ya no he vuelto a mencionarlo. Tampoco suelo hablarle de mis sueños recurrentes, por eso me sorprendí cuando él me mencionó lo del invernadero. ¿He llegado a contárselo, después de todo? Tal vez cuando me hice los tatuajes, él me preguntó por qué había elegido flores y yo se lo conté, pero no

lo recuerdo.

Nos sentamos en la mesa que queda más apartada de la puerta. Pedimos lo de siempre y, mientras esperamos, mis amigas hablan. Me cuentan sus cosas, sus nuevos líos de una noche. Me río, dejo que sus anécdotas me distraigan.

Miro a Maca, que apenas ha intervenido. La pillo enviando un mensaje con la ubicación del restaurante.

Alza los ojos y me sorprende espiándola.

—Tu nuevo cliente está al caer, me imagino.

—Exacto —dice ella, con su sonrisa—. Y ya verás cómo mejora la noche.

Sonrío. No sé qué se trae entre manos. Maca no es de las que mezcla trabajo con placer, así que pienso que su entusiasmo a lo mejor se debe a que la mercancía que va a adquirir le va a reportar un gran ingreso. Yo también estaría contenta si mi cuenta bancaria aumentara en varios ceros.

## 14. Coreopsis arkansa ~ Amor a primera vista

La cena avanza hasta el postre entre risas y anécdotas en las que mis amigas mezclan trabajo, aventuras de una noche y amores imposibles.

—Ay, Dios mío, mirad con disimulo a ese tío bueno que acaba de entrar — dice Laura.

Cristina, que de disimulada tiene poco, se da la vuelta para mirar.

—¡Madre mía! Está cañón...

Sonrío antes de hundir la cucharilla en el brownie de chocolate. Las oigo suspirar y decir barbaridades sobre el hombre que acaba de entrar, pero yo no me giro a mirarle. No tengo demasiado interés, porque dudo mucho que me impresione tanto como el señor Kimura.

—Es guapísimo. Mira qué labios. Dan ganas de mordérselos.

—¿Por qué viene hacia aquí?

Maca se ha puesto de pie y está haciendo un gesto con la mano.

—¡Es tu cliente! —exclama Laura—. Por eso estabas tan contenta...

Maca me mira y dibuja en su cara una sonrisa de triunfo. Vuelvo a hundir la cuchara en el postre y, entonces, soy consciente de que el objeto de deseo de mis amigas y pobre incauto al que Maca va a dejar sin blanca está detrás de mí.

Siento un cosquilleo en el estómago cuando percibo las notas de su perfume. Se me eriza el vello de los brazos, así que me doy la vuelta...Y el corazón casi se me sube a la garganta.

—¡Señor Kimura!

Él se sorprende tanto como yo. Lo veo en sus ojos, en cómo su boca se abre para decir algo...

—Hola, señor Kimura —nos interrumpe Maca—. Soy Macarena Duque. Hemos hablado por teléfono.

Le observo abandonar el trance en el que la sorpresa de nuestro reencuentro le ha inducido y se recompone con facilidad, para estrechar la mano que mi amiga le tiende.

Me permito observarle. Lleva un traje negro con una camisa del mismo color. En el bolsillo de la chaqueta distingo un pañuelo rojo perfectamente colocado, como si llevara una rosa carmesí. Cierro los ojos, invadida por una imagen en la que le veo a él, tendiéndome una.

Pero sé que eso no ha pasado entre nosotros, ni siquiera anoche, cuando me mostró el invernadero que ha construido para recordar a una mujer.

Esa idea me entristece y no sé por qué. Pero no tengo demasiado tiempo para analizar por qué me siento así, porque veo que Maca está pidiéndole otra silla al camarero. Unos segundos después, el señor Kimura está sentado frente a mí haciendo que el postre, un delicioso brownie de chocolate con vainilla, deje de ser lo más deseable e interesante de esta mesa. Mi cuerpo ha reaccionado a su presencia, despertando un deseo salvaje que creía aletargado desde que Jon se fue. O peor aún, un deseo sumergido que desconocía.

Me muerdo el labio y, cuando me doy cuenta, él me está mirando, incapaz de apartar sus ojos rasgados de mi boca. Yo aparto a duras penas mis ojos de la suya. Porque la deseo por todo mi cuerpo, con una intensidad que roza la necesidad.

¿Qué me está pasando?

—¿Quiere tomar algo, señor Kimura?

—Un té estaría bien, gracias —responde él con su voz ronca.

No deja de mirarme y siento que me estoy derritiendo, que el resto de los comensales de este restaurante han desaparecido.

—Bueno, os presento. Ya conoce a Tina. Ellas son Cristina y Laura.

—Encantadas —dicen las dos al unísono.

—El señor Kimura se dedica a las antigüedades. Es una eminencia en el sector, a pesar de que lleva poco tiempo —nos explica Maca.

—Gracias por el cumplido, pero no es para tanto.

—Su pericia catalogando obras de arte asiático es muy conocida.

—¿Es japonés? —pregunta Laura.

—Sí, lo soy.

—¿Es cierto que en japonés hay palabras que no tenemos en el español, señor Kimura? —pregunta mi amiga Cristina.

—Sí, así es.

—¿Como por ejemplo?

Pero es Maca la que responde, adelantándose:

—*Komorebi*, la luz del sol que se filtra a través de los árboles.

—¿Cuál es su favorita?

—Una que me gusta particularmente es *Koi no Yokan*. Literalmente significa premonición de amor —dice él con voz dulce.

—¿Es como amor a primera vista? —pregunta Laura.

—No del todo. Es conocer a alguien y sentir que os vais a enamorar sin remedio en un futuro cercano.

Los latidos de mi corazón se aceleran y él alza la cara y me mira, como si pudiera oírlos.

—¿Le ha pasado alguna vez? —pregunto, sin ser consciente de cómo las palabras han escapado de mis labios.

El señor Kimura baja la cabeza con una media sonrisa en el rostro, pero puedo ver la tristeza en su expresión y, sobre todo, en sus ojos.

—No seáis cotillas —amonesta Cris—. El señor Kimura parece alguien que no va alardeando de sus conquistas, a diferencia de casi todos los tíos que conocemos.

—No le hemos preguntado por sus conquistas. Le hemos preguntado por el

amor. Es diferente —dice Maca.

—No se preocupe —Él alza la cara y nos mira—. Puedo responder. Sí, me enamoré una vez y lo sentí desde que la vi.

Le mantengo la mirada mientras mis amigas se derriten con suspiros ante la confesión. Pero yo me sorprendo a mí misma sintiendo algo parecido al anhelo. Me digo a mí misma que ya sé que mis relaciones han sido simples e insatisfactorias. Soy joven, pero siempre he esperado más. No cosas como matrimonio e hijos (la sola idea me hace reír). Es como si tuviera la certeza de que hay alguien buscándome. Claro que ese es un pensamiento que aflora en la soledad de mi dormitorio, mientras que mis amigas construyen relaciones que progresan y yo... sigo esperando.

Durante un tiempo, pensé que esperaba el regreso de Jon. Pero después comprendí que lo que deseo es algo como lo que el señor Kimura ha comentado y que no sabía que tenía un nombre:

*Koi no Yokan.*

La certeza de que voy a enamorarme y ser correspondida y que ambos lo sabremos en el momento en el que nos conozcamos. Tomo la copa de champán y apuro el contenido. Él sigue observándome, pero, de repente, no me atrevo a devolverle la mirada, como si pudiera adivinar qué tipo de pensamientos pueblan mi mente.

Luego pienso que mis amigas conducirán la conversación hacia otros temas, pero no es así.

—¿Sabe lo que siempre me ha llamado la atención de su cultura? —habla Maca, con su sonrisa traviesa—. Que mientras en el continente europeo hemos sido los maestros a la hora de escribir sobre sentimientos, desde Shakespeare hasta Lord Byron, en Oriente se han dedicado a hablar sobre los placeres carnales.

Levanto los ojos, amonestando con ellos a mi amiga, que me ignora.

—En mi trabajo descubrí hace poco unos grabados *ukiyo-e* del período Edo. Ilustraciones de primavera... Representación del arte erótico. Tienen un

nombre: *Shunga*. Y hablan sobre el disfrute del cuerpo compartido entre dos.

—¿Este va a ser el tema de conversación de esta noche? —me quejo.

—No hay nada de malo en que hablemos de algo de su país de origen, Blue. Seguro que el señor Kimura nos puede aportar más datos —dice Maca.

—Y es de suma importancia que lo haga. Yo siempre estoy dispuesta a aprender cosas nuevas —dice Laura.

—Normalmente no son así —habla Cris, con una sonrisa de disculpa.

—A veces, son peor —gruño.

—¡Ey, ya ha salido la cortarrollos! ¿Sabes lo que te hace falta? Un buen...

—Vale, vale. ¡Ya lo pillo! —interrumpo a mi amiga.

Miro al señor Kimura. Para su sorpresa, no está avergonzado ni sopesa la huida. A diferencia de mí.

—De hecho, he de decirle, señor Kimura, que tengo uno de esos grabados que podrían interesarle.

—¿En serio?

—Está datado de 1865, pero lo hallaron en Londres.

Observo cómo él se inclina hacia delante, repentinamente interesado.

—¿En Londres?

—Sí, perteneció al marqués de Ayrton. Fue un hombre que viajó mucho e incluso trabajó para el nuevo Gobierno japonés al enseñar en la Escuela Imperial de Agricultura. Fue un *o-yatoi gaikokujin*. Era también un gran lingüista, un explorador, coleccionista de manuscritos y láminas japonesas. Es una historia interesante.

—¿Y eso por qué? —pregunto.

—Por lo que he descubierto, se vio envuelto en la Rebelión Satsuma, que sería el último conflicto encabezado por los samuráis, que no estaban nada contentos con el trato que recibían los extranjeros por parte del Gobierno, porque tenían una mentalidad todavía muy feudal y no estaban preparados para la apertura al mundo exterior. Al parecer, el marqués de Ayrton se vio envuelto en un problema con uno de estos clanes y regresó a Londres, pero se llevó

muchas cosas con él. Allí no se casó ni tuvo descendencia y su marquesado pasó a su sobrino, al hijo de su hermana.

Miro entonces al señor Kimura. Está serio, los músculos crispados, la mandíbula tensa. Él me mira y puedo ver algo en su expresión, algo grave y circunspecto que no acabo de comprender.

—Todas sus posesiones estuvieron guardadas hasta que, en 1960, el último descendiente, abrumado por las deudas, comenzó a vender las pertenencias que han estado rodando por el mundo, cambiando de dueños. Como si buscaran a su legítimo propietario. —Hace una pausa—. Tal vez sea usted, señor Kimura.

Los ojos del interpelado se apartan de mí y vuelan a Maca. Y yo, que no puedo evitar fijarme en cómo se mueven los músculos de ese hombre, aprecio que vuelven a tensarse.

—Si tiene los documentos que certifican su autenticidad, estaré encantado de comprarlo.

—Le aseguro que sí. O tal vez quiera hacer un intercambio por el broche de la rosa con rubíes que usted tiene y que perteneció a la madre de Tina.

—¿Qué? —pregunto, tan sorprendida que apenas puedo encadenar pensamientos.

Me atrevo a mirarle. Está tan sorprendido como yo, pero hay algo más profundo, como una velada capa de tristeza.

—¿Lo ha traído?

Al señor Kimura le cuesta reaccionar. Lo hemos pillado con la guardia baja y lo hemos colocado en una situación vulnerable que seguro que detesta.

—Sí, pero...

—¿Puedo verlo? —le interrumpo.

—Claro. —Mete la mano en el interior de la chaqueta del traje y de un bolsillo saca un pequeño paquete envuelto en seda. Me llama la atención la tela, negra azabache, aunque en algunas zonas parece gris porque está desgastada y tiene dos grullas blancas con el perfil dorado.



¿He visto ese dibujo en algún lugar? Descarto la idea y despliego la tela. Pronto, mis ojos ven el brillo de dos rubíes, haciéndome un guiño. Es el broche de mi madre, una de las joyas por las que habían viajado a Japón.

Ese broche llegó a Guille y a mí en un paquete, junto con las pertenencias de nuestros padres, el reloj de pulsera, las alianzas, un estuche de plata un poco barroco, un camafeo que nuestra madre siempre llevaba colgado al cuello y un guardapelo que yo recuerdo vagamente.

Un tiempo después, tuvimos que empeñar todo, para sufragar uno de los primeros líos de Guille.

Noto que se me humedecen los ojos. No hago nada por impedir que las lágrimas rueden por mis mejillas.

—¿Es ese, Tina? ¿El de tu madre?

—Sí, lo es. —Lo acaricio con delicadeza—. Y está tal y como recordaba.

—He tratado de conservarlo —afirma él, llamando mi atención—. Tal y como... —se interrumpe como abandonando un trance.

—Entonces, señor Kimura, ¿estaría interesado en cambiarlo por la litografía y devolver así el broche a su legítima dueña?

Él baja los ojos. Acto seguido, se disculpa y se pone en pie. Vuelve a mirarme y luego se da la vuelta y se apresura hasta la puerta, cruzando el restaurante a toda velocidad. Nos quedamos perplejas y desconcertadas, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Qué hombre tan extraño! —exclama Cris al fin.

—Voy a ver si se ha marchado. —Me pongo de pie.

—Espera, voy yo —se me adelanta Maca—. Dame diez minutos y te aseguro que recuperarás ese broche.

Quiero rechistar, pero mi amiga ha sido más rápida y ya está abandonando el restaurante detrás de él.

—Esta noche está siendo rarísima —comenta Laura.

Vuelvo a contemplar la joya. Y, durante unos instantes, en mi mente se rememora una imagen. Pero ¿cómo es posible? No he visto a mi madre con ese

broche. No tuve ocasión. Y, sin embargo, la imagen de una mujer vestida de negro colocándose delante de un espejo me resulta tan familiar como si la hubiera visto con mis propios ojos, como si mis manos hubieran sido las que atravesaban el tejido con la aguja que lo sujetaba.

Transcurridos unos diez minutos y alguno más, Maca vuelve al restaurante. Se aproxima a la mesa. Me doy cuenta de que el vestido rojo de mi amiga está ligeramente mojado por gotas de lluvia. La expresión de su cara refleja triunfo.

—Es tuyo, Tina.

—¿Qué?

—¡Lo he conseguido para ti!

La felicidad que experimento es como la sensación de llegar a casa después de un terrible día cuando mis padres aún vivían y me consolaban y abrazaban con cariño.

Una sensación que hacía tanto que no sentía que parece un sueño lejano.

—¿Dónde está el señor Kimura?

—Fuera.

Me pongo en pie y salgo del restaurante. No tardo en localizarle. Lo encuentro apoyado en el coche de Maca. Está contemplando algo que parece plastificado. Acaricia lentamente una parte con gesto misericordioso. Avanzo hacia él, que está tan concentrado en lo que tiene entre las manos que no se da cuenta de mi presencia, como no parece tampoco darse cuenta de las gotas de lluvia que caen sobre él.

—Señor Kimura...

Despierta del trance y me mira. Da un respingo al verme tan cerca y trata de esconder la litografía.

—¿Es demasiado erótica y la esconde de mí? No creo que vaya a asustarme.

Él duda.

—Es que...

—Debe de ser una obra de arte si lo ha cambiado por un broche de rubíes.

Me coloco a su lado apoyándome en el coche. Estamos tan cerca que puedo ver sus ojos claros, que contrastan con sus pestañas oscuras, por esa tonalidad ambarina que poseen.

—¿Puedo verlo?

Al final accede y la muestra ante mí. Con un primer vistazo, analizo lo que veo. En colores vivos, un hombre y una mujer hacen el amor, medio desprovistos de sus ropas tradicionales. A pesar de los trazos, el artista plasmó la expresión de placer de la mujer y el rostro de concentración del hombre.

Hay algo escrito en la zona superior. *Lincolnshire, 1878, William*. Y unos caracteres en japonés.

—¿Qué pone aquí?

—«Busca las siguientes piezas, amigo mío».

—Confío en que Maca le ha mostrado los papeles que certifican...

—Sí, así ha sido.

—Ah. —No sé qué más añadir—. Sí que es bastante erótico, la verdad. — En cuanto pronuncio esas palabras soy consciente de la presencia de este hombre a mi lado. Siento algo parecido a un cosquilleo en el estómago. Lo estoy mirando, pero el señor Kimura tarda una decena de latidos de corazón en clavar los ojos en mí. Cuando lo hace, el cosquilleo se intensifica y se me eriza el vello de los brazos—. No sé cómo agradecerle todo lo que hace por mí. Voy a estar en deuda con usted para siempre. Es como si me hubiera salvado la vida...

Las palabras activan algo en él, que retrocede y se aparta. Lo observo alejarse y darse la vuelta.

Y cuando ya no le siento cerca es cuando soy consciente de que la lluvia está intensificándose.

—¿Volvemos dentro? —pregunto.

—Discúlpeme ante sus amigas, pero tengo que marcharme —me dice y no

me mira.

—¿Ahora?

—Sí, lo siento —da un paso más y se aleja.

## 15. Sycamore ~ Curiosidad

De repente, la noche se ha torcido. No entiendo por qué. He recuperado el broche de mi madre, estoy de fiesta con mis amigas, algo que necesitaba más de lo que podía imaginar, pero la repentina marcha del señor Kimura me ha hecho sentirme dividida... Como si hubiera quedado entre nosotros algo pendiente.

Odio esa sensación, ese regusto agrisado, esa mezcla de victoria y de fracaso.

Cuando mis amigas proponen ir a otra discoteca, argumento que estoy cansada y que quiero irme a casa. Pero una vez que subo al taxi, ante mi propia sorpresa, la dirección que escapa de mi boca es la del señor Kimura. A lo largo del trayecto, planeo la excusa perfecta, aunque no la necesito porque la tengo. Voy a ver a mi hermano, que aún sigue allí.

Esmeralda tampoco se sorprende de mi visita, lo que me tranquiliza, aunque siento que el corazón se me acelera más y más a medida que el ascensor sube hasta el último piso.

—Pequeñaja... —la voz de Guille me sorprende. Lo hallo en el umbral, apoyado en la jamba de la puerta, sonriente. A pesar de que parece relajado, sé que todo es fachada, que todo forma parte de una pose fingida para no preocuparme.

Pero Guille no cuenta con que siempre le delatan sus ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera caído un rayo.

Me detengo frente a mi hermano. Es tan alto que siempre tengo que levantar la cara para mirarle. Él baja los ojos, avergonzado. Alzo una mano y acaricio su cara, pero Guille no se atreve a mirarme. La culpa que siente es mayor que en otras ocasiones, porque ha cruzado un límite que podía haberle costado la vida.

—Pequeñaja... —murmura con la voz rota.

Quiero decirle que todo está bien, voy a contarle que he recuperado el broche de nuestra madre, pero la aparición de Esmeralda me lo impide.

—¿Qué hace levantado? ¿No he sido tajante en cuanto a su reposo?

Guille sonríe, con los ojos vidriosos por el llanto contenido.

—Esme —me sorprende llamándola así—, he recorrido cinco metros desde la habitación hasta la puerta y ha sido para abrirle a mi hermana.

—Hola, Esmeralda —la saludo.

—¡Qué guapa está, señorita Martínez!

—Gracias. Pero llámeme Tina. ¡Qué educados son aquí!

—Pase, pase. —Hace un gesto con la mano—. No se quede ahí.

—¿Puede no tratarme de usted?

—Puedo intentarlo.

Le sonrío, porque esta mujer me cae muy bien. Guille me tiende la mano y me acompaña al interior de la casa. Tomamos asiento en la *chaise longue* del salón.

Guille se echa atrás y cierra los ojos.

—Me duelen hasta las pestañas.

—Por el aspecto de tus ojos, me lo creo.

—Y eso que Esme me ha dado un remedio cojonudo.

—Un viejo remedio del señor Kimura para el dolor y las heridas —dice la aludida.

Me pregunto por qué alguien como él necesita un remedio para las heridas. ¿Será una receta tradicional de su país? ¿Un remedio familiar heredado

generación tras generación?

Comprendo que, a pesar de que he pensado en él más veces de lo que quiero reconocermé a mí misma, no sé nada de este hombre, salvo que vive en un piso lujoso en una zona cara y es un experto en antigüedades, tal y como me ha dicho Maca. Eso me intriga demasiado.

—¿Has salido de fiesta con «las colgadas»?

—Se han presentado en mi trabajo para obligarme —explico.

—Son buena gente.

—Sí, lo son... Oye, lechuguino, ¿estás bien?

—Sí, solo es que estoy cansado.

—Pues entonces, acuéstate. Te acompaño. Si te encuentras mejor, mañana nos vamos a mi casa.

—De acuerdo. Vamos.

Una vez que mi hermano se queda acostado, abandono su habitación y me dirijo a la cocina, donde encuentro a Esmeralda. Me tiende un té en cuanto me ve aparecer. Desde luego, esta mujer está en todo.

—¿El señor Kimura se ha acostado ya?

—No, no está aquí.

—¿No ha venido? —pregunto, demasiado sorprendida.

—Aún no.

—Oh, vaya —se me escapa, haciendo que la mujer me mire. Seguro que se pregunta por qué estoy tan interesada en su jefe. ¡Como si yo lo supiera!

—¿Quiere descansar?

—Sí. Puedo dormir en el sofá, no se preocupe.

—¡Ni hablar! Hay una habitación de invitados de sobra.

—Pero no es necesario, de verdad.

—No va a dormir en ese sofá.

—Esmeralda, ese sofá tiene pinta de ser más cómodo que mi propia cama.

Además, estoy tan cansada que...

Pero Esmeralda abre una puerta desplazándola a un lado y las palabras se esfuman de mi mente. La habitación que se extiende ante mis ojos es enorme, con una cama sobre un tatami bajo. En la pared frontal hay pintado un mural con flores de cerezo.

—Vale. Me quedo aquí.

Esmeralda suelta una carcajada.

—Si necesita cualquier cosa, avíseme.

—Vale. Gracias... Esmeralda... ¿A qué se dedica el señor Kimura?

—A las antigüedades.

Bueno, me ha dicho lo mismo que Maca, algo que ya sé, pero que confirma su veracidad.

—Entonces, ¿tiene él mi libro?

—No lo sé.

—¿Y sabe dónde puede estar ahora? Son casi las dos de la mañana.

Esmeralda se encoge de hombros.

—¿Con... alguna mujer?

¿Puedo decir que siento celos? Me sorprende descubriendo que sí, que los siento. Es un hombre apuesto e interesante, capaz de construirle un invernadero a una mujer... Así que eso implica que no es célibe y que es capaz de enamorarse intensamente.

—Bueno, no es de mi incumbencia —me digo, ante el prolongado silencio de mi interlocutora.

A continuación, Esmeralda me comenta que ya ha cambiado las sábanas porque contaba con que me quedara allí e incluso me ha preparado ropa del señor Kimura para que esté más cómoda. Luego me indica dónde duerme por si necesito algo durante la noche. Cuando me hallo sola, voy al baño, me quito el vestido y me acerco a su ropa, pulcramente doblada, que Esmeralda me ha dejado sobre la cama. Huele a él.

A él, que está tal vez con una mujer, en un sensual baile de sábanas



revueltas en las que practicaré la escena de la litografía que he visto y que aún encarna mis mejillas. Así que decido no ponerme esa ropa, para no sentir su aroma como una cálida caricia envolvente. A pesar de que en un principio parece que el tatami sobre el que está la cama es demasiado bajo, cuando me dejo caer sobre el mullido colchón, dejo escapar un suspiro.

Estoy segura que esto es lo más parecido a estar en una nube. Cierro los ojos. Estoy cansada. Llevo varios días agotadores, pero no puedo conciliar el sueño porque no dejo de pensar en él. Doy un par de vueltas, me hago un ovillo, me cubro la cara con la almohada.

Pero mi cabeza está descontrolada. ¿Quién es ese hombre y por qué me intriga tanto? ¿Y si cotilleo un poco? Esmeralda estará dormida ya... Y si me pillan, tengo la excusa de que pretendía ver a Guille por si no se encuentra bien. Así que, descalza y de puntillas, salgo del dormitorio. Las luces están apagadas y uso la linterna del móvil para orientarme. La cocina, la habitación de Guille, la de Esmeralda... Un cuarto vacío con una estantería que roza el techo... Siento ganas de mirar qué tipo de libros lee, pero, desde que he decidido salir a cotillear, la idea que se ha fijado en mi mente es descubrir su dormitorio.

Ese es el lugar más personal e íntimo y, si tiene secretos, seguro que están ahí.

## 16. *Artemisia princeps* ~ Yomogi

Llego a la última habitación del final del pasillo. Desplazo el panel *Shoji* a un lado y levanto la luz del móvil. La habitación es grande, despejada. Solo tiene una cama enorme en el centro, y a un lado, una mesita. Sobre el cabezal, hay una litografía con un dibujo geométrico. En los laterales, colgadas de las paredes, hay espadas. Me acerco y las ilumino. Parecen reales, antiguas, y siguen afiladas.

Doy un paso a la derecha y topo con algo. Lo ilumino. Es un arcón.

Me arrodillo y lo abro. El corazón me palpita con rapidez. Miro detrás de mí, asegurándome de que estoy sola. Luego me inclino sobre el arcón para ver el interior.

Hay un casco. Lo saco con cuidado y lo observo con detenimiento. Es fuerte y pesado, de hierro. Está hecho de varios componentes contruidos con discos remachados. Al acercar la luz, puedo ver que el material es cobre con trenzados de lo que parecen oro, seda o piel según la zona. La parte superior, que parece un cuenco que acaba en un penacho, tiene una parte frontal con un emblema heráldico, como una insignia que contrasta con un fondo blanco. El dibujo es geométrico, el mismo que hay en la litografía sobre el cabezal. Volteo el casco. Detrás lleva remachados unas hileras de discos metálicos sujetos con trenzados de seda. Lo deajo a un lado.

Veó una gorra acolchada con correas, que supongo que debía ir debajo del casco para proteger la cabeza. Sigo mirando. Hay seda que intuyo como piezas

de ropa que no me atrevo a desdoblar. Me fijo con más atención. El móvil ilumina el reflejo afilado de unos cuchillos. El corazón comienza a bombearme muy rápido. Vuelvo a meter la mano en el arcón y alcanzo una máscara. Es roja, cubre la cara por debajo de los ojos y tiene talladas las facciones: la nariz puntiaguda, un bigote y una boca abierta. Es espeluznante.

Alcanzo un pequeño puñal afilado. La contemplo demasiado rato imaginando su propósito y preguntándome: «¿Quién eres, señor Kimura?».

Oigo un ruido y me giro, con el corazón bombeando rápido y la respiración acelerada y lo veo.

Detrás de mí.

Él. Él.

Por el susto, el cuchillo se me resbala y, al tratar de cogerlo, noto que me corta en la palma.

—¡Ay!

Él enciende la luz, camina despacio y se me acerca. Me tiemblan las piernas y, cuando intento levantarme, se me comban las rodillas, pero de repente me ha sujetado y me estrecha contra él.

—Lo siento, yo no... No pretendía... —No me salen las palabras. Me siento mortificada. Estoy segura de que nos va a tirar de su casa. Y con razón. Pero él no dice nada. Alzo la cara y le sorprendo mirándome con una expresión que aún desconcierto y dolor. Muevo la mano y noto un latigazo en la zona de la herida, recordándome su existencia—. ¡Ay! Me duele...

Mira el corte y algo parece activarse en él. Saca el pañuelo de su bolsillo y envuelve la herida. Luego me deja en el suelo, asegurándose de que soy capaz de mantenerme en pie. Le miro. Me toma de la otra mano y me lleva hasta el cuarto de baño que hay al lado y del que no he sido consciente. Cuando enciende la luz, me percató de que voy dejando un rastro de sangre en forma de gotas.

—Tome asiento —señala un taburete junto a la pila.

Me miro al espejo antes de obedecer y me acuerdo de que estoy en ropa

interior delante de él. Porque el señor Kimura está a un metro, detrás de mí. Le veo en el espejo, me mantiene la mirada y, como si hubiera pensado lo mismo que yo, se quita la chaqueta y me la coloca sobre los hombros.

—Voy a mancharla.

—No importa.

Me coloco bien la chaqueta y me la abrocho para que solo mis piernas queden a la vista, aunque una parte de mí quiere que él vea toda mi piel. Tengo que deshacerme de esa idea.

Lo veo abrir un cajón y sacar un bote con un ungüento que deposita en la pila. Luego se coloca de cuclillas frente a mí. Trago saliva. No recuerdo la última vez que estuve tan nerviosa.

Toma mi mano y quita el improvisado vendaje, exponiendo la herida, roja y brillante. Comienza a colocar el ungüento, que tiene un aroma floral, sobre el corte. Escuece, pero no se lo digo.

—¿Es este el remedio que Esmeralda ha usado en las heridas de mi hermano?

—Así es.

—¿Es algo de su país? ¿Un remedio ancestral?

Como toda respuesta, un músculo tiembla en su mandíbula.

—¿Qué es?

—Es un coagulante. Se llama *yomogi*.

—Ah —digo mientras observo en silencio cómo extiende la crema.

—Viene de la *Artemisia princeps*, en mi país es casi una planta sagrada, a pesar de que es una mala hierba que crece cerca de los caminos y en las faldas del Monte Fuji, pero sus usos son múltiples.

—Parece que su vida gira en torno a dos cosas: las flores y las antigüedades.

—¿Ha llegado a esa conclusión asaltando mi habitación?

—Había llegado a esa conclusión antes de entrar.

—Entonces, ¿a qué se ha debido la intromisión?

No puedo hacer otra cosa más que encogerme de hombros.

—Le agradecería que fuera sincera.

—Estaba buscando el libro.

—¿Y no se le ha ocurrido buscar en la biblioteca por la que ha pasado antes de llegar a mi dormitorio?

—¿Lo tiene ahí? —Sé que abro mucho los ojos ante la posibilidad.

—No. Ya le he dicho que no lo tengo.

—Sé que me miente.

—Como usted. ¿Qué hacía en mi dormitorio?

Bajo los ojos. ¿Qué puedo decirle? Poca cosa que justifique mi comportamiento. Al trazar el plan no contaba con que él me pillara. Me siento avergonzada y encima me ha visto en ropa interior...

—Me siento ridícula —digo, cubriéndome la cara con la mano que no tengo herida—. Esta es la situación más bochornosa en la que me he visto envuelta. Yo no soy así, de verdad, y tampoco contaba con que regresara tan pronto a casa de su *affaire*.

—¿Mi *affaire*?

—Sí, su cita con alguna mujer con la que practicar la postura de la litografía.

Alzo la cara hacia él y me encuentro con sus ojos demudados por la sorpresa y con sus mejillas sonrojadas.

—¿Cómo?

—Me imaginaba que, si no había vuelto a casa, era porque estaba con una mujer... Ya sabe.

—¿Eso es lo que piensa de mí?

—¿Tan malo es pensarlo? Es un hombre joven, atractivo y elegante. No vive en un monasterio y no parece que esté casado.

El señor Kimura parece perplejo ante mis palabras. Lo he pillado fuera de juego.

—Y que sepa que no le estoy juzgando. Cada uno es libre de hacer lo que

quiera en su tiempo libre.

—Aunque agradezco que no me juzgue, no he estado con ninguna mujer esta noche.

—¿Y dónde ha estado?

Él esboza una sonrisa de medio lado que me resulta cautivadora. Espero a que él responda, pero no lo hace. Se limita a mirarme. Dios mío, ¿he dicho algo mal? ¿Me he excedido al preguntarle?

—No tiene por qué responder, lo sé. Ni siquiera tendría que haberle preguntado, pero es que me siento celosa ante la idea... No, celosa, no. Curiosa —Los nervios me traicionan—. Curiosa quería decir. Ay, madre, que el corazón me va a mil por hora y...

Él alarga la mano y agarra un mechón azul para colocármelo detrás de la oreja.

—Si tiene preguntas, Tina, ¿por qué no las ha hecho en lugar de asaltar mi dormitorio?

—Si las hago, ¿me las responderá?

—Claro.

Bajo los ojos. Me fijo en sus manos y me digo que deseo que me toque con ellas, que me acaricie y me desnude...

—Tina...

—¿Dónde ha estado? —farfallo, sin mirarle.

—Dando un paseo. Necesitaba pensar.

—Pero llovía.

—En mi país, tenemos una palabra. *Ame Onna*. Mujer lluvia. Como usted.

—¿Como yo?

—¿Se da cuenta de que siempre que aparece cerca de mí trae la lluvia?

—Lo sé. Mi vida ha sido eso. Al menos, es lo que dice Guille. —Sonrío, con tristeza.

—¿Alguna pregunta más?

—Sí, sobre las armas que encontré.

—Puedo enseñárselas.

## 17. Spanish Jasmine ~ Sensualidad

Me tiende la mano para guiarme hasta el dormitorio. Siento que la respiración se me escapa en un jadeo. Si él lo ha escuchado, algo de lo que estoy segura, no lo veo reaccionar. Una vez en su habitación, me quedo de pie detrás de él, que se ha arrodillado frente al arcón.

Me mira desde abajo.

—Es una armadura de... samurái. Las piezas que cubren la cabeza, la cara y el cuerpo. El puñal con el que se ha cortado es un *wakizashi* para hacerse el *seppuku*, mal llamado harakiri. Y —señala la pared— esas dos catanas eran el arma por excelencia de la casta guerrera. Los samuráis las llevaban hasta la Restauración Meiji, que supuso el fin de sus privilegios y la apertura al mundo exterior. Tal y como ha comentado su amiga.

—¿Y qué es ese símbolo?

—Es el escudo... del *daimio*, del señor feudal al que servía el samurái.

—¿Y la máscara?

—Esta en particular, que solo cubre la cara por debajo del ojo, se llama *hoaete*. Lleva bigote para que las cabezas cortadas no fueran confundidas con mujeres.

—¿Había mujeres samurái?

—Sí. —Una sombra cruza su rostro—. Desde luego que las había.

De repente, algo ha cambiado en él. Está de rodillas y permanece cabizbajo. Siento que no puedo evitar moverme y lo hago. Avanzo para acariciar sus



cabellos. Están mojados por la lluvia. Él levanta la cara, sorprendido. A pesar de que está de rodillas, es tan alto que me llega al estómago. Contengo el aliento, pero sigo acariciándole el pelo, tan oscuro y liso. Se lo aparto de la frente y también la acaricio. Luego mis pulgares descienden por las sienes, rozan sus pómulos y sienten en las yemas el roce del vello facial que cubre las mejillas. Mis manos, ya con vida propia, bajan por su cuello hasta su corbata. Él sigue mirándome, expectante, con las cejas arqueadas. Deshago el nudo de la corbata y se la quito. La dejo caer al suelo. Desabrocho los botones. Uno, dos, tres, cuatro. La piel asoma.

Le veo tragar saliva. ¿Por qué no se mueve? ¿Por qué no me detiene?

Parezco tranquila, segura de mí misma, pero no lo estoy y mi respiración me delata. Aun así, acaricio su cara, su cuello, y descendiendo al pecho, firme, que voy descubriendo mientras abro más la camisa.

Hay un momento en que me detengo. Y él se mueve. Alarga los brazos y veo sus manos elegantes desabrochando los botones de su chaqueta, esa que yo llevo puesta. Luego se pone en pie. Abre la chaqueta del todo y sus ojos recorren mi cuerpo, mi ropa interior. Noto cómo el tejido de la chaqueta se desplaza de mis hombros, dejándolos al aire. Luego la noto caer detrás de mí, con una leve caricia de despedida.

No puedo mirarle, así que me limito a desabotonarle el chaleco y el resto de los botones de la camisa. Puedo ver los músculos de su estómago y la línea de vello que desciende desde el ombligo y que se pierde en la cintura del pantalón. El señor Kimura se mueve, lo que hace que le mire. Me está contemplando con atención, con el deseo bailando en sus ojos. Su mano viaja a mi hombro tatuado, acaricia la rosa con esmero, traza el contorno de los pétalos, como imaginé en el invernadero. Se me escapa un suspiro tembloroso que hace que él aparte los dedos de mi piel y me mire.

¿Qué está pasando entre nosotros? ¿Cómo hemos llegado a este punto en el que nos estamos desnudando?

Se mueve de nuevo. Lo veo morderse el labio inferior y siento que el deseo

me recorre con una descarga. Me rodea hasta quedarse detrás de mí.

—Nomeolvides... —escucho, cerca de mi oreja y noto cómo sus dedos acarician el tatuaje de mi espalda— Azul. Como su pelo. Y unas palabras: amor fati. ¿Por qué?

—¿Quiere que se lo explique ahora? —digo, cuando consigo que me salga la voz.

—Sí.

Cierro los ojos. Haría lo que me pidiera y sin arrepentirme.

—Amor fati es... —respiro hondo— un término que empleaba Nietzsche. Expresaba amor al destino, incluso cuando pasa algo malo, si aun así eres capaz de ver lo bello. Y la flor. No hace mucho que soñé que recogía un ramillete.

—¿Tan intenso fue el sueño que lo tatuó en su piel?

—Fue la sensación que el sueño me produjo. Me vi en un prado, recogiendo estas flores, cuando vi una silueta que se me acercaba. No podía ver bien su rostro, porque el sol me lo impedía, pero se me aceleró el corazón y tuve el convencimiento de que estaba enamorada de verdad.

Silencio.

—¿Y cómo acaba el sueño? —pregunta él, con una voz inusualmente ronca.

—Le entregaba el ramillete y le dije: «Nomeolvides».

Me doy la vuelta para mirarle, pero me sorprende encontrarle con los ojos cerrados, tensión en la mandíbula y la cabeza gacha.

Alargo las manos y acaricio su pelo.

—¿Qué sucede?

Él niega con la cabeza, como si repentinamente no tuviera fuerzas para hablar. Le llamo.

Una, dos, tres veces.

—Míreme —le pido.

Vuelve a negar.

—Nomeolvides... —musita con tristeza. Al alzar los ojos, veo que brillan

por la emoción contenida.

—Señor Kimura, fuera quien fuera esa mujer... Estoy segura de que volverá a verla.

Él me mira con una expresión indescifrable.

—Alguien capaz de amar como usted se merece lo mejor. —Doy un par de pasos y me alejo.

Necesito esa distancia, apagar el deseo y recuperar la cordura. Él sufre por otra. Ama a otra, a quien le ha construido un invernadero y por la que casi llora antes de tener un momento íntimo con otra persona.

Bajo los ojos y me apresuro a salir del dormitorio. No me detengo hasta que regreso a la habitación de invitados y me dejo caer sobre la cama. Tengo el corazón acelerado y una sensación demasiado parecida a mi sueño, como si sentimientos escondidos estuvieran siendo desenterrados. Hundo la cabeza en la almohada y me digo que no puede ser posible. Y que mañana regresaré a mi casa, me llevaré a Guille y no volveré a verle.

Señor Kimura

*La dejo marcharse. No me atrevo a salir del dormitorio, pese a que Esmeralda me lo ruega desde el otro lado de la puerta. No, no puedo enfrentarme a ella.*

*Sé que se marcha y se lleva con ella a su hermano.*

*Sé que es lo mejor.*

*Lo único que me va a mantener cuerdo. Que se vaya, a su vida, al momento presente, al lugar donde pertenece. Cierro los ojos y no contesto a los golpes intensos del puño de Esmeralda contra la puerta, como si esos golpes pretendieran llegar a mi conciencia y hacerme reaccionar.*

*—No la deje, señor Kimura. Por favor... Haga caso a esta pobre vieja que aún cree en el amor.*

*Niego con la cabeza. Estoy sentado en el suelo, junto al arcón. No podría*

*levantarme, aunque quisiera, porque me tiemblan las piernas. A mí, que nunca me había pasado algo así. Ni siquiera en los momentos de batalla, donde el miedo se apoderaba de mí, pero tenía la sangre fría corriendo por las venas para que nunca me sintiera así... Tan vulnerable.*

*Ni siquiera cuando eligió a otro, ni cuando la perdí.*

*Ahora, en este día, esta muchacha de pelo azul me ha hecho temblar.*

*La dejo marchar. Claro que sí.*

*Porque si no lo hago, no podré marcharme. No podré regresar a casa.*

## 18. Crimson Polyanthus ~ El misterio del corazón

Ya estoy de nuevo en mi apartamento. Nos ha costado más de lo previsto, porque a Guille le cuesta moverse, le duele todo y yo no tengo fuerzas para cargar con él. Hemos subido los cuatro pisos a duras penas y le he ayudado a llegar a su cama, donde se ha dejado caer. Luego le he preparado un té con un nolotil para el dolor y me ha dicho que quería dormir. Lo he dejado solo.

Me he duchado y me he ido a trabajar. Tengo una larga jornada por delante y necesito enfocarme en lo importante para olvidar lo que sucedió anoche en la habitación del señor Kimura, aunque cada vez que muevo la mano, el dolor del corte me recuerda cada instante.

Me preparo un café largo, bien cargado y dejo que los clientes me cuenten sus penas, sus tribulaciones para distraerme.

Ocho horas después, ha caído la noche. Apenas me quedan un par de clientes, sentados en las mesas junto a los ventanales y una pareja que no habla, sentada en la barra. Estoy secando las últimas copas y no puedo evitar pensar en uno de mis cuadros favoritos: Nighthawks, de Edward Hopper. ¿Cuánta soledad hay en las cafeterías, en los metros, en cada hogar? Si algo he aprendido desde que comencé a trabajar en hostelería es que la vida urbana es desgarradoramente solitaria. Me he visto reflejada en muchas miradas, en muchos suspiros melancólicos de algunos de mis clientes. Hasta anoche. Durante esos minutos con él, en su dormitorio, mientras nos quitábamos la ropa.

En esos instantes, la sensación de vacío que siempre me ha acompañado había desaparecido... Aunque esta mañana, mientras Esmeralda me rogaba que no nos marcháramos y yo no podía evitar mirar de reojo al pasillo, esperando que él apareciera y me impidiera irme, esa sensación ha regresado.

Qué tonta he sido. No sé qué he esperado en realidad.

Prefiero no pensarlo. Me despido de los clientes que se están levantando para abandonar la cafetería, concedores de la hora de cierre.

Y así es como transcurren los días siguientes. Trabajo, trabajo y más trabajo, mientras Guille se recupera poco a poco.

Una semana después, tras cerrar la cafetería, tengo un nudo en el estómago y necesito caminar, porque todo lo que tiene que ver con el señor Kimura me resulta un misterio. No dejo de pensar en él. Quiero verle. Me cuesta contenerme y no volver a su piso. No entiendo por qué me siento tan atraída por él. Es un hombre muy atractivo, es cierto. Además, es elegante, tiene una forma de mirar interesante, como si sopesara mucho cada palabra antes de pronunciarla. Pero esas cosas en sí mismas no suelen bastar para que yo pierda la cabeza. O el corazón. Y, sin embargo, se ha adueñado de todos y cada uno de mis pensamientos.

No sé cuánto rato he estado caminando, pero, cuando llego a mi apartamento, Guille me recibe en el salón, alarmado.

—¿No salías a las diez?

Miro mi reloj. Son las once y media.

—¡Oh, lo siento! Se me ha ido el santo al cielo.

—Maca ha traído unas pizzas.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con Jon.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué?

—Jon ha regresado. Han estado aquí, esperándote.

—¿Han dicho si van a volver?

—Creo que sí.

Le digo a mi hermano que voy a ducharme, que vaya calentando las pizzas en el horno y me escabullo a mi habitación. Cojo ropa cómoda y voy al baño. Con rapidez, me meto en la ducha. Dejo que el agua caliente caiga sobre mí un buen rato. No sé si estoy preparada para volver a ver a Jon. Ni siquiera le he contestado a su mensaje. Y, ahora de repente, Maca lo trae hasta mi propia casa.

Cuando salgo de la ducha, aún no sé cómo actuar.

Me pongo unos vaqueros ajustados que sé que me favorecen y una blusa negra. Me recojo el pelo en un moño alto, pero casual, para que dé a pensar que es fortuito, que no me he arreglado para verle. Me pongo unos calcetines y, cuando salgo del baño, suena el timbre.

—¡Yo abro! —le digo a mi hermano.

Doy varias respiraciones profundas mientras camino a la puerta. Puedo con esto. Puedo controlar la situación y no quedar en evidencia. Ya hace un año que rompimos. No queda nada de lo que tuvimos, fuera lo que fuera.

Abro la puerta envalentonada y, al alzar la cara, el corazón se me sube a la garganta.

Vestido con unos vaqueros y una cazadora negra, bajo la que lleva una camiseta blanca, está el señor Kimura.

Señor Kimura

*No me esperaba. Lo veo en su cara, en cómo se abren sus preciosos ojos. Me detengo a mirarla. La blusa negra marca su pecho. La lleva algo desabotonada y puedo ver el escote. Me obligo a subir la mirada hasta su boca abierta por la sorpresa. Quiero besarla. Me cuesta contenerme. Y me digo a mí mismo que no soy fuerte, porque aquí estoy, frente a su puerta, cuando debería estar corriendo en dirección contraria. Debería ser un hombre honrado y alejarme, porque su cercanía me expone, me coloca en*

*una situación peliaguda. Y a ella la pone en peligro, porque la muerte suele cebarse con las personas por las que siento algo.*

*Y ella me hace sentir, cuando creía que ya no era capaz de hacerlo, cuando creía que mi mundo se había detenido en una fecha, ya tan lejana...*

*—Señor Kimura... —musita, con voz temblorosa.*

*Me desea. Lo veo en sus ojos. Y eso me mata. ¿Por qué me deseas? ¿Por qué te brillan los ojos cuando me miras, por qué me recorres sin disimulo, expectante, tal y como yo lo hago?*

*Tengo ganas de gritarle que no lo haga, que no lo merezco, que por mi culpa puede acabar muerta, pero no lo hago. Solo me muevo. Hacia ella.*

*—¿Cómo cree que me llamo?*

*Ella parpadea, desconcertada.*

*—¿Qué?*

*—Si tuviera que ponerme un nombre, Tina, ¿cuál sería? ¿Cómo me llamaría?*

*—No entiendo qué me está pidiendo.*

*—Por favor, inténtelo.*

*Ella baja los ojos. Se muerde el labio. Tengo que agarrarme al marco de la puerta para frenarme, para obligar a mi cuerpo a pararse, porque, si vuelve a hacerlo, la beso sin remedio. Y pierdo el poco control que me queda.*

*Cuando alza los ojos, tiemblo. Hay un brillo de determinación y de decisión que me asusta, porque lo conozco, porque lo he visto antes.*

*Y, entonces, su boca dice algo que me estremece: mi verdadero nombre.*

*—Kenji.*



## 19. White Chrysanthemum ~ Verdad

No sé por qué es el nombre que ha venido a mi cabeza. Quizá porque creo que pega con su apellido, que es lo único que sé de él hasta el momento. Quizá porque me gusta. O quizá, quizá... Porque es algo que sé y punto. Porque desde hace unos días, se cuela en mis sueños.

Pero al pronunciarlo algo en mí se ha removido. Ha sido un estremecimiento, una sacudida.

Kenji.

Sin embargo, lo que veo en su rostro me desconcierta. El dolor baña su expresión, volviéndola más hermosa, si es que eso es posible.

De repente, parece abatido. Retrocede.

—Ojalá... Ojalá no lo hubieras dicho.

—Pero...

Se marcha, pero yo le persigo. Antes de que llegue a la escalera, le he alcanzado y le he agarrado de la muñeca. Se detiene. Me mira y hace que mi corazón se acelere.

Luego baja los ojos hasta el punto donde le estoy reteniendo. Hasta el lugar donde ahora se concentran nuestros mundos.

—Es ese su nombre, ¿verdad?

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Porque no soy bueno para ti, Tina. Nunca lo he sido.

A pesar de la advertencia soterrada en sus palabras, no puedo evitar estremecerme porque ya no me habla de usted. Ha roto esa barrera.

Hace ademán de soltarse, pero yo no se lo permito. Cierro mis dedos con fuerza alrededor de su muñeca y le miro.

«No te vayas, me da igual que no seas bueno para mí, me da igual, porque tienes algo que me atrae, algo que me empuja hasta ti de una manera irremediable».

Quiero decírselo. Unir todas y cada una de esas palabras y retenerle a mi lado.

Sobre todo, porque él me mira como esperando esas palabras, como si las hubiera esperado toda su vida.

Sin embargo, alguien sube por la escalera y una voz que conozco me interpela.

—Tina, señor Kimura, ¿va todo bien? —Es Maca, que no se corta en mostrarse sorprendida al pillarnos así.

Me cuesta una decena de latidos de mi propio corazón liberarle. Y otra decena mirar a mi amiga, que no está sola. A su lado, con un gesto confuso, está Jon.

—Todo está bien —dice el señor Kimura, con una voz fría e impersonal que no parece la suya. Al mirarle, veo que tiene los ojos clavados en Jon, con una mezcla de reconocimiento y dolor que me hace preguntarme si le conoce de algo o si sabe que estuve con él. Mi parte racional dice que es imposible—. Buenas noches.

Lo sigo con la mirada. No, no va a mirarme. Tiene los brazos tensos a ambos lados del torso y las manos convertidas en puños. Pero, cuando está a punto de abandonar el rellano, alza la cara y me mira. Noto que me falta el aire, porque su expresión es de tristeza. Y me parece que no es la primera vez que me ha mirado así.

—¿Cómo va todo, Tina? —Jon me habla. Está serio. Me da dos besos de cortesía en las mejillas—. Me gusta tu nuevo *look*. Estás preciosa.

Qué frío es y suena todo: su voz, su halago, su discreta caricia en mi antebrazo.

—Pasemos dentro, que seguro que a Guille se le han quemado las pizzas.

Kenji. Kenji. Sé que es tu nombre. Es una certeza que nunca he sentido. Es la confirmación que me has dado al actuar así, huyendo en cuanto lo he pronunciado. ¿Qué me estás haciendo? ¿Por qué has venido a mi casa, a mi mundo, a preguntarme cómo creo que te llamas si luego huyes así?

## 20. Heath ~ Soledad

Estoy sentada a la mesa frente a un trozo de pizza. A mi lado, mi hermano, con todo el rostro lleno de cardenales que van del púrpura al negro, trata de reírse de una broma de Maca, que está especialmente divertida esta noche.

Aunque estoy rodeada de gente, me siento sola.

—Por favor, ese chiste es malísimo —dice mi hermano, con una sonrisa—. Pero no me hagas reír que me duele todo.

—Entonces ¿en qué quedamos? ¿En que es malísimo o no?

Esbozo una sonrisa y levanto la cara. Me encuentro con Jon, que no deja de mirarme. Nuestro reencuentro ha sido frío. Yo lo he hecho helado, si soy sincera. No porque no esperara su visita, ha sido por lo que me ha sucedido con el señor Kimura. No dejo de darle vueltas a la cabeza y no entiendo qué ha sucedido.

«Si tuviera que ponerme un nombre, Tina, ¿cuál sería? ¿Cómo me llamaría?».

Eso me ha dicho. Y lo que he contestado le ha hecho huir. Aunque por un momento, por un breve momento, he pensado que iba a besarme.

Y el anhelo que he sentido ha sido cruel, porque nunca había sentido algo de ese modo, esas ganas que vienen con nervios, con mariposas, con frío y calor, con piernas que se vuelven de gelatina y manos que tiemblan... Y a la vez nunca había sentido que algo tan intenso podía perderse con tanta rapidez y dejar un vacío tan grande.

Si no nos hubieran interrumpido, ¿qué habría pasado?

—Tina, estás en las nubes —la voz de mi hermano me obliga a centrarme—. ¿Va todo bien?

—Sí, solo es que estoy cansada. Llevo unos días que...

—¡Y eso que no acabaste la fiesta con nosotras! ¡Te rajaste! —bromea Maca.

No le discuto. Prefiero que piense eso a que sepa que me fui prácticamente corriendo en busca del señor Kimura... Mi cabeza rememora lo que sucedió en su habitación, un rato más tarde, y sé que me pongo roja. Espero que nadie lo note.

Pero Maca es condenadamente lista.

—Dormisteis en casa del señor Kimura ese día, ¿verdad?

—Sí —responde Guille con naturalidad—. Yo estaba peor que hoy, que ya es decir.

—Pues hoy estás hecho un cuadro, chaval —interviene Jon.

—Lo sé. Y no sé dónde estaría si ese tal señor Kimura no me hubiera salvado la... vida. —Es la primera vez que mi hermano reconoce en voz alta lo que estuvo a punto de pasarle. Se hace un silencio largo en el salón; todos estamos mirándole, pero él solo tiene ojos para mí—. Lo siento, Tina. Sé que me he pasado. Sé que no dejo de meter la pata. Pero voy a cambiar. Maca me va a comprar el Escarabajo y... ese dinero es para ti.

Noto que se me ha hecho un nudo en la garganta que no me deja hablar.

—No tienes que preocuparte más, Tina. Voy a cambiar. Voy a cuidar de ti como el hermano mayor que soy.

—No necesito que cuides de mí. Solo quiero que tengamos una vida sin problemas económicos. No pido mucho.

—Por eso vamos a recuperar el libro —dice Maca—. Y el resto de las joyas que consiguió vuestra madre. Al igual que he recuperado ese broche.

—¿El broche de rubíes? —pregunta Guille—. No me lo habías contado.

—Lo sé. Se me ha pasado.

—¿Puedo verlo?

Me levanto y me dirijo al aparador de la entrada, donde dejé el bolso que llevaba la noche que lo conseguí. Ni siquiera lo he sacado de su interior. Una vez que lo tengo entre las manos, observo de nuevo la tela y el dibujo de las grullas con las alas desplegadas. No sé por qué me suena, puede que sea un motivo asiático muy común y lo haya visto en algún sitio. Despliego la tela y el broche brilla ante mis ojos de nuevo. No sé muy bien por qué, pero decido ponérmelo en la blusa. Me lo coloco a la izquierda y alzo los ojos hacia el espejo de la entrada y recuerdo un sueño que me ha azotado las últimas noches.

## 21. American starwort ~ Bienvenida a un extranjero

*E*staba viva. Había sobrevivido porque un desconocido que su hermano había traído hasta su casa la había salvado de las profundidades del Serpentine. Le dolía todo el cuerpo, pero, aun así, su madre había insistido en que se reuniera con ellos para comer. No le había importado su bienestar durante los meses anteriores y tampoco ahora, que había sido arrancada de las garras de la muerte por un hombre, que, aunque lucía un traje gris como cualquier caballero británico, sus cabellos recogidos en un moño y sus ojos rasgados denotaban su origen extranjero.

*Un japonés en Londres. Su hermano seguía siendo inmune a las habladurías. Pero ella ya estaba convencida de que tanto el regreso de William como su accidente en el lago y la aparición del misterioso caballero ya serían la comidilla de los círculos aristocráticos a los que pertenecían. Y, si a ella le importaba, su madre debía estar de los nervios.*

*Lo que hacía todavía menos apetecible la idea de bajar a comer al salón principal.*

*Pero sabía que no podía evitarlo. Se contempló en el espejo. Su doncella le había recogido el cabello castaño en un moño a la moda que despejaba las facciones de su rostro. El vestido, negro, también estaba hecho según las últimas tendencias, pero ella lo odiaba. Odiaba el color, lo que significaba: el constante recordatorio de que la vida era efímera y de que podía cambiar en un instante. Miró el joyero, con las piezas de oro y piedras preciosas.*

*Tomó con delicadeza un broche que tenía una rosa formada por rubíes. Era un regalo de su padre, tan conocedor como su hermano de su pasión por estas flores. Pensó que su madre nunca se había interesado por sus intereses y ni siquiera le había preguntado qué hacía tantas horas en el invernadero.*

*Supuso que tampoco le importaría que se pusiera el broche para la comida. Después de todo, con el extranjero japonés se mantendría ocupada. Así que se colocó en el lado izquierdo, se miró de nuevo en el reflejo y decidió bajar al comedor.*

*Su hermano ocupaba el lugar reservado al marqués, pero, a diferencia de su padre, que mantenía siempre una pose regia y estirada, William estaba sentado cómodamente, con los codos apoyados en la mesa, y se reía mientras hablaba en confianza con el extranjero. Aunque ambos se pusieron en pie en cuanto la vieron entrar.*

*Sus ojos viajaron indefectiblemente al acompañante de William. Lucía una vestimenta extraña, como una pieza única anudada a la cintura.*

*—Buenos días, Florence.*

*—Buenos días —dijo ella y su salvador hizo un gesto inclinando la cabeza.*

*—¿Sabías qué en la tierra de mi amigo son expertos en el arte de las reverencias?*

*—No lo sabía.*

*A pesar de que ella le miró, su salvador no le devolvió la mirada. Y eso era incómodo, puesto que quedaban sentados frente a frente por la disposición que había elegido William.*

*Cuando su madre apareció, su rostro se deformó en una mueca de desprecio por el extranjero y sus vestimentas, lo que hizo que Florence sintiera una inmediata simpatía por él, que se limitó a saludar con una de esas reverencias perfectas en las que ningún músculo desentonaba.*

*Sirvieron la comida, que consistía en cordero, pero al extranjero le pusieron un bol con arroz y una botella con una bebida transparente, que*



*compartió con William.*

*Y, al parecer, eso ya fue el colmo para su madre.*

*—William, querido, sé que estás de regreso después de muchos meses fuera, pero espero que no hayas olvidado los modales con los que te educamos tu padre y yo. Has ido a los mejores colegios, con las mejores institutrices... y no quisiera que lo echaras a perder ahora por... —la mueca de repulsión fue más que evidente— tus nuevas compañías. No olvides quién eres ahora.*

*—No lo olvido, madre —respondió William, con su sonrisa de siempre—. Y le aseguro que la presencia de Kenji no afectará mi título de marqués de Ayrton.*

*—Pero la gente va a hablar, William. Siempre lo hacen.*

*—Inglaterra y su aristocracia, con la misma mentalidad egocéntrica que dejé al marcharme. Veo que las cosas no han cambiado.*

*—Somos el Imperio británico. Podemos ser egocéntricos.*

*—Hay más mundo ahí fuera. Y Kenji es un ejemplo de ello.*

*Y en ese momento, él levantó los ojos y los clavó en Florence. Ella descubrió que se había dado cuenta del broche con rubíes. Y entonces comprendió que su madre ni siquiera había reparado en él y que a su hermano no le importaba.*

*Suspiró. Y su salvador percibió toda la tristeza que ese susurro encerraba.*

## 22. Water lily.lotus ~ Misterio

—¿Tina, estás bien? —La voz de Maca me saca de mi ensoñación. La miro—. Te queda genial. —Señala con un gesto de la mano el broche, colgado de mi camisa.

—¿Cómo conseguiste esa litografía para que él te lo cambiara por ella?

—Fácil. Le he investigado. Ven y te cuento.

Juntas regresamos al salón. Allí nos esperan mi hermano y Jon, que han trasladado la conversación al sofá. Maca se deja caer junto a mi hermano, lo bastante pegada como para que sus muslos se rocen. Guille parece ajeno a las intenciones de Maca, pero yo las capto al vuelo.

—Pues como te decía, he investigado al señor Kimura. Ya había oído hablar de él porque los círculos en los que me muevo son muy cerrados. Por eso, cuando llega alguien nuevo al mundo de las antigüedades, enseguida nos conocemos. Y él ha tenido un ascenso meteórico en poco tiempo. Lleva unos cinco años en el sector. Antes de eso, no se sabe nada. Ni de dónde viene, ni a qué se dedicaba. Ni de dónde sacó su fortuna. Pero lo que se sabe es que es un experto en todo lo que tiene que ver con el Período Edo y la Restauración Meiji. Es también un experto en armas japonesas y en arte asiático. Nadie le engaña. Nadie le ha colado ninguna falsificación, como suele pasarnos en algún momento a los que nos dedicamos a esto.

—Bueno, no hay nada extraño en eso.

—Claro que no. Pero hace un tiempo que está buscando las mismas joyas

por las que tus padres viajaron y murieron. Y, de hecho, coincidió con tu tía Margarita en Londres, en una casa de subastas.

—¿Qué? —pregunto.

—Ese día, mi amigo, Rafael Ordaz, consiguió el libro de las flores. Tu tía lo subastó.

—No lo entiendo.

—Ella lo tenía y lo llevó a la subasta. Pero el señor Kimura llegó tarde y Rafa se lo llevó antes. Y, según Rafa, tu tía y el señor Kimura hablaron. Se conocían. Ella se lo dijo.

—¿De qué?

—No lo sé. Pero por lo que me ha contado, el señor Kimura quería una llave que tu tía tenía. Y ella le dijo que no podía vendérsela.

—Esto se está volviendo inquietante —añade entonces mi hermano—. ¿Qué llave?

—Una llave que vuestra tía tiene y que seguro que os ha dejado entre sus posesiones.

—Que no podemos conseguir sin el libro —añade Guille.

—Por eso he trazado un plan. Sé que el señor Kimura ha ido preguntando por las antigüedades que vuestra madre llegó a poseer antes del accidente. Pero yo llevo mucho más tiempo en este mundo. Por eso averigüé qué tipo de piezas colecciona y ha ido peinando Europa en busca de piezas que pertenecieron al marqués de Ayrton. Así es como conseguí antes que él ese grabado. Y he averiguado qué quiere ahora. Va a por el camafeo. Y yo sé dónde está. De hecho... —Maca hace una pausa para crear intriga—. lo he comprado. Pero hay que ir a París.

—¿A París? —decimos al unísono Guille y yo.

—Sí. Un amigo anticuario nos espera. Y, además, vamos a tenderle una trampa al señor Kimura.

—Espera, espera... Que te estás acelerando —intervengo—. Tus planes son siempre un peligro y no estoy segura de esto. ¿Para qué vamos a tenderle una

trampa?

—Si está tan desesperado por conseguir ese camafeo, estará dispuesto a cambiarlo por el libro. Además, he pagado a alguien para que le siga. Desde este momento, un detective va a seguirle y a enviarme su ubicación en un mensaje. Nos adelantaremos a sus movimientos y...

—¿Has hecho esto otras veces?

—¡Claro! ¿Por qué crees que soy la mejor en mi trabajo?

—Vale —dice mi hermano—. Nos apuntamos. Tú dinos qué hay que hacer y lo haremos.

—¡Genial! Pues preparad la maleta que en dos días salimos hacia París.

—Pero, Maca, no tenemos dinero... —añado.

—¿Quién ha dicho que os tenéis que preocupar de eso?

—Pero, Maca, yo trabajo y...

—No te has cogido vacaciones y te corresponden. Ya me he ocupado de todo. Vosotros solo tenéis que hacer la maleta.

## 23. Milkvetch ~ Tu presencia alivia mi dolor

Señor Kimura

*Ha dicho mi nombre y ha sacudido mi mundo. No sé por qué. O tal vez sí. Tal vez esperaba que no lo conociera, que dijera otra cosa que me hiciera alejarme de su cara, tan familiar, de su cuerpo, tan distinto, de sus ojos, tan osados, de su boca... que me pierde.*

*Por eso estoy debajo de su casa, en el coche, sin atreverme a marcharme, sin atreverme a llamar de nuevo. He huido y lo reconozco. Y luego ha aparecido otro hombre. Porque al final, siempre hay otro hombre.*

*Hubo un tiempo en que no huía. Hubo un tiempo en que no sentía. Hubo un tiempo en que una mujer me entregó su corazón y yo no fui capaz de valorarlo. Kiva. Aún hoy, su nombre me hace estremecer. Ella, mi maldición particular, la que convierte en muerte todo lo que amo, la que me arrebató lo único que había amado con sinceridad. Y eso me produjo el dolor más profundo que he llegado a sentir y que aún siento, como oleadas que a veces me asaltan y me recuerdan mi propósito. Llevo años preparándome para esto, desde que llegué a la primera pista.*

*Desde entonces, he buscado el pasado, pieza a pieza, hasta casi darme por vencido, con una promesa como motivación de mis actos. Una promesa que me recuerda que no puedo fijarme en Tina, que tengo que seguir adelante. Sin embargo, aquí estoy, frente a su puerta. Que se abre...*

*Del portal sale el joven que he visto antes. Y luego, ella.*

*Los veo charlar, pero solo me fijo en la muchacha. Está distante. Apenas*

*se acercan, pero es porque Tina no quiere. Él parece decepcionado. Ella, apenas sonríe. Se abraza a sí misma y se mira las zapatillas. Un rato después, se despiden con un abrazo que hace que el corazón se me dispare. Pero yo ya estoy saliendo del coche, ya estoy caminando hacia ella.*

*Y la llamo antes de que cierre la puerta. Porque, por un momento, su presencia alivia este dolor que me parte el alma.*

## 24. Sweet Pea, Lathyrus ~ Despedida

—Tina...

Me doy la vuelta al escuchar mi nombre. El corazón da un salto dentro de mi pecho, contra mis costillas. Es él. Viene hacia mí, con tanta decisión que no puedo moverme. La sorpresa me ha detenido, como si mis pies pesaran una tonelada y se hubieran anclado al suelo.

Se para y yo me fijo en el ramillete de flores de colores que lleva en una mano. Hay un destello, una imagen que aparece en mi mente y que desaparece con un parpadeo.

—¿Has investigado sobre el libro que estás buscando, Tina?

Ha roto las barreras, la distancia que había impuesto entre nosotros desde la primera vez que me trató con esa cortesía desmesurada. Una parte de mí se ha entusiasmado por su regreso, por su forma de tratarme, por las flores y por la forma en que me mira, con una intensidad que hace que en el aire vuelen promesas.

—¿El libro que sé que tienes? Claro que lo he investigado. Se publicó en la época victoriana y la ilustradora fue Kate Greenaway. Sé que es un ejemplar específico, con unas letras manuscritas en japonés al final.

—¿Pero sabes qué importancia tenían las flores en la época en la que publicó el libro?

Niego con la cabeza.

—La época victoriana en Inglaterra se caracterizó por un puritanismo

extremo. Cualquier conducta que se considerara diferente era pecado. Casi todo se consideraba indecente y la condena era el ostracismo social o a veces... la muerte. Por eso se desarrolló un lenguaje para expresar sentimientos y pasiones a través de las flores.

—Como el lenguaje de los abanicos.

—Sí, así es. Así que, mediante las flores, los caballeros podían expresar a las damas lo que sentían: miedo, amor, simpatía, pasión desenfrenada... Y ellas, respondían: con indiferencia, fidelidad, amistad... o con amor. Pero podían expresar más mensajes: venganza, buenos deseos, amor fraternal, recuerdos, muerte...

—¿Y esa flor que llevas, qué significa?

—Es nativa del Mediterráneo, desde Sicilia hasta Creta, pero ya no abundan. Esta flor en latín se llama *Lathyrus odoratus*. Viene de la palabra *Lathyros*, que en griego significa ‘guisante’. Y *odoratus* es una palabra latina que significa ‘fragante’. Pero... Pero... en floriografía... se asocia a placer delicado, pero también a marcha, a despedida y su mensaje es «gracias por el tiempo que me has dado, adiós...».

Me tiende la flor.

—Has venido a despedirte.

—Sí.

—Pues no la acepto.

—¿Cómo?

—No quiero tu despedida. Quiero que me expliques por qué me mientes sobre el libro. Y por qué tenías el broche de rubíes. Y por qué has venido hace un rato a preguntarme cómo creo que te llamas si ni siquiera saliste a despedirnos cuando nos marchamos de tu casa hace más de una semana.

—Lo único que puedo decirte es que no soy bueno para ti.

—Eso ya me lo has dicho. ¿Conocías a mi tía, la que falleció?

Cuando baja los ojos, sé que he acertado. Camino hacia él, eliminando toda esa distancia física que impone entre nosotros. Cuando invado su espacio



personal, se ve obligado a mirarme. Aprecio que en su mandíbula tiembla un tendón y luego me fijo en sus ojos, tan vulnerables que no puedo evitar ponerme de puntillas y agarrar las solapas de su cazadora.

Le beso en la boca. Cierro los ojos y, unas décimas de segundos después, noto que él se aparta. Me mira. A mi cerebro no le da tiempo a pensar en una excusa. Y entonces se mueve hacia mí. Noto los segundos, que se alargan, deformando su noción, en los que él toma mi cara entre las manos y coloca su boca contra la mía.

El mundo, mi mundo, se tambalea y con él, mi cuerpo, mi corazón. Mi alma.

Abro la boca con un jadeo de sorpresa y él intensifica la presión contra mis labios.

Y mi lengua se vuelve intrépida buscando la suya. Tal vez hay una décima de indecisión en él, pero la duda desaparece cuando le agarro de nuevo de la cazadora y me aprieto contra su cuerpo. Sus manos se desplazan a mi nuca, aferrándose más contra él, como si pudiéramos fundirnos en uno, incluso con la ropa puesta.

Mientras me besa, con el corazón desbocado, el aliento robado, el cuerpo encendido y el alma vibrando, no puedo evitar pensar en que este era el beso que esperaba.

Y, en cuanto el pensamiento cala en mi mente, me aparto de él.

Me llevo la mano a los labios, que me arden por el contacto. Cuando le miro, veo que él también se ha llevado la mano a la boca y que hay algo indescifrable en sus ojos. Algo más que ese deseo brutal que yo también siento... Algo que se me escapa.

Pero no puedo preguntárselo, porque él se da la vuelta y se aleja. A la carrera.

Me agacho y recojo las flores que él me había traído. En algún momento antes o durante el beso las ha dejado caer.

Subo a casa. Maca y Guille están sentados en el sofá, riéndose. Ni siquiera se dan cuenta de que he vuelto y de que me encierro en mi cuarto.

Me dejo caer en la cama. Durante unos momentos, contemplo las flores, acaricio sus pétalos y me deleito con su aroma.

Flores para decir adiós.

Lo que él no sabe es que, si el plan de Maca sale bien, no vamos a tardar en volver a vernos.

Pero ¿cómo voy a enfrentarme a él, a lo que siento, después de este beso?

## 25. Agrimony ~ Gratitude

*Resultaba extraño que el despacho del marqués estuviera ocupado de nuevo. Habían pasado muchos meses sin que nadie entrara. Ni siquiera el servicio.*

*Florence se limitaba a pasar por la puerta y a ignorar el pinchazo de nostalgia. Por eso, le resultaba perturbador entrar al que una vez había sido el despacho y el territorio privado de su padre.*

*Con un primer vistazo, advirtió los cambios que el regreso de su hermano había traído. Sobre la mesa, los papeles, los mapas y los libros se apilaban, desordenados.*

*—Cierra la puerta, por favor, hermana.*

*Florence obedeció y avanzó. A medida que lo hacía, se fijó en el cuaderno donde William apuntaba sus vivencias y sus pensamientos. Había dibujado un retrato de él mismo, con una libélula muy realista cubriendo una parte del rostro, donde ahora llevaba una cicatriz con la que había regresado de su último viaje.*

*Distinguió la carta que ella le había enviado, junto a uno de los muchos libros que permanecían abiertos sobre la mesa del escritorio. Eran nuevas adquisiciones que su hermano había traído de Japón. Tenían caracteres extraños que no parecían letras, sino más bien trazos con tinta.*

*William, vestido con una casaca negra y los pantalones de montar en un tono gris, miraba por la ventana, en apariencia ajeno a los movimientos de*

*su hermana, que acarició con las yemas de los dedos aquellos libros hasta que llegó a un pergamino enrollado. Picada por la curiosidad, lo desplegó. Había varios dibujos en colores vivos. Entornó los ojos para entender lo que veía. En cuanto lo comprendió, se sonrojó. Una pareja, vestida con ropa japonesa, hacía el amor en el suelo. Los cuerpos, blancos y curvilíneos, se enredaban en una postura difícil mientras el placer se dibujaba en sus rostros.*

*—¡Ay, Dios mío!*

*—¿Ahora blasfemas, Florence? —William se giró, sorprendido. Al localizar el objeto que había escandalizado a su hermana, tuvo que contener la risa.*

*—Madre se volverá loca si encuentra... eso.*

*—Eso es una ilustración de un acto absolutamente natural entre un guerrero y una cortesana.*

*—¿Crees que eso le importará a nuestra madre? Eso es... —estaba tan sonrojada que no encontraba las palabras— un pecado.*

*—Aquí en Inglaterra todo es pecado, Florence. Incluso el amor.*

*—¿Y en el país de donde te has traído al extranjero y esta obscenidad no es un pecado el amor?*

*William sonrió.*

*—Pensaba que no serías como madre, pero me he equivocado.*

*—¡William!*

*—Todos los ingleses y su mentalidad cerrada, incapaces de aceptar otra moral. Otras formas de vivir.*

*—Bueno, pues ahora eres el marqués y tienes que aceptar la manera de vivir que tenemos aquí.*

*—¿Entonces estás de acuerdo con lo que ha dicho madre en la cena sobre el señor Minagawa?*

*—¿Por qué lo has traído, William? Es una persona. No es otro de los ejemplares únicos que has conocido en tus viajes. No es una semilla, ni una*

*flor extraña, ni un animal salvaje.*

*—Creo que... —William sonrió— el señor Minagawa es todo eso a la vez..., pero la verdad es que lo he traído porque, ahora mismo, todo lo que conservamos es gracias a él.*

*—¿Qué quieres decir?*

Señor Kimura

*No tenía que haberla besado. Pero creo que tampoco podía hacer nada para evitarlo. O quizá sí, quizá, si no hubiera vuelto a verla, me habría ahorrado ese beso que me ha condenado.*

*Cuando he regresado a casa, Esmeralda estaba leyendo un libro en la cocina. Por mi aspecto, se ha levantado y ha ido directamente a por la botella de sake.*

*—Gracias, Esmeralda —le digo, antes de verter el líquido en la taza. Apuro el contenido con rapidez, sin darle tiempo a que me pregunte lo que sé que está pensando. Y me sirvo otra.*

*—¿Tan mal ha ido con la joven?*

*—No sabría decirle. Para algunos, lo que ha pasado hoy sería un triunfo. Besar a una mujer hermosa, llena de vida, que hace que mi cuerpo vuelva a sentir... Pero, para mí, es un fracaso. No puedo consentir que vuelva a pasar.*

*—¿Y si no puede evitarlo, señor Kimura? ¿Y si está condenado a encontrarse otra vez con ella?*

*—Pues, aunque es una condena deliciosa, no deja de ser una condena. Para los dos.*

*Esta noche bebo para olvidarla. A ella, a Kiva, a la mujer cuyo nombre azota mis sueños y mi conciencia.*

*La mujer que me ha servido de motor y propósito desde que me perdí. Y ahora, ¿qué? Ahora puedo subir al invernadero y beber hasta perder la conciencia.*

*Porque es la única manera que tengo de no coger el coche, conducir hasta el piso de Tina y, si ella me lo permite, colarme en su habitación, en su cuerpo y en su vida.*

*Como si por un momento esta maldición que arrastro pudiera darme una tregua.*

## 26. Yellow Pansy ~ Pienso en ti

*No tardó en distinguir su figura cuando entró al invernadero. Después de todo, era un caballero altísimo, (mucho más que William) y su atuendo (una túnica negra con grullas blancas) no le permitía pasar desapercibido. Estaba de pie frente a uno de los parterres, donde crecían rosas. Al acercarse, él hizo una reverencia tan ceremonial que Florence sintió incomodidad cuando realizó la suya, que ahora parecía rígida y poco natural. Había hecho reverencias a duques, a otros nobles y pares del reino. Sabía las normas de cortesía y educación al dedillo y nadie había podido criticar sus modales. Sin embargo, delante de aquel hombre se sentía torpe. Como una niña sin experiencia que no había visto mundo. Porque si algo podía verse en aquel hombre era que había acumulado experiencias vitales que le conferían un aire interesante y a la vez taciturno. Se preguntó por qué había salvado la vida de su hermano. ¿Por qué, alguien como él, se había enfrentado a sus semejantes para salvar a un extranjero?*

*William se sentía tan en deuda con él que le había procurado todos los cuidados que estaban en su mano: la mejor habitación de invitados, le permitía lucir sus ropajes tradicionales y, ahora, le había pedido a Florence que compartiera con él las labores de cuidado del invernadero.*

*No sabía muy bien por qué, aunque no tardó en descubrirlo. Sobre una mesa donde Florence elaboraba ramos de flores para el interior de la mansión, como una única concesión al luto, él había construido una*

*composición formada por ramas, hojas y flores.*

*Era hermosa, equilibrada y, a la vez, estable, a pesar de su aparente fragilidad.*

*—¿Qué es eso?*

*—En mi tierra lo llamamos ikebana. Es algo que los guerreros hacemos para alcanzar la tranquilidad después del combate.*

*—Es precioso. Cuénteme más.*

*—El hecho de que sea algo efímero nos habla y nos permite expresar el paso del tiempo. Nuestra alma japonesa está estrechamente ligada a la naturaleza. Y mi casta sabe que la vida es tan efímera como una flor de cerezo.*

*—Me recuerda a un poema de Robert Herrick. Se titula «A las flores».*

*Promesas justas de un árbol fructífero,  
¿Por qué caes tan rápido?  
Tu cita aún no ha llegado,  
Puedes quedarte aquí por un tiempo  
para sonrojarte y sonreír suavemente.  
E irte por fin.  
¿Que naciste para ser,  
una hora o media de placer  
y para decir buenas noches?  
Es una lástima que la naturaleza te haya traído  
simplemente para mostrar tu valor  
y para perderlo completamente.  
Pero tienes hojas hermosas, donde nosotros  
podemos entender, qué tan pronto las cosas tienen  
su final, aunque nunca tan valientes:  
Y después de que has demostrado tu orgullo,  
como tú, un rato, te deslizas  
en la tumba.*



—*Qué hermoso. Y su forma de recitar ha sido encantadora.*

*Tal vez fue el término que usó, que le resultó inesperado, pero Florence no pudo evitar que se le dibujase una sonrisa.*

—*¿Encantadora?*

—*¿La he molestado?*

—*No. Pero creo que la poesía se debe recitar con entusiasmo o pasión. Aunque de eso poco sabemos los británicos. Por esa razón, creo que ha elegido bien la palabra, señor Minagawa.*

*Él asintió con la cabeza y luego la miró con intensidad.*

—*Puede disponer de todo lo que necesite para elaborar su ikebana. Hable conmigo o con cualquier persona del servicio. Todos estaremos encantados de ayudarle.*

—*¿Vendrá usted mañana también, milady?*

—*Sí.*

*Los encuentros en el invernadero se repitieron. Mientras William se adaptaba a sus nuevas tareas como marqués, Florence volvía a sus quehaceres: tocar el piano, bordar cojines, tomar el té con otras hijas de aristócratas. Pero siempre encontraba una hora para acudir al invernadero justo cuando el señor Minagawa estaba.*

*Al principio lo hacía para complacer a su hermano, pero las composiciones florales que él hacía le parecían maravillosas. Se sentía seducida por ellas. Aunque, sobre todo, por las manos de ese hombre, tan alto y de apariencia fuerte, con su porte de guerrero, pero que podía demostrar una sensibilidad y una inteligencia que resultaban muy atractivas. Además, habían hecho un acuerdo tácito. Mientras él trabajaba en sus creaciones, Florence recitaba. Desde poemas de Shakespeare hasta Herrick, pasando por Cowper o Milton. Cuando él no entendía alguna palabra, ella se la explicaba o traducía.*

*Y entonces, en uno de aquellos días, ella le habló del lenguaje de las flores. Había descubierto que algunas de sus amigas recibían mensajes secretos de otros pares del reino, evitando así las costumbres rígidas y las estrictas normas sin levantar sospechas.*

*Una de ellas, hija de otro marqués, necesitaba corresponder a los mensajes del hombre del que se creía enamorada y, para ello, había acudido a Florence, que tenía a su disposición decenas de flores en su invernadero.*

*—Quiere decirle que está pensando en él. Y la flor para ello es el pensamiento amarillo. Le prepararé un ramo.*

*El señor Minagawa frunció el ceño.*

*—¿Qué sucede?*

*—Resulta muy obvio.*

*—Bueno, este ha sido fácil. Pero... Dígame, ¿cómo diría «mi corazón duele por usted»?*

*—¿Es tan intenso el amor aquí en Inglaterra?*

*Florence creyó ver el atisbo de una sonrisa en el caballero que la acompañaba.*

*—¿Se está burlando de nuestros sentimientos ingleses?*

*—Opino que no deberían esconder esos sentimientos, en ramos de flores, si son tan intensos como para que les duela el corazón.*

*Florence alzó la cara. Se sentía desafiada. Aunque aquel hombre tuviera razón, ella era orgullosa y no le gustaba sentirse derrotada en su propio terreno.*

*—La respuesta es claveles rojos, por si alguna vez necesita saberlo.*

*—Si alguna vez me duele el corazón por alguien, milady, le aseguro que se lo haré saber.*

*Y aquel desafío, aquella broma, se transformó en un sentimiento profundo que lo cambiaría todo.*

## 27. Zinnia ~ Pensamientos de amigos ausentes

Señor Kimura

*Dos días después, el avión en el que viajo aterriza en París. Tengo un vendedor y una cita en un restaurante esta misma noche. Un paso más y estoy más cerca de recuperar el pasado. Y quién sabe si de conseguir un futuro. Tantos años perdido, congelado, esperando, adaptándome... Y, desde hace unos meses, veo otra vez la luz al final del túnel.*

*Con esa decisión, tomo un taxi hasta el hotel. Siempre me hospedo en el mismo y, muchas veces, me ha servido de lugar para reuniones de negocios en esos años en que mi vida se limitaba a las armas y a la cerámica japonesa. Años en los que me sentía como una pieza más, rota y reparada con resina y polvo de oro. Lleno de cicatrices evidentes que cuentan una historia que pocos creerían.*

*Dejo la maleta en el hotel y voy caminando hasta el cementerio de Montparnasse. Hace años que no vengo, pese a que sé quién yace aquí. Pero el beso, ese beso que no me quito de la cabeza, quiere cambiarlo todo. Y necesito algo que me recuerde por qué estoy haciendo esto. Camino entre las tumbas y dejo atrás lápidas de intelectuales y artistas.*

*Pronto localizo lo que busco.*

*Me agacho junto al sepulcro. Está limpio, pero hay una ligera pátina de polvo y barro, resultado de las últimas lluvias. Con los dedos, limpio la superficie de mármol.*

*Me disculpo. Hacía mucho que no venía. Desde que descubrí que estaba*

*enterrado aquí, rodeado de poetas, intelectuales, músicos y pintores. Conociéndole, sé que no existe un lugar mejor para su descanso eterno, porque, si él era algo en vida, era un amante de las letras y de la cultura. Recuerdo la última visita a París, cuando seguíamos pistas a la desesperada después de haberlo perdido todo.*

*Acaricio con religiosidad su nombre mientras recito palabras en mi idioma natal como despedida.*

*Solo espero que podamos reunirnos tal y como él planeó después de mi ausencia.*

*Me levanto y tomo el camino que cruza el cementerio hasta el exterior. Tengo que regresar al hotel. Dentro de dos horas he quedado con el poseedor del camafeo. Espero conseguirlo.*

*Echo un último vistazo a la tumba.*

*«Pronto, querido Yūjin, pronto».*

## 28. Red carnation ~ Mi corazón duele por ti

Creo que he dicho tantas veces que esto es una locura que Maca se ha molestado. No puedo evitar pensar que este plan, trazado a la desesperada en un par de días, va a fallar en cualquier momento. Pero eso no es lo que me preocupa. Lo que me inquieta es que él me descubra y se aleje de mí del todo. Aunque también he de reconocer que me genera cierta ansiedad volver a verle después de ese beso que ha borrado todos los *antes* y ha puesto muy alto el listón para los *después de*.

Cada vez que lo he rememorado en mi mente a lo largo de estos dos días, he sentido lo mismo: sonrojo, calor, placer y anhelo. Todo, magnificado.

He conseguido que mi jefe me dé una semana de vacaciones porque me debía esos días e incluso me ha dado el porcentaje que me corresponde de las propinas, así que dispongo de un poco de dinero. Mi hermano le ha vendido el Escarabajo a Maca y con eso pagaremos el alquiler del mes y otras facturas.

Maca ha corrido con el resto de los gastos, pero, aun así, soy cada vez más consciente de que necesito el libro que tiene Kenji para cobrar la herencia de mi tía y que todos nuestros problemas económicos se terminen.

Ni siquiera sé lo que Maca ha pagado por el camafeo, pero lo hemos recogido nada más llegar a París a primera hora de la mañana. El vendedor nos estaba esperando en el aeropuerto. Conocía a Maca desde hace años y, por lo que han dado a entender, mantuvieron una relación en el pasado y han conseguido quedar como amigos. Cuando he mirado a Guille, me ha parecido

que estaba molesto.

—Esto es tuyo —me ha dicho Maca.

Me ha dado una cajita de madera barnizada. La he abierto y he visto el camafeo. Es una pieza ovalada, de oro, que pesa bastante. En la parte frontal hay una silueta femenina tallada en nácar. La efigie de la mujer, de lado, lleva el cabello recogido en un moño adornado por flores. De nuevo tengo esa sensación. Sé que lo vi puesto en mi madre, pero hay algo más, algo que hace que me sienta conectada a esta joya.

Un rato después, estamos instalados en un hotel cerca de Notre Dame. Yo, que nunca había viajado, que nunca había salido de España, siento una mezcla de emociones. Estoy ilusionada porque estoy en París, pero también me inquieta la razón que me ha traído hasta aquí. No sé qué tiene pensado Maca, no sé hasta dónde vamos a llegar para recuperar el libro y no sé cómo se va a tomar él lo que a todas luces será una encerrona.

—Y, ahora, voy a ponerme en contacto con el informador que sigue los pasos del señor Kimura.

—Maca, espera... —digo, con cautela—. No sé si esto está bien.

Mi amiga me mira alzando una ceja.

—Tiene el libro. Lo sé de buena tinta. Va a por las antigüedades de tu madre y quería la llave que tenía tu tía y que ni siquiera sabes qué abre. ¿De verdad vas a dejar que se quede con lo que os pertenece?

Tiene razón. En algún momento, mi futuro, ese que nunca ha sido demasiado brillante, ha pasado a estar en manos del señor Kimura. De Kenji, porque tengo la certeza de que se llama así.

—Está bien. Tienes razón. Pero...

—Pero te gusta —dice mi amiga. Niego con la cabeza bruscamente mientras trato de que mi cerebro elabore una réplica creíble y fundamentada. No soy capaz de decir nada—. Se te nota, Tina. Se te nota mucho. Y lo entiendo. Ese hombre tiene algo... Casi todos los tipos que conocemos son tan evidentes... Pero él es misterioso. Sé que es atractivo e inteligente. Y un gran negociador.

Por eso, no puedes bajar la guardia con él. ¿Está claro? Tienes que ser más lista. Y tienes que aprovechar la forma en la que te mira.

—¿La forma en la que me mira? ¿Qué quieres decir?

—Que te mira como si te hubiera estado buscando toda su vida... Pero, a su vez, como si el corazón le doliera al hacerlo.

Algo se me remueve por dentro. Comprendo lo mucho que deseo que esas palabras sean verdad. ¿Por qué? Yo que siempre he sido fría, distante y me limitaba a decirme que no tenía tiempo para enamorarme porque tenía que trabajar y sacar a Guille de sus líos. Ahora, por primera vez, soy consciente de que mi corazón deseaba latir desesperadamente por alguien.

Y qué mala suerte. Que ese alguien esté tan ligado a algo que puede cambiar mi futuro.

—Duerme un poco, Tina. Tienes que estar preparada para la segunda parte del plan. Voy a averiguar dónde está ahora mismo.

## 29. Wild rose ~ Placer y dolor

*Las semanas pasaron. William consideró que era hora de mudarse a Londres. También decidió que, salvo su madre, los demás no llevarían luto. Y que, si lo deseaba, Florence podría volver a la temporada. Después de todo, era una joven hermosa, preparada y, al parecer, desde su regreso a Inglaterra, el marqués había estado recibiendo cartas con propuestas de matrimonio muy ventajosas para su hermana.*

*Así se lo hizo saber una de aquellas tardes en la abadía, cuando el otoño comenzaba a ejercer su influencia en el invernadero, oscureciendo tonalidades en las hojas, marchitando pétalos y haciendo florecer las dalias, las hortensias o los crisantemos.*

*—Podrás volver a los bailes, a Hyde Park, a Almack's. Yo te acompañaré. Te lo debo. Te hiciste cargo de todo mientras yo estaba fuera. Ya es hora de que recuperes tu vida, Florence. Tu futuro.*

*¿Futuro? ¿Por qué de repente la idea seguía sin resultarle atractiva? Sin darle una respuesta a su hermano, caminó hasta la ventana del despacho. Desde allí, podía verse el jardín trasero. A unos metros, aquel espacio de cristal y metal que William había encargado construir para ella, constituía un paraíso donde los últimos meses habían transcurrido con una rapidez inusitada. Donde había sido feliz.*

*En ese momento la razón de aquella inesperada felicidad salió del invernadero en dirección a la pradera.*



*Florence sintió que el corazón le dolía. Se vio sorprendida por un anhelo desconocido y por una oleada de tristeza que lo empañó, porque lo bañó de realidad. Sentía algo por Kenji Minagawa... Pero ese algo era inconcebible, estaba prohibido y, seguramente, no sería correspondido.*

*—¿Cuándo tengo que darte una respuesta? —le preguntó a su hermano.*

*—Cuando lo desees.*

*—De acuerdo. Gracias, hermano.*

*Salió de la mansión y se encaminó a los terrenos que abarcaban varias hectáreas y que contaban con prados, un estanque y un bosque. No sabía por qué sus pies la conducían por allí. No sabía por qué su corazón le buscaba.*

*Llegó a la colina que separaba la pradera del estanque. Pensó que él había tomado otra dirección y estaba a punto de darse la vuelta y regresar al invernadero cuando vio un movimiento extraño en la superficie. Dio unos pasos más, que la llevaron a la orilla, hasta que el agua acarició la punta de sus botines.*

*Se colocó la mano sobre los ojos para mitigar el reflejo de los rayos de sol.*

*Y, entonces, la superficie cristalina se rompió. La cabeza de él y su torso desnudo aparecieron ante ella. Llevaba el pelo suelto y estaba tan empapado que el agua brillaba en su piel. Era la primera vez que veía a un hombre sin ropa. Reprimió un grito por la impresión, pero, sobre todo, por el deseo que sintió invadiendo su cuerpo.*

*Se fijó en la anatomía de él, en lo diferente que era su talle del suyo propio, con formas y curvas y rectas masculinas y tensas. Y entonces descubrió que él la estaba mirando. Sin importarle su parcial desnudez, su aspecto, ni la intromisión de ella. Porque sabía que lo deseaba.*

*—Lo siento —se apresuró a decir apartando los ojos—. No debería... Perdóneme...*

*Dio un par de pasos, agarrándose la falda para ascender la colina más deprisa.*

*—Milady... ¿Puedo llamarla ahora Florence?*

*Ella se detuvo. Tenía el corazón repiqueteando frenéticamente en su pecho. Se giró y le miró.*

*—¿Y cómo quiere que le llame yo, señor Minagawa?*

*—Kenji —dijo él—. Mi nombre es Kenji.*

*Florence asintió y echó a correr. Había descubierto que las flores nunca podrían expresar lo intenso que era su deseo.*

### 30. Double red pink ~ Puro y ardiente amor

En un discreto toldo negro, puede leerse «20 Eiffel», el nombre del restaurante donde está el señor Kimura. El informador de Maca no se equivoca y hemos tomado un taxi hasta este lugar, situado en la rue de Monttessuy. A simple vista, desde la puerta, parece un local pequeño y acogedor, cuyo nombre se debe a su cercanía al emblemático monumento parisino, que puedo ver desde aquí, brillando en tonos dorados y ocres.

Estoy nerviosa. Cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro, tomo aire, lo suelto, cruzo los brazos sobre el pecho. Al alzar la cara, me encuentro con los ojos de mi hermano, repletos de compasión hacia mí.

—¿Tan mal estoy? —intento bromear, aligerar la situación, pero él no me sonrío.

—Estás preciosa.

Maca se ha asegurado de ello. El maquillaje, el vestido (una pieza con lentejuelas que se ciñe a mi cuerpo para favorecer el pecho y las caderas) y el peinado, todo está pensado para que me sienta guapa, segura de mí misma y para que él pierda esta batalla ante mí.

Como si yo supiera moverme con elegancia, como si yo supiera seducir y coquetear...

—Lo vas a hacer bien —me dice mi amiga, apretándome la mano. Sé que trata de infundirme ánimos, así que sonrío, pero no siento que lo esté haciendo con sinceridad. Es una máscara, un gesto postizo. Maca no lo nota, pero mi

hermano sí.

—Tal vez debería ir yo y hablar con él —dice Guille—. A mí se me da bien hacer negocios.

—Los negocios con Cristoff y su gente no cuentan precisamente como éxitos, Guille —dice Maca con seriedad y casi hace que me ría—. Y, además, tú eres guapo, pero Tina es inteligente y está deslumbrante. Ese pobre hombre ya está condenado.

Niego con la cabeza. Ojalá fuera tan fácil. Ojalá me sintiera así de poderosa. Pero todo lo que tengo son miedos, nervios y demasiadas preguntas sobre él, que me generan muchas más incógnitas que no he comentado con mi hermano ni con Maca. ¿Qué pensarían si les dijera que, desde que él apareció en mi vida, ha ocupado mis sueños, esos en los que antes nunca podía ver con claridad los rostros?

Tal vez aún estoy a tiempo. Si se lo cuento, se darán cuenta de que no puedo llevar a cabo el plan porque estoy demasiado implicada.

Pero antes de que pueda decirles nada, se están subiendo de nuevo al taxi y yo estoy sola, desconcertada y hecha un flan, frente al restaurante.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Entro. Un *maître* me recibe. Le digo en inglés que me espera el señor Kimura y me señala la mesa del fondo. Avanzo con decisión por el restaurante. Sé que genero cierta atención con el pelo azul y el vestido de lentejuelas. Noto las miradas de los comensales sobre mí. Este sitio es muy pequeño y me es imposible pasar desapercibida.

Me pongo nerviosa a medida que camino. Veo la mesa del fondo y a él..., que está mirando distraídamente por la ventana.

El corazón se me acelera. Me delatan muchas cosas (el temblor de piernas, la respiración agitada) que espero que él no note. ¿A qué estoy jugando? Yo nunca he sido sofisticada, ni segura de mí misma. Debería haber enviado a Maca o a mi hermano, pero también quería verle. Esa es la verdad. Después de ese beso, necesitaba volver a verle. Porque me muero de ganas de otras

muchas cosas que me están trastornando. Mi cuerpo va por un lado, mi cabeza por otro. Y los sueños... Esos sueños en los que él siempre aparece se han convertido en el acelerante con el que mi cuerpo arde.

Cuando estoy más cerca y le miro, casi entro en combustión espontánea. Está bebiendo té y me fijo en que lleva el pelo engominado hacia atrás. Lleva un jersey crema, con un cuello de pico tan pronunciado que mi imaginación se desata. No se da cuenta de que estoy frente a su mesa y esos segundos me permiten observarle: las líneas curvas que forman sus facciones, en un equilibrio hermoso, la nariz recta, la boca gruesa, los ojos rasgados... que alza, hacia mí.

Casi doy un traspié. Tengo que apoyarme en el respaldo de la silla.

—Buenas noches.

Me está mirando. Me está mirando y no responde.

Tarda en hablar, no sé cuántos segundos, pero comienzo a evidenciar mi nerviosismo. Me muerdo el labio y ese gesto lo hace moverse, le hace reaccionar. Se pone en pie con tanta brusquedad que la silla se tambalea detrás de él.

—Tina —sus ojos recorren mi vestido. Agradezco que Maca lo haya elegido al comprobar cómo brilla el deseo en sus ojos. Pese a que se afana en bajar la mirada para esconderlo de mí—. ¿Qué haces aquí?

—Soy la que tiene el camafeo.

—¿Qué? —La sorpresa hace que alce las cejas.

—He venido a intercambiarlo por el libro del lenguaje de las flores que tienes, Kenji.

Sé que pronunciar su nombre es como herirle. Lo veo en sus ojos, en cómo los cierra y traga saliva. Sus manos se transforman en puños.

—Vas a invitarme a cenar para que hagamos negocios, ¿o no?

Abre los ojos. La intensidad en ellos provoca que me recorra un escalofrío. Puedo ver demasiadas promesas de placer en ellos.

—Por favor —señala la silla vacía frente a mí—, toma asiento, Tina.

Hasta mi nombre arde cuando lo pronuncia.

Estoy perdida en lo que me hace sentir. Tomo asiento, siendo consciente de que él sigue mirando mi vestido y cómo se mueve el ritmo de mi cuerpo.

Sé que ha cambiado de estrategia. Ya no va a rehuirme. Al contrario, por cómo me mira, sé que va a jugar sus bazas. Sé que el beso lo ha cambiado todo.

Espero que no note que soy realmente inexperta. Espero que todo lo que prometen sus ojos no me haga estropear el plan. Necesito ese libro. Tengo algo que él quiere. Y ya está.

«Lo desearás cuando esto acabe, soñarás con él y con su nombre después de esta noche».

Saco pecho discretamente y adopto una pose coqueta. Intencionada y a la vez inocente. La respiración se le escapa en un jadeo, pero no le miro. Me centro en la carta mientras me vuelco hacia delante, enseñando algo más de escote.

—¿Hablas francés? —le pregunto mientras deslizo un dedo por la carta.

—Sí.

—¿Y qué me recomiendas?

—*Filet mignon de porc, chou et jus de carottes acidulé.*

—De acuerdo. —Alzo los ojos hasta él, que me está mirando con la boca abierta—. Pediré eso, entonces.

El camarero se acerca. Observo que Kenji pide en un francés perfecto, repleto de erres que tiemblan y de emes que seducen.

Por el hilo musical suena Edith Piaf. Recuerdo que mi tía Margarita la escuchaba en un anticuado tocadiscos. No puedo evitar preguntarme de qué conocía Kenji a mi tía y de qué hablaron en aquella subasta. ¿Qué llave quería él? Preguntas, dudas y misterios. Eso es todo lo que él está trayendo a mi vida.

Y deseo. Un deseo burdo y salvaje que me tiene excitada desde que nos besamos hace dos días.

El camarero se aleja con el pedido. Él me mira.

—Entonces te llamas Kenji.

—Sí —confiesa él, serio—. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sé. —Me encojo de hombros.

—Esa respuesta no me sirve. —Su mirada es intensa, su voz melosa, pero a la vez intimidatoria.

—Pues es la que tengo.

—¿Y qué tengo que hacer para que me cuentes la verdad?

—¿Yo? —Se me escapa una risa con una dosis de ironía que le hace fruncir el ceño—. No te he dicho ninguna mentira desde que nos conocimos, Kenji. A diferencia de ti.

—No te he mentado.

—Vuelves a hacerlo. Y, aunque lo haces bien, no me puedes engañar. Sé que tienes el libro.

Él guarda silencio sin dejar de mirarme. El camarero trae los platos y cenamos en silencio. Bueno, yo ceno, pruebo los platos, mientras él pasea su cuchara por la sopa con la mano tan tensa que sus nudillos se tornan blancos.

Y luego el camarero regresa, se lleva los platos y, en otro viaje, trae el postre.

Y ya no puedo aguantarme más.

—Tengo el camafeo. Maca lo ha comprado por más dinero del que tú habías ofrecido. Así que tienes que estar desesperado por conseguirlo.

Un músculo le palpita en la mandíbula.

—Yo también estoy desesperada por conseguir ese libro, así que he venido para que hagamos un trato. Una cosa a cambio de otra y luego ya no tendremos que volver a vernos.

—¿Eso es lo que quieres? ¿No volver a verme?

Su voz hace que me tiemblen las manos. No sé qué decirle. Tardo un buen rato en encontrar las palabras.

—No. No quiero volver a verte. Y lo tengo aún más claro después de ese beso que no debió suceder.

—Creía que no me habías mentido desde que nos conocimos. Pero acabas de hacerlo.

Toda mi seguridad se derrumba y mi fragilidad queda expuesta.

—Quiero el libro —digo, pero la voz que me sale es un susurro inestable.

—Lástima. Porque no lo tengo y no puedo dártelo, Tina.

—¿Y qué puedes darme? —Esa no he sido yo. No puedo haberlo dicho en voz alta, pero lo he hecho. Kenji gruñe y el deseo transforma sus ojos. Noto un cosquilleo en la parte baja del vientre.

—¿Y si te digo que no puedo darte nada? —la voz es baja, una caricia lenta.

—Te diría que vuelves a mentirme.

Se pasa la mano por el pelo. Está nervioso. Le pongo nervioso.

—¿Puedes terminarte el postre? Por favor.

—No quiero el postre.

Pero, en realidad, sé que lo que quiero decir es que no quiero «este» postre.

—De acuerdo. —Hace un gesto y el camarero se acerca. Me parece que pide la cuenta en francés.

—*Oui, monsieur Kimura.*

Me quedo mirándole, indignada. Pero él no me mira. Comienza a ponerse una gabardina gris, saca una cartera y, cuando el camarero trae una bandeja con la cuenta, Kenji deja dos billetes de cien y se pone de pie. No entiendo lo que dice, pero el camarero abre los ojos con sorpresa, así que me imagino que no se va a quedar a esperar el cambio.

Me pongo de pie y le sigo por el restaurante. Casi me tropiezo, pero no le pierdo de vista. Toma la acera que conduce directamente a la Torre Eiffel.

—¡Kenji! ¡Kenji!

Le veo detenerse. Observo su espalda. Está tenso. Se da la vuelta despacio. Abro el bolso y saco la caja con el camafeo. La abro y se lo muestro.

—Es este, ¿verdad?

Asiente tras contemplarlo. Pero yo me doy cuenta de que se demora unos instantes en observar el perfil del camafeo y sus ojos se bañan de tristeza.



—Solo quiero el libro, Kenji. No me importa que, por alguna extraña razón, vayas a por las joyas con las que mi madre también se obsesionó. No me interpondré más. Y no volveré a verte.

Él se pasa las manos por el pelo. Puedo apreciar su nerviosismo. Y entonces avanza. Uno, dos, tres pasos. Tengo que alzar la cara para mirarlo. Está tan cerca que noto su perfume.

—Sé que lo mejor es que no vuelvas a verme, Tina. Créeme que lo sé. Pero no puedo darte el libro. No lo tengo.

—¿De verdad?

Como no deja de mirarme, sé que duda.

—*Monsieur Kimura* —escuchamos detrás de nosotros. Nos giramos y nos encontramos con un caballero vestido de oscuro.

Aparta la mirada de mí y saluda al hombre que nos ha interrumpido. Comienzan a hablar en francés. No puedo evitar fijarme en Kenji. No me había percatado de que no lleva alguno de sus habituales trajes. Viste vaqueros que se le ciñen a las piernas musculosas y resaltan partes de su anatomía en las que no me había fijado. Y, luego, la gabardina abierta y el jersey le dan un aire atractivo que hace que me dé cuenta de que tiene algo más de treinta años, aunque el aire autoritario y taciturno de su expresión y su mirada atormentada siempre le hacen parecer mayor.

En ese momento, el caballero francés saca algo de una mochila. Es un cuaderno de aspecto antiguo, con tapas de cuero desgastadas.

—*Je sais avec certitude que ce cahier appartenait au marquis...*

Kenji toma el cuaderno entre las manos y me doy cuenta de que tiemblan. Al abrirlo, una hoja escapa de su interior y cae a mis pies. Me agacho con premura y la recojo.

El papel es rugoso, está desgastado por el uso y es antiguo. Lo despliego y veo unas letras escritas con tinta. Las leo:

*Father has died. You are the new marquis. Go back home, please.*

*Florence*

De repente, las letras se difuminan porque una neblina blanca ocupa mi mente. Cierro los ojos. Kenji me llama a lo lejos.

## 31. Yellow rose ~ Celos

*Si de algo estaba segura era de que su hermano no la obligaría a participar en la temporada hasta que ella se sintiera preparada. Incluso sabía que William no cedería ante las insistentes presiones de su madre, que ahora había renovado sus ganas de verla casada.*

*Sin embargo, lo que había visto en el estanque casi le había empujado a decirle a su hermano que ultimara con premura su regreso a Londres. Aún quedaban tres meses por delante hasta que, oficialmente, toda la aristocracia comenzara a relacionarse en los bailes. Tres meses que habían decidido aguantar en la abadía, porque, según las últimas cartas de algunos familiares, una espesa niebla había cubierto Londres y había traído con ella olores repugnantes que llegaban incluso a Belgravia, donde tenían la residencia los Ayrton.*

*Florence lo agradecía. Disponía de tres meses más en los que ocuparse del invernadero. Tres meses para entender si el deseo que había sentido había sido algo pasajero que había desaparecido tal y como había llegado.*

*Eso esperaba.*

*Al día siguiente, el nuevo duque de Carrington, su hermana y los condes de Heathown acudieron a la abadía para visitarlos. John Stuart y William se conocían desde niños y habían llegado juntos hasta Eton. Era uno de los pocos amigos que toleraban y comprendían las excentricidades de su hermano y no habían perdido el contacto a pesar de los viajes de este.*

*Al parecer, el padre de John había muerto apenas unos meses antes, con lo que todo el ducado había pasado a él. Los dos amigos de infancia habían heredado sus títulos, con todas las cargas que implicaban, casi simultáneamente.*

*—Tienes que estar preciosa. William me ha permitido que te saltes el luto.*

*—¿Qué dice, madre?*

*La marquesa viuda abrió un armario y alcanzó un fabuloso vestido de seda. A simple vista parecía negro, pero con la luz podían apreciarse sus tonos violetas.*

*—¿Por qué he de ponérmelo?*

*—¿Es que William no te lo ha dicho? El duque ha preguntado por ti. Y esta noche podéis conoceros antes de que regresemos a Londres. Si le causas una buena impresión, te podrías casar con él antes de primavera. ¿Te lo imaginas, Florence?*

*No. No se lo imaginaba. Se sentía bloqueada. No podía dejar de pensar en Kenji. En lo que sentía por él. Aun así, se vio arrastrada por las órdenes de su madre, por las manos de sus doncellas, que la bañaron, la vistieron y la peinaron para la ocasión.*

*Un rato después estaba en el salón principal. Su hermano estaba de pie junto a la chimenea, charlando animadamente.*

*—Florence, estás preciosa.*

*Se apartó a un lado y pudo ver a John Stuart. Era un poco más bajo que su hermano, más corpulento. Su cabello era castaño, bien peinado, despejando el rostro. Lucía prendas a la última moda, impolutas y caras. Se acercó y le hizo una reverencia perfecta. Luego tomó su mano enguantada y ella le dijo:*

*—Siento lo de su padre.*

*—Gracias, milady. Yo también siento lo que le pasó al suyo. Y lo lamento*

*especialmente porque sucedió mientras su madre y usted estaban en mi casa.*

*—Lo sé, milord. Pero las cosas vienen así.*

*—Es cierto. Hay cosas contra las que no podemos luchar.*

*—Eso me temo, su excelencia.*

*Se miraron a los ojos. Ella detectó el interés que despertaba en él. Pero ¿qué vio John? Florence se sentía rígida, helada, distante. Como la estatua de mármol que presidía su invernadero.*

*—Milady, no sé si me recuerda. Soy Laura Carrington y este joven matrimonio que nos acompaña lo forman Michael y Claudia, conde y condesa de Heathown.*

*Charlaron un rato junto a la chimenea hasta que la madre de Florence hizo acto de presencia. Les pidió que se sentaran para que comenzara la cena. Pronto, todos seguían la conversación alrededor de la mesa. Y todos se percataron de que había una silla libre, justo al lado de Florence.*

*—¿Esperas a alguien más, William?*

*—Sí, mi amigo Kenji no tardará en venir.*

*Florence sintió que el corazón quería abandonar su pecho.*

*—¿Le has invitado? —preguntó su madre.*

*—Por supuesto. ¿Es que no sabe que todo lo que tenemos es gracias a que él me salvara la vida? —dijo y procedió a contarles lo que le había sucedido en Japón. Su madre había palidecido cuando acabó el relato.*

*—Qué caballero tan formidable, ¿no? —añadió John— Un héroe sin par.*

*—Desde luego —William miró a Florence—. Me aterra la idea de pensar qué les habría sucedido a mis seres queridos si no me hubiera salvado.*

*En ese momento, el mayordomo jefe Charles informó de la llegada del señor Minagawa.*

*Cuando Florence alzó la cara y miró hacia la puerta que daba al comedor, apenas podía respirar. Kenji llevaba un esmoquin de seda, pantalones de cashmere negros, camisa blanca, guantes del mismo color y un cravat de seda perfectamente anudado al cuello. El cabello estaba*

*recogido en una coleta arreglada.*

*El deseo que sentía la engulló. De repente, el corsé le apretaba demasiado.*

*Kenji hizo una reverencia y luego la miró. A ella. Como si tratara de enviarle un mensaje privado.*

*¿Qué estaba pasando? ¿Desde cuándo su relación había alcanzado ese punto en que las miradas prometían demasiado?*

*William presentó a Kenji, que pasó a ser indefectiblemente el centro de atención durante la velada. Sentado junto a Florence, que no se atrevió a mirarle de nuevo, fue objeto de preguntas por parte del resto de los comensales. Habló de su tierra, de su casta, de sus principios morales recogidos en un código conocido como bushido o «camino del guerrero» que consistía en la lealtad, buena conducta, deber y conciencia de la propia mortalidad.*

*—Mi amigo Kenji, porque yo le considero como tal, es el mejor ejemplo de honor que me he encontrado en toda mi vida —les dijo William—. Y brindo por ser algún día tan honorable como él.*

*Conforme avanzó la velada, Florence se percató de que John no dejaba de mirarla, de igual modo que Laura no dejaba de contemplar a Kenji. Y, si no hubiera sido una idea ridícula, podría haber pensado que estaba celosa.*

*Descartó el pensamiento hasta que, después de la cena, se retiraron a otra sala donde conservaban el piano familiar.*

*—Por favor, Florence, deléitanos con un poco de música.*

*—Solo si me acompañas, hermano.*

*Ambos tomaron asiento, decidieron qué pieza iban a interpretar y comenzaron a tocarla con maestría. Al menos, hasta que Florence alzó la vista del teclado y vio a Laura Carrington, con una pose coqueta, charlando con Kenji. Tenía el pecho inclinado hacia él, mostrando más de lo*

*conveniente. La mirada que le dedicaba estaba estudiada y cargada de intención.*

*Florence se equivocó de nota, provocando que todos mirasen en su dirección. Incluido Kenji.*

*—¿Estás bien, Florence? —preguntó John.*

*—Sí, sí. Es que hacía tiempo que no practicaba. Lo siento.*

*—Aun así, ha sonado magnífico.*

*Agradeció el cumplido con una sonrisa, pero comenzó a sentirse mal. La respiración se le volvió pesada, no entraba en su pecho. Sintió las gotas de sudor de su nuca deslizarse por el cuello.*

*Interpretó otra pieza más mientras lanzaba miraditas en dirección a Kenji y a Laura. Cuando ella alargó la mano y delicadamente la apoyó en el brazo de él, Florence sintió que la tierra se tambaleaba.*

*Y así debió ser, porque, cuando abrió los ojos, se hallaba tumbada en su lecho. Jane, su doncella, la miraba preocupada. Se dio cuenta de que la habían despojado del vestido y solo conservaba su camisón de lino.*

*—¿Qué me ha pasado?*

*—Se ha desmayado, milady.*

*—¿Y quién me ha traído aquí?*

*—El extranjero.*

*Florence notó que sus mejillas se coloreaban de un rojo intenso que iba acompañado de un calor demasiado evidente.*

Cuando abro los ojos, lo primero que me encuentro es el rostro de Kenji, mirándome con preocupación. Estoy entre sus brazos, pero en el suelo. El anciano francés está a mi lado, y distingo caras desconocidas que se han congregado a mi alrededor.

*—¿Estás bien?*

*—¿Qué me ha pasado?*

—Te has desmayado. ¿Te encuentras bien? —la preocupación en su voz es real y me escanea con la mirada en busca de heridas.

—Estoy bien, sí —digo, con voz ronca, mientras asimilo que estoy entre sus brazos y noto su calor y su aroma. Me incorpora con cuidado y entonces me doy cuenta de que me duele la cabeza y la espalda por el golpe que me he dado.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—No es necesario. Estoy bien. Llamaré a Guille y ya está.

Meto la mano en el bolso, alcanzo el móvil y llamo a mi hermano. Me salta el buzón. Llamo a Maca, pero no me lo coge. Lo intento un par de veces más y me sucede lo mismo.

—No sé qué pasa, pero no los localizo.

—Entonces te vienes a mi hotel —dice él, con tanta determinación que me cuesta negarme. Creo que trato de argumentar algo para decirle que no es necesario, pero, al parecer, solo lo hago en mi cabeza. Por mi boca no escapa ni una sola palabra. Me ayuda a levantarme, sin dejar de mirarme, evaluando en todo momento si me encuentro bien.

Hace un gesto que detiene un taxi y pronto estamos camino a una dirección cerca de Montparnasse.

A cada kilómetro que el taxi recorre, mi mente especula, mi corazón se acelera, mi cuerpo se enciende.

Sé que me estoy perdiendo, que el propósito con el que he emprendido el viaje y empezado la noche se está difuminando. Le miro. Se ha sentado lo más apartado que ha podido de mí, como si imponer esa distancia hiciera que el deseo que ambos sentimos se mantuviera bajo control. Lástima que no funcione.

Por la ventanilla que queda a su lado puedo ver la Torre Eiffel, pero no le presto atención, ya que lo único que me importa es la mirada que él me dedica.

Porque hace que en mi interior se arremoline un huracán que amenaza con arrasarnos a los dos.



## 32. Double China Aster ~ Comparto tus sentimientos

*William había ido a verla a su dormitorio. Al parecer, según Jane, su madre se había sentido tan profundamente decepcionada por el desmayo de Florence, ya que no había llamado la atención del duque como ella había esperado, que también se había retirado a su habitación. No había preguntado ni una vez por su hija. A Florence ya nada le sorprendía.*

*—¿Cómo te encuentras? —preguntó William, mirándola de ese modo en que inclinaba la cara y todo el flequillo acababa cayéndole sobre los ojos.*

*—Bien. Muy bien. Gracias por venir a verme.*

*—Si lo dices por madre, ya sabes cómo es. Y tú no tienes que preocuparte de John. Ya venía impresionado y se ha ido mucho más.*

*—¿Cómo es posible?*

*—Pues probablemente porque se fijó en ti en aquel baile en su casa, la noche aciaga que padre murió. Desde entonces, no ha dejado de preguntarme por ti.*

*Florence no supo cómo debía sentirse. ¿Halagada? Lo estaba. Pero luego notaba ese otro sentimiento que germinaba en su interior y que lo provocaba Kenji.*

*—No te obligaré a casarte, Florence. John es un gran hombre y te daría un hogar y todas esas cosas que los nuestros desean con tanto fervor, pero, si no quieres, puedes quedarte conmigo.*

*—¿Y si te casas?*

—No creo que eso pase —reconoció él con una sonrisa.

—Eso no lo sabes. Y no quiero ser una carga para ti.

—Dices lo mismo que Kenji. ¿Sabes que está sopesando marcharse a París? Dice que no puede vivir aquí siempre.

El resto de la conversación que mantuvo esa noche con su hermano fue extraña, como si a medida que las palabras salieran de sus labios se fueran volviendo humo. Solo podía pensar en que Kenji quería marcharse. Así que tomó una determinación. Cuando todos dormían, abandonó el dormitorio y, con una pequeña vela que iluminaba sus pasos, se dirigió al invernadero.

No sabía por qué, pero tenía la certeza de que lo encontraría allí. Y no se equivocó. Había dispuesto candelabros encendidos en la mesa y estaba trabajando en una de sus creaciones de ikebana. Antes de que ella pudiera decir nada, él la había escuchado acercarse.

—¿Es verdad que quieres marcharte?

Kenji alzó solo un hombro como toda respuesta.

—¿Por qué no llevabas el yukata para la cena?

—No quería parecer un salvaje ante vuestros amigos.

—No eres un salvaje, Kenji.

—¿Y qué soy, Florence? Lo he perdido todo. No puedo volver a mi país. No pertenezco a este. No tengo nada.

—Me tienes a mí.

Cuando Kenji se giró para mirarla, con una *Callistephus chinensis* en un tono lila entre las manos, ella supo que estaban perdidos. Sobre todo, cuando él se acercó a ella y la besó en la boca.

### 33. Allspice ~ Compasión

El taxi se ha detenido frente a un hotel acristalado llamado Aiglon-Esprit de France. Para mi sorpresa, Kenji me tiende la mano para que le acompañe. Me cuesta unos segundos decidirme. Unos segundos en que me fijo en sus dedos, en la palma de la mano abierta y hacia arriba, esperando. Esperándome.

Unos instantes en los que también me permito mirar su cara, sus ojos. Hay cierta inseguridad en él y puedo ver el miedo al rechazo. Cuando coloco mi mano sobre la suya, me doy cuenta de que vuelve a respirar.

De la mano, subimos al ascensor. Y luego, caminamos a la habitación 382. En cuanto entramos, me suelta y yo me dedico a observar el mobiliario. Todo es muy clásico, en tonos grises y cremas, con un papel en la pared que tiene una forma geométrica que se repite. En el centro de la estancia, veo una enorme cama de dos metros en la que solo hay una maleta sin abrir.

No hay ventanas, solo un balcón desde el que se pueden ver los edificios de enfrente con esa arquitectura típica de esta ciudad.

—Es un sitio bonito.

—Siempre me alojo aquí.

—¿Vienes mucho a París?

—Viajo mucho. Siempre hay alguna pieza que tasar o vender. Praga, Viena, Moscú, Hong Kong...

—¿Por eso no tienes pareja?

Creo que he lanzado la pregunta correcta, porque Kenji centra su atención

en mí. Y comprendo lo mucho que deseaba ese interés, pero también siento algo parecido al vértigo. Camina hacia mí y se detiene a un metro, cerca, pero no lo suficiente para mí, que siento cada músculo del cuerpo dispuesto a saltar al vacío.

—¿O es porque no has superado lo de la mujer a la que construiste el invernadero? ¿Qué te pasó?

Se acerca un poco más y, cuando me mira, lo hace despacio, deleitándose en mi cara. Como si pudiera mirar y tocar y quemar a la vez.

—¿Te rompieron el corazón, Kenji?

—¿No es eso lo que siempre pasa? ¿Que acaban rompiéndonos el corazón porque eligen a otro?

—Si eso es así, lo lamento. Pero he de decir que si tuviera que elegir entre otro o tú... Ganarías tú.

Lo único que puedo ver son sus ojos, que cambian de la sorpresa al deseo, oscureciéndose en un tono ámbar cobrizo. Como si pensara que puedo ver su alma a través de ellos, los cierra, al tiempo que da un paso hacia atrás. Distancia, distancia que apaga estas llamas que quieren propagarse.

—Voy a dar una vuelta. No te muevas de aquí.

Y así, a la carrera, se marcha. Aún me cuesta varios minutos recomponerme, aceptar que se ha ido y que estoy sola en esta habitación. Me dejo caer en el borde de la cama. Llamo a mi hermano y a Maca, que no me contestan. Alzo la cara y entonces me doy cuenta de que, en su precipitada huida, Kenji se ha dejado sobre el escritorio el cuaderno que le han entregado a la salida del restaurante.

Me levanto como si el cuerpo no me perteneciera, como si una atracción invisible condujera mis pies. Lo observo.

Y lo abro. La primera página que me encuentro tiene el dibujo de una flor.

A pesar de que la letra es un poco caótica, puedo descifrar las palabras: *Circaea lutetiana*, also know as *enchanter's-nightshade*.

Trato de traducir lo que dice a continuación:

«Se utiliza para atar, encantar, hechizar, cambiar de forma y transformar. Se puede usar para crear y manipular energía. También se usa en hechizos para equilibrar fuerzas y para encontrar la conexión con el pasado, liberar nuestro potencial y encontrar la verdadera voluntad».

En la página siguiente, hay dibujos de mariposas con mucho detalle. Hay frases, poemas, bocetos de animales, de semillas germinando... Luego encuentro un retrato. Me sorprende. Es un dibujo realista de un caballero con un sombrero de copa. La parte derecha está cubierta por trazos que forman una libélula. La parte izquierda, con las pecas, el ojo... Me resulta muy familiar. Lo he visto en mis sueños. William, marqués de Ayrton. ¿Por qué se parece tanto a Guille? Siempre había pensado que en mis sueños le ponía el rostro de mi hermano por alguna razón psicológica, pero, ahora, no lo tengo tan claro.

Sigo pasando las páginas. Parecen vivencias mezcladas con notas o con ideas que se cruzan en el papel, en diagonal, en los bordes, amontonándose.

Llego a una página donde la letra parece más clara. A pesar de que está en inglés, comienzo a leer:

Tokio, 1877

Saigo avanza. No acepta los cambios, la pérdida de privilegios. El clan Shimuza había tomado la aldea en la que estaba hospedado. De repente, yo, el único extranjero del poblado, me he visto rodeado. Me han dado una paliza. Iban a matarme por lo que soy, por lo que represento. Estaban a punto de cortarme el cuello y he cerrado los ojos. Como si así pudiera impedir mi muerte. Porque he rezado cuando hacía años que no lo hacía. Cuando mi mente racional había olvidado a Dios y obviado su omnipresencia. Un Dios capaz de crear una naturaleza y criaturas maravillosas y, a la vez, dotar a los seres humanos de la crueldad más absoluta para destruirla.

He pensado en mi hermana. Sin mi regreso, quedaría a merced de algún familiar lejano o se vería forzada a un matrimonio a la desesperada.

Mi último pensamiento ha sido para ella. Mi última plegaria... Para

Florence. De repente, he escuchado un ruido de sables chocando y gritos de dolor cuando el acero atravesaba la carne. He abierto los ojos. A mi alrededor reinaba el caos. La gente de la aldea, a los que habían obligado a contemplar mi final como castigo por darme cobijo, huía a sus hogares. Detrás de mí, una lucha que apenas ha durado. Me he girado para mirar y entonces lo he visto. Alto, vestido con un kimono azul sobre el que llevaba atada la *hakama*. El único que quedaba en pie. De su sable chorreaba sangre.

—Vamos, extranjero. Vendrán más.

Me ha costado levantarme. Me temblaban las piernas. Me trastabillaba. He huido, abandonando la aldea hasta un prado lleno de árboles de *sakura*. De nuevo he pensado en Florence y en el invernadero. He descubierto que mi salvador me había seguido. Lo he visto pasarse las manos por la cabeza y, luego, se ha dejado caer de rodillas. Ha sacado un cuchillo, un cuchillo «tanto», de su cinturón.

—Espera —le he gritado—. ¡Espera!

Sé lo que iba a hacer. Por haberme salvado. He corrido hacia él.

—Por favor, no lo hagas —le he dicho en japonés. Me ha mirado con sus ojos de animal salvaje.

—Me he deshonrado al salvarte. *Sokotsu-shi*. Muerte para enmendar un error. No puedo hacer otra cosa.

—Sí, sí que puedes.

—No, extranjero, no lo entiendes. Soy un proscrito ahora. Solo merezco morir. He acabado con casi todo el clan Shimuza y enviarán a la mismísima Muerte a por mí.

—¿Y por qué me has salvado?

—No lo sé —me ha dicho.

Ha bajado la cabeza y yo no he podido evitar fijarme en el brillo del cuchillo destacando contra las ropas de seda, con un dibujo de grullas alzando el vuelo. El sol brillaba, una ligera brisa transportaba el olor de

las flores.

—Por favor. Estoy en deuda contigo. Soy el nuevo marqués de Ayrton. Tengo que volver a Inglaterra. Ven conmigo.

Y al final, acompañando el texto, el dibujo de una espada junto a un árbol de cerezo.

No sé cuánto rato llevo leyendo y haciendo fotos a este cuaderno, pero no puedo arriesgarme a que Kenji regrese y me pille así, así que lo cierro. Pero, cuando voy a dejarlo en el escritorio, algo de su interior llama mi atención. Parece un panfleto antiguo.

Me fijo en la fecha: 1888. Hay un anuncio de lo que parece una sesión de espiritismo a cargo de Madame Blavastz, de Hungría.

Leo: *«Una única actuación en Londres. Si desea contactar con sus seres queridos a través de la energía, no se pierda esta magistral actuación en número 13 de Francis Street».*

Y lo acompaña el retrato de una chica ataviada con un vestido sencillo, oscuro, abotonado hasta el cuello.

Le doy la vuelta. Hay una dirección en Budapest y un dibujo, una especie de boceto en tinta, que me resulta familiar. El guardapelo que vi en la fotografía antigua, entre las pertenencias de mi madre y que era una joya en forma de corazón con cabello trenzado dentro. Le tomo una foto con el móvil.

Oigo que la puerta se abre y me apresuro a dejar todo tal y como estaba.

Respiro hondo y salgo al balcón para que la brisa me refresque la cara. Hago un par de inspiraciones profundas. Espero que él no se dé cuenta de que he estado cotilleando el libro. Espero que él tampoco se dé cuenta de que me muero porque me toque.

## 34. Syrian Mallow ~ Consumido por amor

Estoy de espaldas cuando Kenji sale a la terraza. Me doy la vuelta para mirarle y enseguida aprecio que ha bebido demasiado. ¿Que por qué lo sé? Porque me está mirando sin reparos. Sus ojos me recorren de arriba abajo, examinando el vestido sin disimulo.

—Has bebido —constato.

Kenji asiente y, por un segundo, casi pierde el equilibrio, pero se recompone.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y sigue mirándome con una intensidad que me hace estremecer. Me echo el pelo para atrás y le mantengo la mirada, desafiándole a que dé el siguiente paso. Sea cual sea.

Kenji se quita la gabardina y el jersey mientras se tambalea a causa del alcohol. Cuando se lo saca por la cabeza, me quedo mirando su torso. Sé que ese cuerpo es resultado de un entrenamiento potente, de una disciplina que ha forjado y delineado cada músculo.

—¿Has llamado a tu hermano?

—Sí, pero no me lo coge. ¿Tantas ganas tienes de que me vaya, Kenji? —mi voz ha sonado baja, provocativa.

Kenji da un paso hacia mí. Se detiene. Todo su torso está en una tensión que nace en sus manos. Dos pasos más y se para frente a mí, tan cerca que tengo que alzar la cara para mirarle. Coloca sus brazos, tensos y rígidos, a ambos



lados de mi cuerpo, sin tocarme, sin rozarme siquiera. Las manos, aferrando el metal de la barandilla, y los nudillos, blancos de tanto apretar.

Con la yema de los dedos, trazo un recorrido ascendente desde el dorso de su mano hasta el hombro, acariciando venas, músculos y piel. Y cicatrices. Hasta llegar a la que empieza en el hueso de la clavícula y desciende en diagonal hasta el centro del pecho.

Él me está mirando. Y prometiéndome demasiadas cosas en silencio.

—¿Quién te hizo esto?

—Alguien a quien olvidé y no debí haberlo hecho.

—¿Con qué te lo hicieron?

—Con un sable.

—¿Y entonces ya te dedicabas a comerciar con armas antiguas?

—¿Esa es la pregunta que quieres hacerme?

—Quiero hacerte muchas. Pero has huido con las que te he hecho antes. Así que sé que no vas a contestarlas.

—Tal vez, sí. Tal vez ya estoy tan cansado y quiero confesar mis pecados.

—Pero no es justo. No quiero que me lo cuentes así.

—Tan honesta... Hasta el final.

No me siento honesta después de haber mirado entre sus cosas. No me siento orgullosa de lo que he hecho.

—¿Crees que soy honesta? Si apenas me conoces.

—Te conozco más de lo que crees. Con tu pasión por las rosas, tu amor incondicional por tu hermano y tu fortaleza... Por eso tengo que alejarme de ti. Porque yo... —La voz no es más que un susurro que se tambalea—. Destrozo todo cuanto toco. Ya lo hice una vez y no puedo volver a consentirlo.

—¿Eso significa que quieres tocarme?

—Una cosa es lo que yo quiera; otra, lo que debo hacer.

—¿Querer o deber? ¿Esa es tu disyuntiva siempre, Kenji?

—El deber fue lo único que me movió durante años... —confiesa y su voz se rompe, por algún recuerdo doloroso—. Pero una decisión lo cambió todo.

—¿Y te arrepientes?

Las cejas se juntan sobre sus ojos y su rostro adquiere una expresión desolada.

—No sirve de nada arrepentirse. Solo podemos aprender a no cometer los mismos errores. A no ceder a lo que deseamos.

—Te lo preguntaré solo una vez más. ¿Qué es lo que deseas, Kenji? —digo y mis manos, como si tuvieran vida propia, van a la cintura de su pantalón y de ahí descienden, acariciando su deseo, tenso contra el tejido de los vaqueros. Kenji gime o gruñe, no lo sé. Pero noto que los brazos se tensan. Se contiene para no tocarme, pero yo no tengo por qué estar me quieta, así que sigo acariciando ese punto.

—Juegas con ventaja. Me he ahogado en whisky. Porque yo era un hombre que no sentía nada, pero, como ves, tú me haces sentirlo todo. Porque lo que deseo es que seas la primera mujer que me haga el amor.

Me pierdo. Él hace que me pierda. Se me escapa un jadeo y eso que no me ha tocado, que no le ha hecho falta. Su voz está haciendo estragos en mi cuerpo. Tiemblo, tengo la piel erizada y un cosquilleo travieso en el estómago.

Pienso que debo moverme, pero me tiemblan las piernas. Suelto un suspiro de nervios, de anhelo. La conversación se ha vuelto íntima y no hay célula de mi cuerpo que no suplique por su roce. Bajo los ojos para que él no vea lo mucho que le deseo.

—Entonces pídelo, Kenji. Pídemelo que me quede a pasar contigo la noche.

—Sabes que no puedo, pese a lo mucho que te deseo encima de mí... Sabes que lo mejor es que te vayas, Tina.

Tiene razón. Y estoy a un paso de perderme, a una palabra suya de quitarme la ropa y luego la suya. Pero no puedo, porque tengo que pensar en el libro y en mi futuro. Y, si me acuesto con Kenji, si lo que siento por él se complica más, no podré negociar. No podré controlar la situación.

—Sé que es lo mejor. Que tengo que alejarme de ti —me obedezco a mí misma a medida que hablo, apartándome de él—. Tengo que irme... Tengo

que...

No me dice nada. Ni espero a que lo haga, apresurada, paso por su lado y camino hasta la puerta donde termina esta habitación de hotel y regresa mi cordura.

Aun así, no puedo evitar mirarle otra vez.

«Vete, Tina, gira el pomo y vete —me digo a mí misma— antes de que te mire». Pero él alza la cara. Se pasa las manos por el pelo, en ese gesto que hace a menudo cuando estoy cerca. Kenji se mueve hacia mí. Me he quedado paralizada y debería moverme, debería irme, porque, si me quedo un segundo más, me pierdo, me lanzo al vacío y dejo que mi cuerpo se vuelva fuego y cenizas al entrar en contacto con el suyo. Tocarle, calor, caricias, anhelos, suspiros contra mi boca, su lengua explorando, perdiéndose y sexo... Todo eso es lo que deseo.

Y él parece verlo en mis ojos, porque se detiene.

—Antes de irme quiero confesar que no soy honesta. No soy lo que he pretendido ser esta noche. No sé seducir.

—¿Y eso quién lo dice? —Se inclina hacia mí y besa mi cuello, luego mordisquea el lóbulo de mi oreja. Noto su boca repartiendo besos por mi garganta mientras sus manos me acarician por encima del vestido—. ¿Es que no es evidente que me tienes a tu merced? ¿Que por ti olvidaría el pasado? Eres tan diferente, tan única... —de repente, soy consciente de que Kenji está de rodillas frente a mí y no sé cómo lo ha hecho. Noto su cara apoyada en mi estómago— que me haces caer de rodillas y reverenciar esa diferencia... ¿Sabes por qué he huido? Porque, si me quedaba en la misma habitación que tú con este vestido, no me podría controlar. Acabaría cediendo a lo que quiero.

Sus manos están ahora a ambos lados de mis caderas y su calor atraviesa el tejido. Acaricio su pelo oscuro y tengo de nuevo una sensación de *déjà vu* con sus mechones entre mis dedos, pero esta vez más cortos.

—Acabaría desnudándote en busca de todos esos tatuajes escondidos que imagino que tienes para recorrerlos con mi boca... Y, luego, acabaría lamiendo

tu piel... Toda tu piel. Sabiendo que nunca me podría saciar del todo.

—Kenji, eso es justo lo que yo deseo ahora mismo... —digo y él gime algo en japonés que no entiendo, pero que suena a maldición.

Sus manos se mueven. Bajan por mis caderas y comienza a subirme el vestido. Se me acelera el corazón. Pronto, noto la calidez de su aliento en mi vientre, donde deposita un suave beso. Luego su boca se mueve, dejando un rastro de cálidos besos desde mi ombligo hasta la línea de mi ropa interior. Sus dedos se enganchan a la tira de encaje roja y la hacen descender. Y entonces lo ve, el pequeño tatuaje de la orquídea. Me sonrojo. Estoy tan expuesta a él que alza los ojos y me mira. El ámbar de su mirada se transforma en fuego. Abro las piernas y le veo colocar su mano sobre mi sexo. Pronto, me demuestra su pericia. Su pulgar se mueve estratégicamente sobre el punto donde nace el placer. Empiezo a gemir mientras Kenji no deja de mirarme. Quiero más. Quiero vibrar, quiero que me mire como si el mundo se hubiera reducido a nosotros dos, a este momento de intimidad en el que hablan mis gemidos. Tiemblo de placer y las rodillas se me comban hacia delante. Él se pone de pie y me abraza.

Cierro los ojos. Esto que ha pasado ha sido memorable. Nunca había alcanzado tanto placer con tanta rapidez. Y aún tengo ganas de más. Cierro los ojos. Noto el calor de Kenji y su aroma. Estamos abrazados y en silencio. Mi respiración sigue acelerada, al igual que mi corazón. Con los dedos acaricio su nuca, su cuello, sus hombros. No sé qué puedo decir. Solo quiero que me bese, que acabe de desnudarme y que me lleve a la cama para perderme en él. Le quiero desnudo, porque no dejo de fantasear con la idea. ¿Qué me ha hecho este hombre? Se cuela en mis sueños y los transforma en algo que no entiendo. Y, cuando estoy con él, mi cuerpo le busca, sin poder evitarlo. Por eso debería haberme ido y, sin embargo, estoy abrazada a él, esperando su siguiente movimiento y obligándome a controlar los míos.

—Se supone que tengo que marcharme.

Él me mira. Su boca se tuerce en una sonrisa traviesa de medio lado.

—Tienes que hacerlo, porque yo no puedo. Ya has visto que no tengo fuerza de voluntad cuando estás cerca.

—¿Y crees que yo sí la tengo?

Miro su boca entreabierta, sus ojos rasgados que brillan por el deseo. Es tan atractivo, elegante y masculino que me siento irremediabilmente atraída hacia él.

—Tina... No puedo implicarme. No puedo darte nada. No tengo nada — murmura, con demasiada tristeza.

—Solo quiero sexo. Yo tampoco tengo nada.

—No es verdad. —Entre sus cejas aparece un pliegue—. Tú lo tienes todo. Un futuro. Una vida por delante. Amigas que te quieren. Incluso a un hombre que... Acabarás eligiendo.

—¿Crees que eso es lo que deseo?

—Yo no soy para ti, Tina.

Siempre lo mismo. Me parece una triste excusa para no estar conmigo. Siento el rechazo como un golpe inesperado. Frío y cruel. Me coloco de nuevo la ropa interior y me arreglo el vestido. Kenji se aparta un metro, algo que agradezco, ya que su cercanía no me deja pensar con claridad.

Aun así, el hecho de que siga mirándome con esa intensidad me confunde. Tengo que pensar fríamente. Tengo que eliminar el deseo y mantener la cabeza centrada, helada.

Así que decido atacar porque, de repente, noto el enfado dando vueltas en mi interior, cogiendo fuerza, ganando impulso. Y sale.

—¿Por qué no dejas de decirme eso? Estoy cansada de que los demás elijan por mí. Quiero ser dueña de mi vida.

—No es la primera vez que oigo esas palabras —su tono refleja cansancio.

—¿Y qué dice eso de ti? ¿Qué tienes tendencia a dirigir la vida de los demás? ¿A decidir por ellos lo que es bueno o no?

En ese momento se me cae el bolso. La cajita con el camafeo se escapa del interior.

Kenji se agacha a recogerla. Trato de arrebatársela de un manotazo. A él se le escurre de entre los dedos y, al caer al suelo, se abre. Puedo ver el camafeo. Kenji también. Aprovechando que se ha quedado quieto, me agacho y lo recojo. En cuanto lo noto en la mano, aprecio que está abierto. No me había dado cuenta antes, pero la pieza puede abrirse. En su interior hay algo grabado en el metal:

*«Many years ago I asked you not to forget me. I was wrong. I am happy. This is the only memory that you must keep of me. Goodbye, K.»*

Alzo la cara. Kenji tiene la mirada clavada en el camafeo. Ha leído las palabras ocultas en su interior y, de repente, una lágrima está surcando su mejilla.

No entiendo qué le sucede, pero tampoco me hace falta. El dolor que hay en él nos conecta, nos entrelaza de una manera visceral e íntima. Alargo la mano y con un suave roce limpio esa lágrima con el pulgar. Deja escapar un suspiro tembloroso, yo otro, que resuena en el silencio de esta habitación. Alargo la caricia sobre la piel de su rostro. Y, cuando voy a apartar del todo la mano, la captura con la suya y se la lleva a los labios, para depositar un suave beso en la cara interna de mi muñeca, mientras se le escapa otra lágrima que me parte el alma.

Está temblando. Y yo también.

Trato de esbozar una sonrisa que le reconforte, que nos reconforte, porque comprendo que yo también he perdido esta batalla.

Doy un par de pasos hacia atrás, porque no me atrevo a mirarle.

Me doy la vuelta y abro la puerta.

—Tina, no te vayas. Te necesito.

No le miro. No puedo. No puedo necesitarle, no puedo ceder a lo que deseo, a lo que pide mi cuerpo, a lo que suplica mi corazón.

—Por favor...

Niego con la cabeza. Salgo por la puerta, cierro y echo a correr. A solas en el ascensor, lloro.

Señor Kimura

*No sé si debería correr detrás de ella, impedirle que se marche.*

*No sé si debería contarle quién soy.*

*No sé, no sé, no sé.*

*Lo único que sé es que, a veces, por mucho que deseemos algo, no podemos tenerlo.*

*Como a Tina. La deseo tanto que estoy perdiendo el norte, que mi brújula interior, esa que tenía clara la dirección, está desorientada. Dudo. Sé que no debería hacerlo, que hice una promesa, que me esperan. Pero es que ella lo ha trastocado todo con su piel de nata, su boca, su tristeza, sus tatuajes escondidos y esa forma de mirarme, como si me conociera, como si valiera la pena, como si fuera alguien que no está maldito. Mi Ame onna, que ha traído el deseo, la lluvia, los recuerdos y el llanto de nuevo a mi vida.*

## 35. Arbor vitae ~ Amistad que no cambia

Ni siquiera sé cómo he regresado al hotel. Desde que he dejado a Kenji hasta este momento, cuando atravieso las puertas de la habitación que comparto con Maca, mi mente está en blanco.

Y ahora tengo que explicarles por qué todo ha salido mal, cuando ni siquiera tengo fuerzas para hacerlo. O, tal vez, debería sentarme y hablar con ellos con sinceridad. Tengo que contarles que él aparecía en mis sueños, que conocía su nombre, que nos besamos el otro día y que hoy... Me sonrojo al recordar lo que ha sucedido hoy, antes de que el mensaje oculto en el camafeo nos separara.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta mi hermano. En cuanto lo miro, sé que se da cuenta de que tengo los ojos rojos y el maquillaje deshecho—. Tina... ¿Estás bien?

—Sí. Solo que no he podido. Y no he sido sincera con vosotros... —Al mirar a Maca, me doy cuenta de que algo ha sucedido entre ella y mi hermano. Sus mejillas coloreadas y su cabello despeinado me dan una pista, que confirman sus ojos brillantes. Y luego está el hecho de que mi hermano me aparte la mirada—. Vosotros dos habéis... —Los señalo alternativamente. Sus reacciones (mi hermano sonrojado y Maca poniendo cara de disculpa) me lo acaban por confirmar—. ¡Por eso no me cogíais el móvil!

—No te enfades —dice mi amiga—. Sabes que estoy enamorada de él desde que íbamos al instituto.



Miro a Guille, que no está nada sorprendido por la confesión, así que imagino que Maca se lo ha dicho en algún momento y eso los ha llevado a acabar juntos.

—Entonces... ¿Sois pareja?

—Vamos a intentarlo —me dice mi hermano.

Le miro con ternura. Parece decidido. Incluso centrado. ¿Y si Maca consigue mantenerle apartado de los líos? Además, ella es una tía genial. No podría estar con otra chica mejor.

Me están mirando, expectantes.

—Si no funciona, no tratéis de que me ponga de un bando o de otro. Soy neutral, ¿de acuerdo?

—Entonces, ¿no te alegras ni un poquito? —me pregunta Maca, con una sonrisa brillante.

Me dejo caer en el sofá que hay junto a la ventana. Me quito los zapatos.

—Sabéis que sí, bobos. Que sois unos bobos... —trato de sonar feliz, incluso entusiasmada, pero la voz me sale débil. Y en mis ojos solo se refleja cansancio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi hermano, que está realmente preocupado por mí.

Del bolso, saco la cajita con el camafeo en un gesto que acompaño con un suspiro.

—¿No ha querido cambiarlo por el libro? —dice Maca.

—Quiero contaros una cosa que espero que no cambie lo que sentimos. Nuestra amistad... Todo. Yo... Os he mentido —confieso—. Bueno, lo cierto es que os he ocultado muchas cosas. Guille sí que lo sabe, porque se lo comenté hace años, pero desde siempre he tenido los mismos sueños en los que veía un invernadero, bailes, flores, unas joyas concretas, a una mujer... Y a un hombre que la salvaba de ahogarse. Eran sueños en los que no veía el rostro de ese caballero. Me veía a mí, veía a Guille, pero la parte del sueño en la que aparecía ese hombre misterioso era borrosa, difuminada. Bien, la noche que

dormimos en casa del señor Kimura, volví a tener ese sueño... Uno de tantos. Pero, esta vez, aparecía él. Podía ver su cara. Y los sueños que han venido después han sido más claros, más largos. Forman una historia. La del marqués de Ayrton y su hermana. Y la de un caballero japonés, Kenji Minagawa.

—¿Qué nos estás diciendo? —dice Maca, visiblemente confusa.

—Que soñaba con él, con el señor Kimura. Que incluso sabía su nombre. La otra noche, cuando viniste con Jon y me encontraste con él en el rellano, me preguntó cómo creía que se llamaba. Y lo sabía. Sabía que se llama Kenji. Porque había soñado con él. Pero eso no es todo. Cuando estoy cerca de Kenji, siento demasiadas cosas. Tenías razón, Maca. Me gusta, pero no de una forma normal ni sosegada... Desde que le conocí me he sentido cómoda a su lado, como si no fuéramos unos extraños. Me he sentido arrastrada hacia él de una manera que no comprendo. Y, por supuesto, eso ha hecho que esta noche fracase el plan. Estaba y estoy... demasiado implicada. —Un poco temerosa, alzo la mirada en pos de mi hermano. Guille está muy serio. Y, en lo que dura un parpadeo, se cuela otra imagen en la cabeza. Mi hermano, en la misma posición, con los brazos sobre el pecho y las piernas cruzadas, mirándome con el rostro ladeado, vestido con una casaca gris y un pañuelo de seda anudado al cuello—. Lo siento —añado—. Siento que hayamos venido hasta aquí y lo haya estropeado.

—No —dice mi hermano—. La culpa es mía. Por mis constantes líos, por mi cabeza irresponsable... Por todo lo que te he hecho pasar. No debería haber consentido que tú te encargaras de mis problemas. Siempre he pensado que la tía Margarita tenía razón al darme de lado y lo cierto es que esperaba que algún día te cansaras de ayudarme y también me abandonarás.

—Yo nunca haría algo así.

—Lo sé, Tina. —Camina hasta mí y se sienta a mi lado—. Y me alegro de que nunca hayas perdido la fe en mí. Además, yo también he tenido siempre sueños raros. Que se han duplicado desde que él me salvó.

—¿En serio?

—Sí. Siento no habértelo contado. Me daba un poco de miedo.

—No pasa nada —digo y no sé por qué me siento tan aliviada.

Nos tomamos de las manos. Guille me aprieta fuerte, me sonrío.

—¿Sabes? Si no podemos conseguir el libro, da igual. Saldremos adelante como otras tantas veces. Tú y yo. Solos contra el mundo.

—No os deis por vencidos tan pronto —dice Maca y la miramos—. Yo averiguaré qué le importa más que ese libro. Está obsesionado con el marqués de Ayrton. Ese es su punto débil.

—Maca...

—Mira, no sé por qué soñáis con todo eso. Pero, desde que me dedico a las antigüedades, he vivido muchas cosas. Hay piezas que tienen energías especiales, distintas, buenas y, en ocasiones, malas. He visto gente que lo ha perdido todo por conseguir un tesoro del pasado. Y he visto personas que reconocían joyas e incluso sabían que tenían inscripciones personalizadas escondidas, a pesar de que era la primera vez que las veían. Nada de lo que me digas puede sorprenderme. Si vuestra tía lo organizó todo para que encontraseis ese libro, es por algo. Piensa, Tina, ¿el señor Kimura te ha dado una pista o ha mencionado algo esta noche de lo que quiere conseguir a continuación?

Niego con la cabeza. Pero entonces me acuerdo del cuaderno. Saco el móvil y les muestro las fotografías a medida que voy narrando lo que he hallado en él. Y entonces llego a la fotografía del panfleto.

—Y luego he encontrado esto. ¿Veis lo que hay dibujado? Es el guardapelo de mamá.

—Mamá nunca recuperó el guardapelo.

—Sí, sí que lo recupero. Yo recuerdo una fotografía de él.

—No, Tina. Ese guardapelo fue su obsesión. Nunca lo consiguió. Lo único que tenía era una fotografía que le había enviado el propietario. Pero murió antes de llegar hasta él.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Hablé con ella antes del accidente. Se disponían a viajar a Budapest.

—¿Budapest? Hay una dirección manuscrita en Budapest —digo, enseñándoles la foto.

—A ver, seamos lógicos —pregunta Maca—. ¿Qué probabilidad hay de que el guardapelo siga ahí?

—No lo sé. Pero es demasiada casualidad. Creo que alguien anotó esa dirección ahí para enviar un mensaje. Voy a ir.

—Tina, a lo mejor debemos darnos por vencidos.

—No. —Busco la dirección en el móvil. Para mi sorpresa, existe un Hostal Blavastz—. Mirad esto. Un hostel con el mismo nombre.

—Eso puede no tener nada que ver.

—Esperad, que tiene página web. Dice que es el hotel familiar de la famosa médium Blavastz construido en 1880. ¿Aún tenéis dudas?

Intentan convencerme de que es improbable que yo tenga razón. Pero sé que la tengo. Es una certeza extraña, tan arraigada en mi interior que me espolea a trazar un nuevo plan.

Cuando Maca y mi hermano salen de la habitación, aprovecho la intimidad que me conceden para contratar un vuelo para mañana.

Sé que necesito ese guardapelo, porque algo me dice que, en este momento, mientras Kenji está en una habitación en la otra punta de París, está revisando el cuaderno y ha llegado a la misma conclusión sobre el paradero de esta joya.

Solo espero llegar antes que él, porque no quiero verle. Me miento. Me miento una y mil veces.

## 36. Mourning Bride ~ Lo he perdido todo

Lo poco que he podido ver de Budapest me ha parecido maravilloso. Una ciudad imperial, de cuento de hadas, que evoca el pasado en cada esquina, en cada monumento, en el Puente de las Cadenas. Una ciudad que parece una estampa antigua, a medio camino entre varios siglos. A veces, suspendida en el tiempo. A veces, a toda velocidad en un taxi que cruza sus calles más modernas.

Me he marchado de París sin despedirme de mi hermano. Sin decirles dónde iba, aunque seguro que se lo imaginan.

Anochece cuando llego al hostel Blavastz, situado en la calle Úri. Es un barrio de casas de un par de plantas, todas parecidas, a ambos lados de una carretera de único sentido. Pago el taxi y bajo del vehículo, que se aleja con rapidez. Me fijo en la arquitectura del edificio: tiene un portón enorme, ventanas en la planta superior con macetas llenas de flores rojas y, a la derecha, una placa en la que se puede leer el nombre de este lugar. Empujo la puerta y entro. La decoración me transporta a otra época. Parece que se ha detenido el tiempo en algún momento del siglo pasado. Avanzo hasta la recepción, observando todo a mi alrededor. Los muebles y la decoración, antiguos, están limpios y bien conservados. Seguro que Maca disfrutaría catalogando y vendiendo algunas de estas piezas.

A mi derecha hay un cuadro, presidiendo lo que parece un salón con chimenea. Reconozco a la mujer retratada. Es la misma que había en el recorte

de periódico que encontré, pero con bastantes años más.

Madame Blavastz, médium.

—Perdone —me dice una voz femenina en inglés—. ¿La puedo ayudar?

—Sí, lo siento. Me llamo Tina...

Detrás de mí suena la campanilla que anuncia la presencia de otra persona cruzando el umbral. La cara de mi interlocutora muestra tal sorpresa que me veo en la imperiosa necesidad de darme la vuelta para ver de quién se trata. Y entonces, le veo.

A él. A Kenji. Al que dejé borracho y herido en una habitación de París.

Al descubrir mi presencia, sus ojos también se abren por la sorpresa.

—¡Tina! —Se detiene en seco. Le cuesta unos segundos recomponer su altivez y caminar hasta la recepción. Se coloca a mi lado—. ¿Qué haces aquí?

—Me imagino que lo mismo que tú.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—Tengo a Maca, ¿recuerdas? —miento, sin amilanarme.

—¿A qué han venido? —pregunta la joven recepcionista.

—Buscamos un guardapelo. De la época victoriana —dice Kenji y me sorprendo de que me haya incluido en la forma verbal—. Sé que la familia Blavastz lo posee desde hace más de cien años. Sé que el marqués de Ayrton se lo dio a Madame Blavastz en uno de sus últimos viajes.

—¡Oh, creo que sé de qué hablan! Mi bisabuela dijo que vendrían.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Lamentablemente, tardará un rato en regresar. ¿Quieren esperarla?

—Por supuesto —dice Kenji.

—¿Quieren algo de beber?

Kenji me mira, dándome el poder de elegir.

—Sí, por favor.

—Acompañenme.

Abandona su espacio de trabajo y nos conduce a la derecha. Atravesamos el salón y abre una puerta que da a una estancia que es pequeña, iluminada en

tonos ocres. Hay comensales en varias mesas y un camarero que deposita platos humeantes delante de ellos.

—Aquí, por favor. —Nos señala una mesa en un rincón, lejos de miradas indiscretas—. Enseguida los atienden.

Tomamos asiento, frente a frente, y nos quitamos las chaquetas para colgarlas en los respaldos de nuestras respectivas sillas. Kenji se queda con una camisa blanca y un chaleco gris. Me fijo en cómo el tejido blanco se tensa en los bíceps y en cómo los botones desabrochados muestran una zona de su pecho. Alzo los ojos hasta él. Me está mirando. Me ha pillado.

—¿Cómo ha conseguido Maca que llegues hasta el guardapelo?

—No lo sé.

—Me mientes.

—¿Hay algo novedoso en eso? ¿No es lo que tú y yo hacemos cuando estamos juntos? ¿Mentirnos una y otra vez?

—Creo que fui sincero contigo la otra noche.

—¿Te acuerdas?

Esboza una sonrisa de medio lado que me desarma por completo. Las mariposas que revolotean en mi estómago se vuelven un torbellino.

—Bueno, pues también recordarás que necesito el libro. Por eso he cambiado de estrategia.

—¿Ah, sí?

—Voy a conseguir el guardapelo antes que tú. Para que me lo cambies por el libro.

—¿Por qué crees que haría algo así?

—No lo sé. Es un pálpito, ¿sabes? Mi madre no lo encontró nunca, pero yo creía que sí. Porque lo recordaba... Recordaba haberlo visto en una fotografía que, al parecer, era la única pista de su existencia que tenía mi madre y que la llevó a obsesionarse con esa pieza en particular. Mucho más que con las demás.

Alzo los ojos y lo encuentro mirándome, como otras veces, con esa mirada

que encierra demasiadas emociones.

—Sé que es valioso para ti.

—¿Qué más sabes de mí, Tina?

—No demasiado. Pero podrías hablarme de ti. Por una vez. Tú sabes todo de mí, de mi hermano, de sus problemas. Pero tú sigues siendo misterioso y solo me dejas ver fragmentos de ti. Como si estuvieras incompleto, roto.

—Tal vez lo estoy —murmura sin dejar de mirarme—. Pero por eso mismo..., porque quiero recomponer mis pedazos esta noche, pregunta lo que quieras.

—¿Por qué?

—Porque cuando consiga el guardapelo, desapareceré. Así que pregúntame todo lo que quieras saber.

—¿Me estás diciendo que ya no volveré a verte?

—Por eso te digo que estoy roto, Tina. ¿Cómo podría estarlo si destrozo todo lo que toco? Y no puedo... No concibo la idea de que te hagan daño por mi culpa.

La última vez que vamos a vernos, la undécima vez que me advierte sobre él, que me dice que se marcha. Sé que las cosas han cambiado entre nosotros desde París. Sé que ahora estamos vulnerables, que ambos nos expusimos al otro de diferente manera, pero que derruimos las barreras que nos protegían y que ahora estamos abiertos en canal, dispuestos a revelar nuestros secretos.

—Está bien... —accedo—. ¿Qué hacías antes de dedicarte a las antigüedades?

—Era soldado. Pero lo dejé.

—¿Y por qué vas a por las pertenencias del marqués de Ayrton?

—Me parece que sabes más de lo que dices, Tina. ¿Adónde tratas de llevarme con tus preguntas?

Bajo la cabeza y me muerdo el labio.

—En París, cuando te fuiste, miré el cuaderno que te entregaron.

Kenji se echa para atrás en la silla sin dejar de mirarme. Aprecio cómo se



tensan los músculos de sus brazos.

—¿Y bien?

—Ese cuaderno pertenecía al marqués de Ayrton, el mismo que has dicho que le dio el guardapelo a Madame Blavastz. William... Del que sé algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—Que su pelo era rubio y siempre lo llevaba despeinado y revuelto. Que tenía la cara llena de pecas. Que andaba con las manos en los bolsillos porque era muy tímido y la gente no se le daba demasiado bien. Prefería viajar y descubrir mundo y estaba tan enamorado de las flores como...

Cuando alzo la cara, Kenji se ha inclinado hacia delante, mirándome como si mis palabras le hirieran, pero no sé si tiene sentido.

—Tina —dice mi nombre con un tono extraño, como si le fuera a doler aún más lo que va a preguntarme—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Por los sueños. Como te dije cuando nos conocimos, siempre he tenido sueños... desde niña. Por eso los tatuajes, por eso reconocí el cuaderno. Por eso sabía tu nombre.

—¿Me estás diciendo que siempre has soñado conmigo?

Sus ojos de ámbar, esos que saben ser tiernos y feroces, buscan mi cara y de repente me siento envalentonada.

—Soñaba con alguien, pero no le vi la cara hasta que te conocí. La primera noche que pasé en tu casa, cuando me enseñaste el invernadero que habías construido para otra... Apareciste en mi sueño, salvándome de ahogarme en un lago.

Kenji cierra los ojos y gira la cara. Me fijo en cómo traga saliva.

—¿Algo de lo que te estoy contando tiene sentido para ti, Kenji?

Tarda lo que me parece una eternidad en mirarme. Siento que estoy ante la conversación más decisiva de mi vida. Como si todo lo que me ha pasado me hubiera traído aquí: los sueños, la incomprensión, las ocasiones en las que me sentía rara, ajena a mi propio cuerpo... Todo, confluyendo hasta este lugar en

Budapest, donde nunca creí que me vería.

—Sí. Claro que lo tiene, Tina. ¿Por qué crees que te pregunté si me conocías cuando nos encontramos?

—No lo sé.

Kenji pone las manos sobre las mías, encima de la mesa. Y en ese instante, consigue que mi mundo se encoja hasta caber en ese punto donde nos estamos tocando.

Pero entonces nos interrumpen.

## 37. Amaranth ~ Inmortalidad

—Disculpen —nos dice la joven recepcionista—. Pero mi abuela ya ha regresado y quiere verlos.

La seguimos hasta lo que parece un sótano. No hay puerta. Solo una cortina roja formada por cientos de hilos de seda, que se desplazan a nuestro paso.

Miro la habitación. Iluminada con velas casi derretidas, tiene figuras de ángeles, de budas, de elefantes hindúes con varios brazos y vírgenes cristianas en las estanterías.

En el centro hay una robusta mesa de madera. Sentada al otro lado, una mujer muy anciana, vestida de negro. Sus rasgos me recuerdan al retrato de madame Blavastz, pero sé que no puede ser ella, así que deduzco que será una descendiente.

Me está mirando con atención, como si me conociera. Me recorre un escalofrío y siento que tengo helada la nuca. Me estremezco.

—Tomen asiento, por favor.

Obedecemos. Percibo la mezcla de olores: incienso, romero y rosas. Aunque no veo ninguna en la estancia.

Contemplo a Kenji y me sorprende lo tenso que parece. Más de lo habitual. O tal vez es porque he conseguido que se relajara en la cena y ahora ha vuelto a adoptar su pose distante y rígida. Como si se hubiera puesto la coraza.

—Soy Anne Blavastz, la hija de madame Blavastz.

—Eso es imposible —sentencia Kenji, haciendo que los ojos de la anciana

vuelen a él.

—Tengo ciento cinco años, señor Kimura.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Al igual que mi madre, soy médium. Y algunos de sus seres queridos están aquí. Acompañándonos.

No sé si levantarme y salir corriendo hasta España, pero, de repente, no puedo moverme. Me pregunto por qué no me estoy cuestionando la veracidad de lo que acaba de decir y por qué creo que es real. Que no estamos solos.

—¿Quién está aquí? —pregunta Kenji.

La sonrisa que se dibuja en el rostro de la mujer me pone los pelos de punta. La veo señalar detrás de mí.

Siento una corriente de miedo que recorre mi cuerpo. El corazón me late tan fuerte que me duele, como si luchara por escapar de mi pecho.

—Has reunido casi todas las pistas que te han conducido a las dos últimas que necesitas. La llave y... —Saca el guardapelo y lo coloca en el centro de la mesa, frente a nosotros.

Señor Kimura

*Un mechón de pelo. Solo eso.*

*Una persona que había vivido, reído, llorado, bailado y amado quedaba reducida a eso. A un mechón de pelo que se depositaba en una pieza de oro y cristal, cerrada para siempre para que sobreviviera al paso del tiempo.*

*Cuando el tiempo sin esa persona había dejado de tener sentido.*

*Al menos hasta que, un día de lluvia, un encuentro fortuito con el futuro lo había cambiado todo.*

—Este objeto tan pequeño y en apariencia tan insignificante es lo que ustedes anhelan. Pero no es lo que más anhelan ahora mismo... Cuánta pasión,

cuanto deseo sin saciar...

Me sonrojo. El calor me cubre la cara.

—Unidos por algo tan pequeño, separados, por tanto... —sigue diciendo Anne Blavastz—. Esta pieza es la llave del futuro. Pero también del pasado —mira a Kenji, solo a él—, si es lo que desea elegir. Porque todo va sobre elecciones, todo...

—¿Cuánto quiere por ella? —la interrumpe él.

Ella contesta con una carcajada.

—¿Qué valor tiene para usted, señor Kimura, después de haber descubierto que el camafeo no contenía lo que esperaba? Pero sí que ha descubierto el mensaje escondido, ¿verdad? El que nunca se entregó.

—Pagaré lo que sea necesario.

Y, entonces, la anciana me mira.

—Y usted, Florentina, ¿cuánto pagaría?

Mi verdadero nombre activa algo en Kenji, que me mira al instante. Una expresión atormentada transforma su rostro.

—¿Quién le ha dicho mi verdadero nombre?

—Su madre, Clara. Está aquí.

—Si eso fuera así —digo, tratando de que mi voz suene lo más normal posible—, ¿qué me diría?

—Que lo siente. Que siente haberse obsesionado con las piezas, pero es que usted le hablaba de ellas desde que era niña. Se las dibujó en cuanto supo agarrar un lápiz. Siempre le contaba sus sueños y ella quería entender qué le sucedía. Y entonces descubrió el origen de las piezas... Descubrió qué la conecta con ellas. Quién es usted en realidad.

De repente, estoy llorando. Sé que me está diciendo la verdad. Me siento culpable. Ese ha sido mi mayor secreto. El que no había contado a nadie, ni siquiera a Guille, ha aparecido para aniquilarme, para arrastrarme a un pasado que no ha dejado de atormentarme. Porque siempre he sabido que mi madre cambió cuando le conté lo de mis sueños, que se obsesionó a raíz de que yo

me despertara en mitad de la noche y le narrara siempre la misma historia.

Y esa obsesión la llevó a buscar unas antigüedades por las que murió.

—No, no se sienta así —me dice ella, como si pudiera leer mi mente—. No fue su culpa. Todo estaba orquestado por fuerzas superiores para que sucediera tal y como ha sucedido. Desde la muerte de sus padres hasta todos y cada uno de los líos de Guille, para que la llevaran con desesperación a buscar el libro, que la conecta con... él.

—¿Por qué?

La anciana sonrío.

—No se lo ha dicho aún, ¿verdad?

Miro a Kenji. Un músculo palpita en su mandíbula.

—A pesar de que sueña con tu nombre.

Él vuelve la cabeza y sus ojos, arrasados por el dolor, conectan con los míos.

—¿Quién eres? —le pregunto y mi voz se tambalea. Él niega con la cabeza.

Ante nuestra sorpresa, la anciana se pone en pie y agarra el guardapelo.

—Si quieren esta pieza, Kenji debe decir la verdad. Ese es el trato.

—Señora Blavastz, es un precio que no quiero pagar... —dice él, y su voz suena desesperada.

Pero ella nos hace un gesto para que nos levantemos y nos vayamos.

Yo soy la primera que se pone en pie, con todo el cuerpo dolorido por la tensión.

—Kenji, vamos —le pido.

Al oír mi voz, él se mueve. Se pone en pie, irguiéndose en toda su altura, a pesar de que parece devastado.

—Su habitación está lista —añade Anne Blavastz—. Y a usted, señorita, le aconsejo que se quede con él. Esta zona de Budapest no es segura a estas horas.

## 38. Pine Apple ~ Eres perfecta

Cuando subimos al primer piso, la joven recepcionista nos aborda y le da a Kenji una llave con un bloque de madera en el que hay grabado el número 103. Él la toma sin mirarla y, luego, me coge de la mano. Tira de mí y me conduce escaleras arriba, hasta una puerta en la que leo el mismo número. Me suelto cuando él me mira y le pido una explicación con la mirada.

—Ya has oído lo que ha dicho.

—Ha dicho muchas cosas. Y no sé cuál es la más descabellada de todas.

Kenji empuja la puerta sin dejar de mirarme. Me está invitando a entrar a su dormitorio. A solas. Con él y sus misterios, y su boca sugerente, y este deseo que siento por él y que me quema, que no me deja dormir ni comer porque necesito saciarlo y solo se me ocurre una manera de hacerlo.

Así que doy un par de pasos y entro en la habitación, delante de él.

Con un primer vistazo, veo la cama, que es enorme, cubierta por un edredón blanco con rosas rojas. La pared, en un tono crema, tiene unas lamparitas a media altura que se encienden cuando Kenji presiona el interruptor. Veo un balcón que debe dar a la calle y por el que se cuele el sonido de los coches y de algún claxon del exterior.

Ese exterior que deja de importar cuando Kenji cierra la puerta. Lo observo. Da un par de pasos hasta una mesa de escritorio, donde deja la llave de la habitación y la maleta de mano que ha traído con él y en la que apenas he reparado. Luego, se quita la chaqueta y la deja en un perchero.

Se pasa las manos por el pelo.

—¿Para qué quieres ese guardapelo?

—Sabes que me dedico a las antigüedades.

—Creía que tasabas armas antiguas y arte japonés. Pero vas detrás de las reliquias con las que se obsesionó mi madre y que pertenecieron al marqués de Ayrton. ¿Es para venderlas?

—Tina... —veo el dolor en su mirada.

—¿Quién eres?

—Pregúntame cualquier cosa, pero eso no —me pide, con una súplica.

—¿Por qué? Entonces contéstame. ¿A quién quieres vender las piezas?  
¿Quién es el señor Minagawa?

—¿Cómo sabes ese nombre?

—¿Por los sueños! Pero no entiendo qué significan. No entiendo por qué te veo en ellos, por qué me siento como si yo los viviera en primera persona.  
¿Qué tienes que ver con el marqués de Ayrton? ¿Y con Florence?

Y ahí está. El nombre que le hace moverse, que activa todos sus músculos para que se mueva hacia mí. Se detiene a un palmo de distancia y solo puedo alzar la cara y mirarle.

—¿Quién eres, Kenji? Dímelo o me marcharé.

Poco a poco, se inclina hacia mí hasta que noto la caricia de su aliento, justo antes de que tome mi cara entre sus manos. Su aroma a romero y el calor de sus dedos sobre mi piel hacen que me estremezca, que el deseo que siento ascienda desde mi vientre y llene cada célula de mi cuerpo.

Me pongo de puntillas y quiebro la distancia que nos separa besando su boca. Luego, después de ese breve roce, me aparto y le miro. Y él me devuelve el beso.

Pero no de manera dulce ni tierna. Hay fuego en su gesto, en cómo su boca cae sobre la mía, reclamándola.

Algo dentro de mí estalla. Le devuelvo el beso con ferocidad. Nuestras lenguas se encuentran y exploran. Muerdo su boca, esa que lleva



provocándome desde que nos encontramos bajo la lluvia. Pronto, las manos de Kenji están en mi espalda, apretándome contra él, y las mías están en su nuca, en su cabello.

Nunca me han besado así. Nunca me he sentido así. Mis manos van directas a por su ropa. Primero a por los botones de la camisa y del chaleco, para que mis dedos puedan recorrer con libertad su torso musculado y surcado por algunas cicatrices.

Me ayuda a que le quite las prendas sin dejar de besarnos.

Señor Kimura

*Muerde mi labio y se pega a mí y, a pesar de la ropa que lleva, el contacto con su piel me quema. No puedo apartar mi boca de la suya mientras la desnudo, quitándole el vestido de flores, que cae hecho un ovillo a sus pies. Flores entre nosotros. Siempre flores. Los besos no cesan, aunque quiero apartarme y mirarla. Quiero contemplar su piel, sus tatuajes, su ropa interior.*

*Y lo consigo. Lleva un conjunto de lencería negra, que casi hace que se me pare el corazón. Le desabrocho el sujetador y, cuando la prenda se aparta de su piel y cae a un lado, siento que me falta el aire.*

*—Eres perfecta.*

*Mi boca viaja a sus pechos. Los acaricio con dulzura con la lengua mientras ella gime, dándome vida y arrebatándome la poca cordura que me queda a la vez.*

*Debería apartarme, pero no puedo. Mi cuerpo es suyo. Y mi corazón... Este corazón maltrecho que creía no sentir nada está latiendo demasiado deprisa. Me estoy ahogando, me estoy muriendo por ella, por sus caricias, por lo que su boca y su lengua me provocan y por mucho más, que deseo como nunca antes.*

Kenji me está mirando y me quema. Mi cuerpo me duele cuando se aparta de mí. Así que me muevo. Comienzo a quitarle el cinturón y, luego, desabotono el pantalón del traje. Él me ayuda a que le quite la prenda y sucede lo mismo con los calzoncillos. Está desnudo, excitado y mirándome con una expresión de duda y cierta timidez.

Me aprieto contra él, buscando el calor de su cuerpo. Siento su erección presionando contra la parte baja de mi estómago y noto el deseo como un cosquilleo entre las piernas.

Le empujo hacia atrás y cae en el borde de la cama. Me coloco a horcajadas sobre él, mientras Kenji no deja de besarme. Y yo sé que esto no es solo sexo. Que hay algo más profundo entre nosotros, algo que nos conecta de manera irrefrenable.

De repente, sus manos dejan de tocarme. Le miro. Sus brazos han caído, laxos, a ambos lados de su torso y está cabizbajo, con la mandíbula apretada.

—Kenji. —Tomo su cara entre las manos y le obligo a mirarme.

Me fijo en sus ojos, en ese tono ámbar, tan extraños y a la vez tan hermosos, con el sutil trazo que los vuelve almendrados y les confieren ese aire exótico y atractivo. Y comprendo que me sentí cautivada por ellos desde la primera vez que me miró, cuando yo lloraba mis penas bajo la lluvia.

—Kenji, quiero estar contigo esta noche. ¿Y tú...? —mi voz se tambalea un poco cuando aprecio que el que realmente está temblando es él—. ¿Tú quieres estar conmigo?

—Tina, nunca he querido tanto con las mismas ganas en toda mi vida. Y creía que eso era imposible. Creía que nunca podría volver a desear a ninguna mujer. Y tú me estás arrastrando y no puedo, ni quiero, que dejes de hacerlo.

Acaricio con dulzura su cara, retirándole el cabello. Por un momento me pregunto qué estoy haciendo. O qué estoy a punto de hacer. Estamos desnudos, expuestos, vulnerables... Sin futuro.

Y una parte de mí siente que no es la primera vez que hemos estado así.

Desecho la idea y le doy un beso en los labios. Uno lento, suave, que él me

devuelve del mismo modo. Y entonces noto sus manos en mis caderas, apretándose contra él. Me desea, tanto como yo a él, y eso es decir mucho, porque a mí esto me está matando. Así que me levanto un poco y me dejo caer lentamente sobre su erección. Le noto poco a poco dentro de mí. Y, cuando Kenji gime, yo no puedo evitar un jadeo. Mi cuerpo le desea tanto que parece no obedecerme, porque se está moviendo por su cuenta solo en busca del placer.

Lo encuentro rápido. Igual que él. Nos rompemos en pedazos con un clímax perfecto. Y, entonces, nos miramos a los ojos. La respiración agitada que ambos tenemos parece detenerse por unos segundos, pero nuestros corazones saltan, acelerados.

No sé qué aspecto tengo para que me mire así, con una mezcla de reverencia y fervor, pero yo me fijo en las perlas de sudor de su rostro, en cómo un mechón oscuro se ha desplazado sobre su frente y, luego, me fijo en su boca, entreabierta, que está a punto de decir unas palabras que se resisten a salir.

Le beso de nuevo. No quiero hablar. No quiero disculpas, ni arrepentimientos, ni despedidas.

## 39. Red rose ~ Pasión

Señor Kimura

*Ella me besa. Su cuerpo, que apenas pesa, está sobre el mío. Estoy dentro de ella y, cada vez que se mueve, me vuelve más loco. La tomo de la cintura y la giro para tumbarla en la cama. Ella me mira, un poco sorprendida. Y, por unos momentos, quiero decirle muchas cosas. Quién soy, por qué no puedo quedarme, que soy malo para ella. Y, lo más doloroso, que tengo que marcharme.*

*Pero el magnetismo que ejerce sobre mí me deja sin palabras y me limito a besarla. Pronto, estamos otra vez sedientos, jadeando, buscándonos. Me vuelvo de nuevo dentro de ella, que me recibe con un gemido de los que hacen que cualquier plan anterior desaparezca.*

*Nos volvemos uno. Ahora, despacio, disfrutándonos, saboreándonos.*

*Cuando ella dice mi nombre mientras tiene un orgasmo, me doy cuenta de que esto no es solo sexo, de que no lo ha sido desde el principio. De que compartimos intimidad desde que le ofrecí mi paraguas bajo la lluvia.*

Budapest y la noche cerrada. El mundo que sigue girando ahí fuera ajeno a nosotros, abrazados sobre la cama. Tengo el rostro apoyado en el pecho de Kenji, que desprende calor. Su aroma, esa mezcla de romero y flores, me envuelve, al igual que sus brazos, que rodean mi cintura. No hemos dicho nada todavía. Nuestras respiraciones aún no se han serenado y nuestros corazones

tampoco. Y ahora es cuando me siento nerviosa. Me muerdo el labio, pensando en qué palabras puedo emplear en este momento. Hay una parte de mí que quiere rogarle que no se vaya a ningún lado, que se quede conmigo. Luego, mi orgullo le echa una reprimenda importante a esa parte tan débil y... enamorada.

Cuando la palabra aparece en mi cabeza, no me sorprende. Ya estaba ahí desde hacía mucho. Probablemente desde el momento en que Kenji explicó la expresión *Koi No Yokan*, en el restaurante de Valencia.

*Koi no Yokan*, esa sensación que se tiene cuando, tras conocer a una persona, los dos sabéis que os vais a enamorar irremediablemente y que implica una conexión profunda, previsible y real, en el futuro.

O tal vez mis sentimientos por Kenji fueron incluso anteriores. No lo sé.

Pero soy realista. Y sé que él no tiene intención de empezar nada serio porque me ha dicho demasiadas veces que tiene que marcharse. No sé dónde, pero me imagino que habrá una mujer. Es la primera vez que intento ponerle cara. ¿Quién será? Otro más de los misterios de Kenji. Pero este me duele especialmente. No debería haberme acostado con él, porque para mí no ha sido solo sexo.

Se me escapa un suspiro tembloroso contra su pecho. Espero que él no lo haya notado. Pero me equivoco. Kenji me levanta la cara por la barbilla con dulzura y busca mi mirada.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Por qué me mientes ahora, después de lo que acabamos de tener?

Me sonrojo. Noto el calor inundando mi cara. Trato de volver a ocultar mi rostro contra la piel de su pecho, pero él se mueve. En un instante, está sobre mí. Me ha cogido las muñecas y me las ha colocado sobre la cabeza. Su cara está a escasos centímetros de la mía. Y su mirada es exigente y demanda la verdad.

Trago saliva y no me amedrento. Llegados a este punto, he perdido todo.

—¿Quién eres, Kenji?

—¿Quién crees que soy?

—No lo sé. Solo sé que estamos en Budapest después de haber hecho el amor y parecía que nuestros cuerpos se conocían. Nada entre nosotros ha desentonado. Ha sido perfecto...

—Sí, sí que lo ha sido.

Me mira intensamente y de nuevo noto ese cosquilleo de mariposas revoloteando en mi estómago.

—No me distraigas.

Para mi sorpresa, Kenji se echa a reír.

Es la primera vez que escucho su risa. Suena musical, retumba en su pecho y se cuela en mi alma. Y la expresión de su cara, relajada y feliz, le hace parecer más joven.

Se me escapa otro suspiro. Y él me mira, deja de sonreír y me pregunto si me va a contar ahora la verdad.

—Te llamas Florentina.

—Sí, pero nadie me llama así. Solo lo hacía mi madre. Ella me escuchaba y me prestaba atención. Me creía. La única que lo hizo. Mi padre pensaba que eran cosas de niños y mi hermano siempre ha sido escéptico, o eso creía yo. No sé, pero llegué a pensar que había algo mal en mí... sobre todo porque...

—Dímelo.

—Porque tenía la sensación de que alguien me buscaba. De que alguien, en algún lugar, estaba perdido... Destinado a encontrarme. Así que mi vida se paralizó. Mis amigas salían, conocían chicos, se enamoraban. Pero yo no. Ni siquiera de Jon.

Kenji se tensa al oír ese nombre.

—El hombre que vi en tu casa.

—Sí. Maca dice que no creé mi caos con él. Que no salí de mi escondite emocional. Y es verdad. Después de esta noche he comprendido que es verdad. Que nunca tuve nada parecido, que mi cuerpo nunca reaccionó como

lo hace cuando tú me tocas, Kenji. Así que, por favor, dime quién eres.

Kenji cierra los ojos y apoya su frente en la mía. La presión con la que sujeta mis manos desaparece, así que me libero y muevo mis manos hasta su pelo. Lo acaricio con delicadeza.

—No puedes decirme nada que haga que me vaya, Kenji.

Levanta un poco la cara y me mira. En sus ojos hay tanto dolor, tanto sufrimiento que se me encoge el corazón.

—La verdad de lo que soy está en tus sueños, Tina. Siempre ha estado ahí. Entre flores y antigüedades, se esconde mi historia. Y la de una mujer. Con un nombre muy parecido al tuyo.

Kenji se aleja de mí y se pone de pie. Contemplo durante unos segundos su cuerpo desnudo, modelado y cincelado.

La imagen se abre paso en mi cabeza, como otras tantas veces. Pero esta vez, no estoy dormida.

Nexos en común, elementos distintos. Otro lugar, otra luz.

Otro cuerpo.

*Abrió los ojos. Los primeros rayos de sol se colaban a través de los cristales. Florence miró a su alrededor. Estaba tumbada en el suelo, sobre una manta, oculta entre unos parterres donde crecían orquídeas. Estaba desnuda. Sintió que la vergüenza la cubría como una capa invisible que le recordaba la indecencia y el pecado que había cometido la noche anterior.*

*Cuando levantó los ojos en busca de su acompañante, no tardó en localizarle. Estaba a unos metros: alto, desnudo, con el cabello suelto cayéndole sobre los hombros. Lo contempló en silencio. Él se recogió el pelo en un moño haciendo que los brazos se tensaran. Esos brazos que ella había acariciado y sentido abrazándola mientras se colaba en su interior.*

*Luego lo vio arrancar una rosa roja. Regresó a su lado y se dejó caer en la manta, junto a ella.*

*Le tendió la flor.*

*—Buenos días.*

*—Buenos días. ¿Una rosa roja? ¿Sabes qué significa?*

*—Pasión, por supuesto.*

*Florence sonrió. Tomó la flor con cuidado y la aproximó a su nariz. Su aroma quedaría asociado para siempre a aquel momento, al recuerdo de su primera noche de pasión en la que habían desafiado todas las normas sociales.*

*—Gracias, Kenji.*



## 40. Garden Chervyl ~ Sinceridad

Kenji se ha acercado a la mesa donde ha dejado el maletín. Saca algo de su interior. Desanda los metros que nos separan y entonces lo veo.

Entre las manos, envuelto en un plástico que lo protege, está el libro *Language of flowers*, de Kate Greenaway. Me incorporo del todo. No sé cómo sentirme.

Cuando Kenji se deja caer a mi lado, me cuesta mucho controlar mi respiración y mis palabras.

—Lo tenías todo este tiempo. Y has pretendido engañarme.

—No, Tina — responde con dulzura—. Deja que te lo explique.

—La solución a mis problemas es ese libro. Y tú lo sabías desde la primera noche cuando casi matan a mi hermano. Te lo pregunté varias veces y me lo negaste. Y justo ahora... después de que hayamos tenido sexo.

—Para mí no ha sido solo sexo. Y sé que para ti tampoco. Por eso quiero enseñarte el libro y explicarte quién soy. O más bien espero que tú lo averigües.

Saca el libro de la funda y me lo da. Me sorprende descubrir que es un ejemplar pequeño. El paso del tiempo ha amarilleado las páginas y el papel está deteriorado en algunas zonas, pero los colores de las ilustraciones de flores, niñas y mujeres se mantienen.

En la página final hay trazos en japonés. Y un nombre. William.

—¿Qué dice aquí?

—Son unas palabras para romper una maldición.

—¿Qué maldición?

—La mía.

Le miro. Kenji está observándome atentamente.

—No lo entiendo.

—Este William es el marqués de Ayrton. Sabes su historia. Tenía una hermana. Compró este ejemplar para regalárselo a ella... La mujer que aparece en tus sueños. Tú.

Por un momento cierro los ojos y me imagino que he oído mal, pero al volver a abrirlos sigue sentado a mi lado, mirándome con expresión culpable y algo demasiado parecido a la tristeza.

—¿Qué?

—Mira el camafeo. ¿No te reconoces en la silueta, Tina? Sois casi dos gotas de agua. Eres ella. Desciendes de ella, pero es que tu alma es... la suya.

Todo mi cuerpo parece cubierto de hielo de repente. Me pasan por la mente sueños, recuerdos, que forman una conclusión conexas y con sentido. Pero no me siento preparada para aceptarla.

—Vale. Definitivamente estás loco. —Me pongo de pie.

—Has estado conmigo y con Madame Blavastz, que sabía lo de tu madre. Nos conocía.

—Todo eso no son más que sugerencias y tonterías.

—¡No! —habla alto—. Y lo sabes. Lo estás negando porque tienes miedo.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a que la verdad nos separe para siempre —me explica ahora dulcemente—. Porque ya te imaginas quién soy, ¿no? Lo has sabido esta noche...

Vuelvo a cerrar los ojos. Intento mantener apartada esa certeza que ha surgido en el fondo de mi mente y que amenaza con volverme loca. Lucho contra lo que parece imposible.

—No. Solo tengo una explicación. La única que tiene algo que lógica, como

dijiste.

—¿Y cuál es?

—Que tú también eres descendiente del señor Minagawa. El hombre de mis sueños.

Kenji niega. Se lleva las manos a la cabeza, se masa el cabello. Por un momento se queda callado y creo que me va a dar la razón. Casi deseo que lo haga por el bien de mi salud mental.

—El señor Minagawa nunca existió —dice, con ese tono de voz con el que las verdades aniquilan futuros—. Solo fue un apellido para burlar el pasado.

—Entonces... —Voy a preguntarlo, a pesar de que me mareo, la habitación me da vueltas, el mundo se vuelve del revés—. Entonces, ¿qué apellido era el real?

—Kimura. Kenji Kimura. El que tú has sabido desde el principio.

—Entonces me estás diciendo que el hombre que aparece en mis sueños...

—Soy yo —dice, o creo que lo dice. Su boca apenas se mueve, pero no importa porque sé quién es. Ya sé quién es. La verdad se ha roto, me ha cubierto, ha inundado mi corazón, cada aurícula y ventrículo, cada arteria.

No puede ser verdad. Pero, sin embargo, sé que lo es. No hay explicación lógica a que Kenji, el mismo que está sentado en la cama, mirándome, sea el mismo que se cuele en mis sueños desde que nos conocimos bajo la lluvia. Pero, por alguna razón, sé que es verdad. Lo he sabido cuando lo he visto levantarse y un recuerdo se ha gestado en mi cabeza sin estar dormida. Porque ahora comprendo que no eran sueños, que eran recuerdos de otra persona, vestigios de una vida pasada. De mi vida pasada.

La respiración se me ha acelerado cuando la verdad ha emergido en mi cabeza, como si hubiera encontrado el engranaje que me hacía falta para poner en marcha el mecanismo de mi memoria. Los retazos de sueños se unen y forman una historia compacta. La historia de una joven que estaba desesperada hasta que regresó su hermano: el marqués de Ayrton, que volvió a Londres después de que un joven le salvara la vida en Japón. Un joven de ojos color

ámbar, que entendía de flores y de armas porque era un guerrero, un samurái... Y que acabó convirtiéndose en el amante de la hermana de su amigo.

Aun así, hay mucho que no sé. Mucho que no entiendo. ¿Cómo puede ser la misma persona? ¿Existen los viajes en el tiempo?

Necesito tomar el aire. Necesito pensar. Así que acabo de vestirme, sin atreverme a mirar a Kenji y, en varias zancadas, llego a la puerta.

—Me habías dicho que no había nada que pudiera decir que hiciera que te marcharas.

—Bueno, pues como ves, he mentido. Igual que tú todo ese tiempo.

—No te vayas. Déjame explicarlo.

—No. No puedo.

—Tina, Budapest es peligroso en esta zona. No te vayas...

—Solo necesito un momento.

Unos minutos para entender lo que acaba de pasar. Con esa determinación salgo de la habitación y bajo a recepción.

## 41. Cypress ~ Muerte

—Mi abuela la está esperando.

Vale. Lo que me faltaba. Pero necesito respuestas. Necesito encajar el resto de las piezas del puzle. O me volveré loca. Si no lo estoy ya.

No tardo en hallarme de nuevo en el sótano, sentada frente a madame Blavastz

—Se lo ha dicho.

—Sí. Y no entiendo por qué me lo creo. No es... No es posible. ¿Qué es? ¿Un viajero en el tiempo?

—Un alma viajera. Así es. Hay pocos casos, pero suceden. A estas alturas ya sabrás que hay cosas que escapan de nuestro control. Que hay más de lo que vemos y tocamos.

—Pero ¿cómo es posible?

—¿Y si manipulas la energía? Una energía vital fuerte, con un propósito. ¿Y si William encontró a alguien que averiguó cómo modelar el tiempo para abrir una brecha en él con un hechizo?

—No me puedo creer que esto me esté pasando a mí. Me he vuelto loca, ¿verdad?

—Todavía hay mucho que desconoces. Empezaré por contarte que mi madre conoció a William y a Kenji en persona. El mismo hombre que ahora está sufriendo en la habitación. Era algo más joven. Y estaba tan desesperado como ahora. Ambos lo estaban.

*A pesar de todas las precauciones, de los kilómetros, de la nueva vida, el pasado que habían intentado burlar los terminó encontrando.*

*Habían pasado los últimos cinco años y medio viajando por Europa y luego habían vuelto a Inglaterra, a Londres. El duque de Carrington los había invitado a un baile. Para William era una cita ineludible, pero para Kenji era un castigo. Suponía verla con otro. Con su esposo. Al que había elegido. Con el que había tenido un hijo al que ni siquiera su tío conocía todavía.*

*Nunca habían hablado de Florence. Seguramente la marquesa viuda no se había percatado de lo que había sucedido entre su hija y Kenji hacía unos años, pero William, a pesar de su aparente desinterés, era un hombre inteligente al que pocas cosas se le escapaban. Además, su hermana era un libro abierto, por lo que había apreciado el cambio en su actitud, en su forma de relacionarse con Kenji y en la forma de mirarlo. Y, a pesar de que su amigo japonés era distante y reservado, lo había visto sufrir cuando Florence aceptaba la propuesta de John Stuart, nuevo duque de Carrington. Lo había visto entrenar sin descanso y practicar en la soledad del bosque hasta desfallecer sin fuerzas cuando faltaban pocos días para la boda.*

*Poco después de aquello, le había propuesto que le acompañara en sus viajes por el continente. Y así habían pasado los últimos años. Habían comprado propiedades por toda Europa y algunas de ellas las habían puesto a nombre de Kenji, para que tuviera algo en caso de que William falleciera. Cuando regresaron a Londres para adquirir una propiedad en New Oxford Street, recibieron la invitación.*

*—Entendería perfectamente que no quisieras venir. Y no te obligaría.*

*Kenji lo miró con cierta alarma velada en la expresión.*

*—Y ella también lo entendería.*

*—Porque no soy más que un extranjero. Un salvaje.*

*—Tu cultura tiene poco de salvaje.*

—Sabes lo que soy.

—Lo que has sido.

—Un asesino siempre es un asesino.

—Pero tú siempre has tenido compasión. Por eso me salvaste, ¿no?

—Como él no añadía nada más, William continuó—: ¿Te has arrepentido alguna vez de haberlo hecho?

—No.

Era sincero. Salvar a aquel hombre le había condenado. Le había convertido en un proscrito entre los suyos y lo había obligado a huir a otro mundo. Aún recordaba lo que le había parecido Londres: gris, tan llena de niebla y humo que a veces apenas podía respirar.

Aún se estremecía ante lo que había sentido al ver los edificios altos, los callejones sórdidos junto a Temple Bar, y las deslumbrantes mansiones de las que salían damas vestidas con seda y piedras preciosas.

Un nuevo mundo distinto y avanzado en el que creía que siempre desentonaría. Hasta el momento en que había entrado en el invernadero de la abadía y había percibido el aroma a flores y una paz que le había recordado a su país, a esos días de descanso entre batallas.

Habían pasado varios años desde que habían huido de Japón. Como precaución, habían elegido otro apellido para él: Minagawa, en lugar del verdadero, Kimura.

Como si así pudieran borrar el rastro de lo que había pasado en aquella aldea, en la que Kenji había salvado a un extranjero que había comentado que era el nuevo marqués de Ayrton a una joven... llamada Kiva Shimuza.

La única mujer samurái que quedaba en aquella zona, a la que conocían como la Utsukushī shi, que significaba 'Hermosa muerte', porque era hábil con los sables y su ferocidad no tenía medida. Salvo cuando estaba con Kenji, de quien estaba enamorada.

Por eso se había sentido tan traicionada cuando Kenji había asesinado a los suyos para salvar a un extranjero. Y, además, había huido con él.

*Durante años, su única obsesión fue encontrarlos. Tardó en reunir el dinero para salir del país y llegar a Londres. Pero, una vez allí, descubrió que el marqués y Kenji habían partido al continente después de la boda de su hermana. Kiva se quedó cerca. Se convirtió en la amante de un aristócrata poderoso que no tardó en proponerle matrimonio. Ella aceptó y poco después se codeaba con la élite de la sociedad.*

*Entonces conoció a Florence, la hermana de William. Durante años, la mantuvo vigilada. Hasta que, en un salón de té, junto con otras esposas influyentes, mencionó que su hermano había regresado a Londres. Y que le esperaban para el primer baile de la temporada. Además, confesó que deseaba que le acompañara un amigo muy querido, Kenji Minagawa. A Kiva no le pasó desapercibido que acariciaba con dulzura el camafeo que llevaba prendido en el vestido.*

*A pesar de sus miedos iniciales, Kenji acompañó a William a aquel baile. Pero le pidió que no dijera nada de su presencia allí. Se quedó en una zona apartada, observando el reencuentro de Florence y su hermano. Vio al pequeño, que tenía algo más de dos años. Era una versión en miniatura de su tío, con los alborotados cabellos dorados y los ojos azules. Los mismos que los de Florence.*

*Sintió el dolor que aún le provocaba haberla perdido y que ella hubiera elegido a otro, que no tardó en aparecer en aquel baile. Sonreía, feliz, ¿cómo iba a ser de otra manera? Tenía a una mujer espléndida, sensible, inteligente y hermosa, que, al parecer, por las habladurías que le habían llegado a William, era una perfecta esposa, la mejor anfitriona para los bailes y los acontecimientos sociales y, con su sentido de la moda, siempre añadiendo alguna flor a su atuendo, era la envidia del resto de las damas que no dudaban en imitarla. Kenji no pudo evitar preguntarse si quedaba algo de aquella mujer que le recitaba poesía en el invernadero. ¿Tal vez también leía poemas de Robert Herrick a su esposo?*

*No podía culparla, desde luego. Ella había elegido y actuado en*



*consecuencia, mientras que él había decidido viajar con William, aprender idiomas, estudiar arte y recopilar grabados y láminas de su país para acompañar algunas charlas que daba en la Academia de París.*

*Su vida había seguido a pesar de su corazón roto.*

*En ese momento, Florence levantó la mirada y lo encontró en aquel rincón. Kenji se había vestido apropiadamente para la ocasión y llevaba el pelo corto desde hacía años. Salvo por los ojos y las facciones, podía pasar por un británico, ya que había perfeccionado su inglés y casi había eliminado su acento japonés de su dicción.*

*Ella abrió mucho los ojos al encontrarle y él se limitó a hacer una reverencia, la misma que le había hecho la primera vez que la vio, en el invernadero.*

*El duque de Carrington llamó la atención de su esposa para que compartieran el siguiente baile y Kenji dio un paso hacia atrás para ocultarse en las sombras y así serenar su corazón, que se había acelerado.*

*Nadie fue consciente de que Kiva, ahora llamada lady Sarah, lo había presenciado todo y había encontrado cómo llevar a cabo su venganza.*

*Al día siguiente, William invitó a los duques de Carrington a cenar en su hogar de Belgravia. Sería la última vez que se verían, ya que tenían previsto emprender un nuevo viaje, que los llevaría a Boston, en Nueva Inglaterra. Un nuevo mundo. Una nueva aventura. Una nueva vida, en un lugar que destacaba por su mecenazgo artístico y su cultura literaria. Un lugar donde William encajaría a las mil maravillas. Y donde Kenji olvidaría del todo su pasado.*

*O eso esperaban.*

*Kenji no asistió a la cena. En lugar de eso, decidió recorrer la ciudad. Nunca tenía miedo, ni siquiera al adentrarse en los peores suburbios. Esa noche, deambuló y trató de poner sus ideas en orden. Llegó al pequeño local que habían comprado. Lo habían puesto a su nombre real. Ni siquiera sabía qué haría con él si regresaban de Boston.*

*No sabía nada sobre su futuro porque hacía tiempo que lo había perdido. Se había limitado a subsistir, a respirar... Excepto aquellos tres meses cuando se enamoró de la hermana de su amigo.*

*De madrugada, regresó a Belgravia con la certeza de que ya habría acabado la velada.*

*Y entonces, con horror, descubrió la sangre. Desde el vestíbulo principal hasta el salón. Los sirvientes, asesinados. El siguiente cuerpo que descubrió fue el de John. Luego, amordazados junto a la chimenea, William y Florence. De pie, vio una figura que no tardó en reconocer: Kiva, la que había sido su amante.*

*Ella le echó en cara lo que había hecho a su familia, su cobardía por no haber acabado con su propia vida.*

*Pero Kenji apenas podía oír. Miró a su amigo. Estaba atado en el sillón y tenía la cara ensangrentada, pero parecía que aún respiraba. Sin embargo, ella, Florence, su Florence... Ya estaba muerta. Desangrada.*

*Kiva seguía hablándole de venganza, de traición. Y, entonces, cuando le atacó, con el mismo sable con la que había cometido aquellos crímenes, Kenji pensó que debía dejarse morir. Permitted que ella le hiriera. El acero cortó la ropa y su piel en una herida desde el cuello hasta el pecho. Luego sufrió otros cortes. Iba a morir. Lo deseaba.*

*Sin embargo, percibió la voz de William diciéndole: «Lucha, Kenji, lucha».*

*Y sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, esquivó los últimos ataques, mientras que su propia sangre llenaba su ropa y manchaba el suelo.*

*Kiva, viendo que aquello se complicaba, se dejó caer de rodillas al suelo.*

*—Yo te quería y me quitaste lo que más amaba. Yo he hecho lo mismo. Estamos en paz. —Se clavó un «tanto» en el estómago. Se hizo el seppuku sin que Kenji hiciera nada por evitarlo.*

*William y él consiguieron sobrevivir. El pequeño sobrino, que se había quedado al cuidado de una niñera en el hogar Carrington estaba a salvo.*

*Cuando Kenji se había agachado junto al cuerpo de Florence, descubrió que, en la mano derecha, apretada contra el corazón, llevaba un camafeo.*

*La abrazó contra él, con la sangre de ambos mezclándose.*

*Kenji se preguntó cómo podría vivir de ahora en adelante con aquella culpa, con todos los remordimientos de aquellas muertes en su conciencia.*

*Cuando, meses después, se recuperaron de las heridas sufridas aquella fatídica noche, William encontró un nuevo propósito a sus vidas.*

*Iban a contactar con Florence. Aquella velada, antes de la irrupción de Kiva, Florence le había comentado a su hermano que quería hablar con él a solas, pero no habían tenido tiempo. Tenía algo que entregarle. Y, a su vez, William quería haberle regalado el ejemplar recién salido de imprenta de un libro que sabía que a ella le encantaría: Language of flowers, de Kate Greenaway.*

*La muerte lo había impedido. Pero, desde hacía un tiempo, sabían que la muerte no tenía que ser el final. Habían proliferado los médiums en toda Inglaterra. Algunos eran timadores, otros simples mentalistas... Pero William estaba seguro de que llegarían a alguien que no fuera un estafador. Y así es como conocieron a madame Blavastz.*

Ahora sé la verdad. Mi mente repasa todas las conversaciones que he tenido con Kenji en busca de pistas. Y las encuentro: el invernadero que construyó para una mujer, para recordarla; su tristeza e incluso aquella vez que me dijo que sí que existían las mujeres samuráis. Todo estaba relacionado. Las piezas acaban encajando. Me siento abrumada por las sensaciones. La unión de todos los recuerdos formando una explicación comprensible. El curioso sentimiento entre lo que me resulta familiar y lo nuevo. Como cuando llevas toda la vida buscando algo y, al encontrarlo, no sabes muy bien qué hacer de ahora en adelante. Y luego está lo que he tenido con Kenji, el sexo que ha unido nuestros cuerpos y que ha activado el último mecanismo de mi memoria. La

intimidad entre nosotros ha sido magnífica, perfecta, reflejo de la que compartimos en otra época, pero con matices diferentes.

—Cuando Florence murió, recorrieron Europa intentando volver a contactar con ella. Contigo. Y así es como llegaron hasta mi madre, que, por aquel entonces, apenas era una adolescente, pero que ya tenía el don desarrollado y una fama que la precedía. Cuando llegó a Londres, donde la aristocracia recurría a sus servicios como médium, conoció a William y a Kenji que le contaron lo que había sucedido. Y ella me lo contó a mí. Sobre todo, porque Kenji fue la única alma viajera que conoció. El resto de los intentos fueron fallidos.

—Pero... ¿cómo es posible que yo sea Florence?

—El alma regresa. A veces, tarda años; otras veces, siglos. Pero acaba regresando. Y nos reunimos siempre con las mismas personas. Con los mismos seres queridos.

—¿Por eso veía a Guille en mis sueños? ¿Es que él es William?

—Hermanos en la otra vida. ¿Por qué no en esta?

—¿Por qué los sueños? ¿Por qué siempre he tenido la sensación de que no encajaba?

—Piensa en tu hermano. Su continuada búsqueda de aventura, sus inmensas ganas de descubrir el mundo, de viajar, de tener dinero... ¿Crees que se sentía a gusto en esta vida? ¿O crees que buscaba y esperaba algo más? Como tú, Tina. Tú lo sentías en sueños, el pasado que tuviste y en el que el verdadero amor quedó pendiente, pero decidiste adaptarte. Guille, sin embargo, trató de alcanzar lo que siempre se le escapaba.

—¿Me está diciendo que si tenemos asuntos pendientes nuestras almas vuelven...?

—Sí. Y tú tenías un asunto pendiente con Kenji.

—Pero ¿qué sucedió? ¿Por qué no lo elegí en mi otra vida?

—Cuando el padre de Florence murió, ella descubrió que era vulnerable. Y, en los meses que vivió esperando la respuesta a la carta de su hermano, se

transformó. Se volvió pragmática, aceptó su lugar como mujer en aquel mundo regido por hombres. Cambió. Se doblegó. Por eso eligió la estabilidad. A pesar de su corazón.

Bajo los ojos tratando de asimilar todo lo que me ha dicho. Aun así, noto que aún me faltan piezas en este puzle.

—Tina... Si él te importa, que sé que sí, no lo dejes marchar.

—Poco puedo hacer si él quiere irse. Si él no quiere implicarse.

—Veo que aún no te lo ha contado todo. ¿Qué sabes del poder de mi madre? ¿Qué sabes del hechizo que les confió?

—Lo siento, señora Blavastz, pero... No creo que pueda soportar más descubrimientos esta noche.

Me levanto y salgo del sótano a toda prisa.

Solo se me ocurre a un sitio al que deseo ir. Mi mente está aturdida y despejada a la vez, porque la verdad, que responde a muchas preguntas, ha caído sobre mí y ahora no sé qué hacer con ella.

Estoy a punto de tocar con los nudillos en la madera cuando la puerta se abre. Al otro lado, Kenji está vestido, aunque lleva el chaleco sin abrochar, la camisa mal abotonada y está despeinado.

Toma con decisión mi mano, esa que se ha quedado colgada en el aire y tira de mí. Pronto, estoy de nuevo en el dormitorio, a solas con él.

Alzo la cara y descubro que él me está mirando y que parece devastado.

—Estaba a punto de recorrer todo Budapest hasta encontrarte.

Siento que el corazón da un salto extraño. La emoción y la pena me envuelven. Sé quién es él, sé que me ha dicho muchas veces que tiene que alejarse de mí y ahora sé que la mujer del invernadero, la que tanto amó, está muerta.

—Creía que te quedarías aliviado al no volver a verme.

—Pues estabas equivocada. Casi me vuelvo loco al pensar que te había sucedido algo terrible.

Quiero decirle que lo sé todo. Que sé que Florence murió. Pero no digo

nada. Me limito a mirarle, a grabar en mi mente el recuerdo de su rostro. No el que se cuele en mis sueños, este, el rostro de Kenji mirándome a mí, en esta habitación de Budapest, la noche que hemos hecho el amor. La noche que el pasado ha quedado expuesto y el futuro se ha hecho añicos.

—Estoy aquí. Esta noche, estoy aquí, Kenji.

—Pero no lo estarás mañana. Al final, siempre te marchas.

Toma mi cara entre las manos y me besa. Hay desesperación, tristeza y desconsuelo en este beso que no tardo en devolverle. Un beso que sabe a despedida, que intenta luchar contra el destino, contra el tiempo, contra una realidad improbable.

Noto las manos de Kenji en mi espalda, estrechándome contra él. Mis brazos se enroscan alrededor de su cuello y pego mi cuerpo al suyo. Encajamos a la perfección, como si nos hubiesen modelado a la vez para luego separarnos. Pienso que tal vez a eso estamos destinados. A que nuestros cuerpos parezcan hechos el uno para el otro, en una sincronía mágica que trasciende los siglos, pero que no puede durar. En cuanto el pensamiento cala, me aprieto más contra él. El beso habla de dolor, de impotencia, de tristeza.

Sus manos, que me desnudan; las mías, que ansían de nuevo sentir su cuerpo sin ropa. Mis dedos, que recorren su piel. Me gustaría grabar en mi memoria estos momentos. Su calor, el sabor de su boca, la textura de su piel, los músculos, el relieve de las cicatrices y las líneas de vello. Mis dedos, que se cierran en torno a su longitud y le dan un placer que me encanta ver en su cara, en sus ojos.

Sé que estuvo con otras, que amó a Florence, pero también sé que, en estos momentos, solo somos él y yo.

Kenji me agarra por la cintura y me levanta para colocarme contra la pared sin dejar de besarme ni acariciarme. Digo su nombre, el mismo que le ha acompañado en sus dos vidas, y hay un momento en que me mira, con la respiración agitada, los labios enrojecidos y el pelo despeinado, en que me doy cuenta de que, aunque ya sentí esto por él una vez, no fue tan intenso como

ahora.

## 42. Pine ~ Lástima

No estoy orgullosa de lo que he hecho. Pero, a veces, situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Estoy en el avión de regreso a España. He dejado a Kenji dormido en la cama que hemos compartido en Budapest. Antes de cerrar la puerta, le he mirado por última vez. Su cuerpo, esbelto y musculoso, cubierto de cicatrices que antes no había apreciado, descansaba de medio lado, semicubierto por el edredón de rosas rojas.

Me he despedido sin palabras y he huido.

Entre las manos llevo *El lenguaje de las flores* porque se lo he robado.

No estoy orgullosa de lo que he hecho, pero pienso devolvérselo. Tengo un plan que espero que salga bien.

Y, luego, sé que se marchará. O tal vez... No pienses eso. Sabes que no podéis estar juntos, que te ha dicho mil veces que no va a quedarse. Lo de anoche no cambió nada, aunque lo cierto es que lo cambió todo. Cierro los ojos. El cansancio me puede.



### 43. Forgetmenot ~ No me olvides

*La propuesta matrimonial llegó a finales de diciembre, antes incluso de que comenzara la temporada. Desde la cena en la abadía, el duque de Carrington había tenido claro que deseaba que Florence fuera su esposa. Y así se lo hizo saber en la misiva que le había enviado a su hermano. William no se había sorprendido al recibirla, pero tampoco lo celebró con entusiasmo. John era un gran hombre, íntegro, disciplinado, maravilloso, pero ataría a Florence a una existencia corriente. ¿Y si su hermana deseaba otra cosa? Siempre había sido una niña imaginativa, diferente. Pese a que su madre se había empeñado en doblegarla, William había creído que ese espíritu rebelde nunca moriría. Florence nunca se conformaría.*

*Con esa idea, la hizo llamar a su despacho. Y le comunicó que John le había pedido su mano en matrimonio.*

*Florence se quedó muy quieta, como si no le hubiera escuchado. Cuando William fue a leerle la carta, por si no se había expresado bien y ella no le había comprendido, Florence le interrumpió.*

*—Tengo que pensarlo.*

*—De acuerdo. —Se levantó. Parecía aturdida—. Pero, Florence, no tienes que decir que sí. Piénsalo.*

*—Aunque no quiera, William, soy una mujer y mi futuro es limitado. Si algo aprendí en los meses en los que no tenía noticias tuyas es que mi libertad no existe. En realidad, no puedo elegir. Mi vida depende de un*

*hombre. De ti, de un primo lejano si tú falleces... O de un esposo. Y casi que prefiero la estabilidad que me da la última opción.*

*—Pero tú vales más que eso. Podrías elegir a alguien por amor, Florence.*

*Amor. Esa palabra que hería porque era un anhelo profundo y que ahora le provocaba lástima por sí misma.*

*Florence cerró los ojos y apretó los dientes.*

*—¿Tienes algo en contra de John? ¿Hay algo que sepas de él sobre lo que tengas que advertirme?*

*—No. No lo hay.*

*Florence asintió y abandonó el despacho de su hermano. Se sentía agobiada, le faltaba el aire. Salió de la mansión en dirección a la pradera. Deambuló un largo rato, perdida en sus pensamientos. Sabía lo que debía hacer. A lo largo de los últimos tres meses había desafiado las normas sociales y había pecado a ojos del Creador haciendo el amor cada noche con Kenji.*

*Le amaba. Sí, de eso no había duda. Pero el amor no estaba bien visto entre aquellos a los que Florence pertenecía.*

*Si se quedaba con él, perdía el futuro y ambos volverían a ser vulnerables. Quedarían a expensas de otras personas. Lo que sentía por él no era tan fuerte como para aguantar el ostracismo social o incluso el hambre. Y, además, no quería condenarle a eso.*

*Recogió un ramillete de nomeolvides azules, que salpicaban la zona oeste de la pradera.*

*Luego caminó hasta donde sabía que él entrenaba. Durante unos instantes, lo contempló. Cada día repetía los mismos ejercicios, lo que le mantenía fuerte y con el cuerpo repleto de esas líneas que ella había adorado.*

*Cuando él la descubrió, soltó las espadas y caminó hacia ella. Por un momento, los rayos de sol hirieron sus ojos y tuvo que entrecerrarlos para verle.*

*Le tendió el ramillete y le dijo:  
—Nomeolvides.*

## 44. Coronella ~ El éxito corona tus deseos

Cuando estoy en España llamo a Guille, que estaba preocupado por mi repentina desaparición. Le cuento que vengo de Budapest, que tengo el libro y que voy al notario. Sorprendido, me dice que está con Maca, que vendrán a recogerme.

El notario me recibe a pesar de que no tengo cita previa y creo que lo hace porque, después de irrumpir en su despacho, me ha mirado y se ha apiadado de mí. Sé que tengo un aspecto horrible. Estoy despeinada, ojerosa y con arrugas en la ropa que llevo puesta desde ayer. Solo tengo ganas de llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama. Después, ya lidiaré con lo que he descubierto. Y, sobre todo, con lo que siento por Kenji.

—Tengo el libro —digo, casi sin aliento. Deposito el ejemplar en la mesa, frente a él. Lo veo ajustarse las gafas antes de examinarlo. Como sabía, revisa las palabras escritas en la última página, las que hacen que sea una pieza única y específica.

—Parece el ejemplar correcto, señorita Martínez. Lo ha conseguido. Ha tenido éxito en su búsqueda. Enhorabuena.

Suelto un suspiro tan sonoro que me da hasta vergüenza. Me dejo caer en la silla porque me tiemblan las piernas. No estoy orgullosa de lo que he hecho, vuelvo a repetirme. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Regreso enseguida —me dice antes de salir del despacho por una puerta lateral.

Los minutos se alargan y yo no consigo tranquilizarme. Llamo a Guille para contarle que es el ejemplar correcto, que nuestra vida va a cambiar. No me lo coge.

—Aquí está. —El notario regresa con una maleta y la deja sobre la mesa. La reconozco. Era de mi tía Margarita. La guardaba encima del armario de su dormitorio—. Ábrala.

Todo mi cuerpo, desde las puntas de mis dedos hasta mi pelo, está sacudiéndose por el temblor. Aun así, logro abrir la maleta. Dentro hay bastantes cosas: ropa, joyas, papeles y el estuche de plata que había pertenecido a mi madre. No sé en qué momento mi tía lo recuperó después de que lo empeñáramos. Las manos se me van a esa pieza. Es pesada, la plata está bien conservada, sin arañazos ni raspaduras. Tiene una pestaña que permite abrirlo. Lo hago. Antes de empeñarlo ni siquiera lo miré. Bastante tenía con lidiar con la muerte de mis padres.

Dentro tiene lo que parecen dos fotografías antiguas grabadas en la misma plata.

—Son daguerrotipos —me dice el notario.

Asiento, pero no puedo dejar de mirar las imágenes. En una de ellas, posan dos personas, un hombre y una mujer. Él luce sombrero de copa y una casaca negra. El pelo demasiado despeinado parece fuera de lugar en una pose tan formal.

William.

A su lado, con un vestido negro en el que puedo apreciar hasta los detalles de la seda y de los encajes del cuello y de las mangas, hay una dama que me mira.

Lleva una pequeña rosa entre las manos. Pero no la reconozco por ese detalle, lo hago porque, como dijo Kenji: somos dos gotas de agua.

Florence.

Y entonces mis ojos se desplazan al otro daguerrotipo. También hay dos figuras. Pero veo al niño, un niño de algo más de tres años. Lo tiene en brazos

un hombre vestido con ropa tradicional japonesa, un *yukata* con un estampado de grullas que alzan el vuelo.

La vista se me emborrona por las lágrimas, pero, a pesar de eso, lo reconozco claramente. A pesar de que luce un poco más joven, es Kenji.

Kenji con el hijo de Florence, el único que al parecer sobrevivió aquel día porque no se hallaba en la mansión. El que heredó el marquesado de Ayrton.

—Señorita Martínez —la voz del notario me parece fuera de lugar, como lo único que me enlaza al presente—. Voy a leer el testamento.

—Pero mi hermano...

—No hace falta que esté aquí. Después de todo, su tía Margarita le ha dejado todo exclusivamente a usted.

—¿Qué?

Con su voz monótona, comienza a leer las últimas disposiciones de mi tía. Su herencia es cuantiosa, con pisos a lo largo de toda España, terrenos y dinero en varias cuentas bancarias.

La vida solucionada, el miedo que desaparece. La incertidumbre de no saber qué sucederá mañana, de cómo afrontar gastos imprevistos, de cómo sacar a Guille de su siguiente lío... Todo borrado con las palabras del notario.

—Hay una cosa más. Esta escritura. Su tía se empeñó en que usted la tuviera.

Me tiende unos papeles.

—Es de una propiedad en Lincolnshire. Ahora me temo que está abandonada. Pero le pertenece. Son unas cien hectáreas que incluyen un estanque y parte de un bosque. Además de la mansión y de un invernadero. Puede ver las fotos aquí. —Me tiende unas fotografías en las que veo la mansión que ha estado presente siempre en mis sueños, aunque mucho más deteriorada.

—¿Cómo ha conseguido esto mi tía?

—La respuesta a todo está en esta carta. Tome.

Agarro la misiva y comienzo a leer:

Querida Tina:

Si tienes esta carta en tu poder significa que has encontrado el libro y, con él, espero que hayas hallado respuestas. Desde niña, has sido distinta, con todos esos sueños que eran mucho más que eso. Tu madre se obsesionó por entenderte. Yo no le di importancia, hasta que tu madre falleció en el accidente y me llegó la llave que me conectaba a tu pasado y que el notario te entregará con esa misiva. Esta llave me llevó a descubrir cosas de nuestra familia y he dedicado los últimos años a recuperar lo que perteneció a los Ayrton. No he conseguido todo debido a mi enfermedad y me hubiera gustado que conservarais las piezas que tu madre consiguió. Si hubiera sabido lo que significaban, os habría ayudado para que no las empeñarais. Me disculpo de nuevo por haberos abandonado a vuestra suerte. Siempre os quise, pero no supe demostrarlo. Durante un tiempo, te consideré culpable de lo que le había pasado y no fue hasta que no descubrí la verdad que no pude perdonarte. Espero que tú también me perdones a mí. Espero haber enmendado mis errores con mi última voluntad. Una cosa más, Tina, regresa a la abadía, en Lincolnshire. Allí hay una caja de metal creada por el mismísimo Henry Brown para William, el marqués de Ayrton. Solo tú podrás abrirla y entregar su contenido al alma viajera que me imagino que ya has conocido. Solo espero que encontréis una manera de resolver el pasado para que podáis construir juntos un futuro. Te quiero.

No sé cómo sentirme. Ella lo sabía. Desde que mi madre murió, cuando yo tenía quince años, mi tía comenzó a indagar sobre las antigüedades con las que ella se había obsesionado y descubrió lo mismo que he descubierto yo a lo largo de los últimos días.

Y no me dijo nada. Es más, nos tiró de casa en cuanto yo cumplí los dieciocho, con algo de dinero en una cuenta y sin contar más que con un precario trabajo de camarera. El primero de muchos.

Luego, cuando Guille perdió ese dinero y fui a pedirle ayuda, me la negó.

Pensé que nos odiaba, que había detestado quedarse a nuestro cuidado y así fue. Me consideró culpable de la muerte de mis padres y, durante muchos años, nos dio de lado. En algún momento descubrió quién soy y todo cambió para ella. Y entonces urdió una trama para que, si queríamos su herencia, encontráramos el libro de las flores y a Kenji.

Siento que me duele el pecho, como si alguien me estuviera apretando el corazón desde dentro. Apenas puedo respirar. Todo lo que he descubierto amenaza con superarme.

El notario me habla, me da explicaciones sobre los siguientes pasos que vamos a dar para que la herencia se haga efectiva. Le escucho, o eso creo, porque me siento aturdida, sobrepasada.

Cuando mi hermano y Maca llegan, yo estoy sentada fuera, porque han cerrado la notaría. Tengo la maleta de mi tía sobre el regazo.

—Tina, ¿estás bien?

Alzo la cara hasta la voz que me habla. Veo a Guille, que se está agachando frente a mí. Se coloca de cuclillas y me mira, con esos ojos azules que a veces parecen grises. Me gustan sus pecas, su pelo inconformista, su nariz un poco respingona. A pesar de su irresponsabilidad, de todos sus líos, nunca he sentido rencor hacia él. Y lo ayudaría una y mil veces.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado? ¿Cómo que vienes de Budapest? Creía que ibas a dejar la tontería esa del libro. Que estamos tú y yo solos contra el mundo, Tina. Con dinero o sin él...

A medida que habla, se me van escapando las lágrimas.

Mi hermano se deja caer de rodillas frente a mí y me abraza.

—Lo siento, Tina —me dice—. No pasa nada. Por favor, no llores, que me partes el corazón.

No quiero llorar, pero estoy cansada. Tengo los sentimientos a flor de piel, emergiendo sin control, y sé que ya nada va a volver a ser lo mismo. Sé quién soy, sé por qué siempre he tenido esos sueños y sé quién es Kenji. Además, a pesar de que es algo que desafía toda lógica, sé que es cierto. Cuando reúna el



valor suficiente, se los contaré a Guille y a Maca.

Y cuando reúna aún mucho más, volveré a ver a Kenji y le devolveré el libro.

Señor Kimura

*Cuando abro los ojos, ella no está. Me he incorporado de golpe en la cama y lo primero que he notado ha sido su ausencia. Tina se ha ido. ¿Y qué esperaba? Después de lo que descubrió era cuestión de tiempo que huyera.*

*Al final, en esta vida o en la otra, siempre se marcha.*

*Desganado, camino hasta el balcón. Lo abro y salgo. Me recibe un clima frío, a pesar de que estamos en primavera. Budapest está despertando. Esta ciudad antigua, en la que me siento cómodo, porque me conecta con mi verdadero yo, ese que llevaba años escondido. Hasta anoche.*

*Le dije la verdad. Sabe quién soy. Sabe quién es ella.*

*No sé cuánto recuerda. Desconozco si recuerda nuestra última conversación en el invernadero. Yo sí que lo hago. Cada una de las palabras me ha perseguido todos estos años: que volvía a la temporada, a los bailes, a Londres... Que había aceptado la proposición de matrimonio de John. Que elegía a otro, que deseaba un futuro que yo no podía darle porque yo no tenía nada. Nada. Ni siquiera flores para ella.*

*Aún recuerdo cómo me destrozó, su manera de partirme el corazón, después de darme un ramillete de nomeolvides.*

*Puse distancia entre nosotros hasta que ella se marchó a Londres con la marquesa viuda, que la acompañaría en la temporada. William me permitió quedarme en la abadía para evitar la vida social de Londres y la boda, que fue el acontecimiento por excelencia de aquel 1879... Y, luego, William y yo viajamos durante años. La última vez que la vi fue en aquel baile.*

*Ahora sé que había un mensaje en aquel camafeo que pretendía entregarle a William aquella noche tan trágica. Ahora sé que el mensaje era para*

*decirme que la olvidara.*

*¿Qué habría pasado si hubiera recibido ese camafeo? Esa es la pregunta de la que necesito la respuesta.*

*Pero, primero, voy a conseguir el guardapelo.*

*Me meto en la ducha. Dejo que el agua se lleve las caricias de Tina. O eso pretendo. Pero sé que no es tan fácil. Sé que han atravesado la piel, que me ha marcado.*

*Me visto y salgo de la habitación. Anne Blavastz me está esperando. Un trato es un trato. Me da el guardapelo. Después de tantos años, estoy mucho más cerca. Aunque, antes de marcharme, su advertencia me pone los pelos de punta.*

*—Es una decisión de la que no podrás arrepentirte. ¿Estás dispuesto a perderla de nuevo?*

*Perderla de nuevo. Como si la hubiera tenido... ¡Como si esta maldición me hubiera perdonado por un tiempo! Casi he podido creérmelo esta noche, mientras estaba con ella. Pero la realidad se impone en cuanto recuerdo que todo lo que soy depende de mi honor. Y mi honor está ligado a una promesa.*

## 45. White Poplar ~ Tiempo

Se lo he contado a Guille y a Maca y no dicen nada. Casi preferiría que me gritaran que no puede ser, que me han engañado, que no tiene sentido. Pero están callados, mirando los daguerrotipos que contiene el estuche de plata.

Ante una evidencia así, poco se puede debatir.

Quisiera que hubiera otra explicación, pero no la hay. Guille y yo tuvimos otra vida hace más de cien años. Vestigios de esa vida nos han perseguido en forma de sueños desde que éramos pequeños. Guille trató de obviarlos, aunque siempre sintió que algo le faltaba.

Yo no los he negado, pero sentía que necesitaba una pieza para resolver el sentido de todo. Y esa pieza es Kenji.

Miro a Maca, que está muy seria. Levanta los ojos hacia mí.

—¿Estás sopesando huir? Lo entendería.

—No —me responde con una sonrisa—. Te olvidas de que había investigado al marqués de Ayrton. Sabía cómo murió su hermana. Sé que se quedó con su sobrino. En 1888 reapareció después de la muerte de Florence y se quedó al cargo del niño, que, hasta entonces, había estado interno en un colegio para aristócratas. Lo crío como si fuera su hijo.

—¿En 1888? Fue cuando conocieron a madame Blavastz. Cuando Kenji desapareció.

Al decir su nombre, recuerdo que lo dejé en Budapest, y que me llevé el libro.

—Cuando viajó en el tiempo —dice Maca, como si decirlo en voz alta le ayudara a asumirlo como verdad.

—Creo que intentó contármelo, pero... No podía asumir más cosas. Además, estuve con él.

—¿Qué quiere decir que estuviste con él? —pregunta mi hermano.

—Guille... ¿En serio te lo tiene que explicar? —Maca pone los ojos en blanco.

Mi hermano levanta la cara y me mira, sorprendido. Nunca solemos hablar de estas cosas. Es un pacto no hablado entre nosotros que hemos mantenido desde siempre. Sé que me sonrojo porque noto el calor en las mejillas y en las orejas.

—Bueno, se veía venir.

—¿En serio? ¿Tan evidente era? —pregunto.

Guille asiente.

—Por eso creo que deberías ir a devolverle el libro. Ya no lo necesitamos.

—No puedo. No puedo ir y decirle que me lo llevé. No, después de... Bueno, ya sabéis.

—Por eso mismo deberías ir. Sé valiente, Tina. Tienes miedo a enfrentarte a lo que sientes por él, no por el hecho de haberte llevado ese libro, cuando él te ha estado engañando desde el principio, sobre... Todas cosas, en verdad.

—Pero...

—Vístete y vamos a su casa. Seguro que ya ha regresado de Budapest.

Un rato después de habernos despedido de Maca, Guille y yo tocamos el timbre. Esmeralda nos abre y los dos subimos a su piso, al lugar donde empezó todo.

—¡Guille! ¡Tina! —Esmeralda nos recibe con un abrazo que nos sorprende—. ¡Menos mal! ¡Pasad! ¡Pasad!

El corazón se me acelera cuando pienso que voy a volver a verle, que tendré que explicarle lo que he hecho. Me da miedo enfrentarme a sus ojos, que saben ser inquisitivos, pero también dulces.

Estamos dentro, en el salón. Esmeralda se sienta en el sofá, junta las manos sobre el regazo y, cuando me mira, me parece que está más nerviosa que yo.

Me pongo alerta.

—¿Qué sucede?

—Se ha ido a Londres.

—¿Qué?

—Me ha llamado esta mañana. Tiene una tienda de antigüedades en Londres, desde hace mucho tiempo...

—Esme —la interrumpe mi hermano—. Lo sabemos todo. Quién es él.

Me mira, como esperando una confirmación. Me limito a asentir, porque no puedo hablar.

—Quiénes somos nosotros. Todo.

Esme se echa a llorar. Guille se sienta a su lado y la abraza, mientras que yo me quedo de pie, porque no puedo moverme. Me siento congelada de pies a cabeza.

—Entonces sabréis que se marcha para siempre, ¿no?

Su frase me activa, me descongela, hace que me mueva. Camino hasta ella.

—¿Para siempre?

Esmeralda alza el rostro, bañado por el llanto, y me mira.

—¿No se lo ha contado?

—¿El qué?

—Todo lo que Kenji lleva haciendo los últimos años, todo lo que ha reunido... Las piezas, el libro con el hechizo... Lo hace para volver con ella. Madame Blavastz era algo más que médium. Practicaba la brujería, era una *wicka*, manipulaba la energía y sabía que la unión de ciertos hechizos con flores y elementos que retuvieran la esencia de los seres vivos podían abrir ventanas al pasado. Y eso planearon aquella primera vez. Con el libro de las flores, el camafeo de Florence y una serie de plantas consiguieron abrir un portal. Pero algo en ese hechizo salió mal. Y Kenji viajó a otra época. A la nuestra. El resto de los días de su vida, William se dedicó a buscar la forma

de traer a su amigo de vuelta. Por eso, cuando averiguó el hechizo para regresar, lo dejó escrito en el libro de *El lenguaje de las flores* que nunca llegó a entregarle a su hermana. Además, le fue dejando pistas, con la esperanza de que su amigo, estuviera donde estuviera, fuera capaz de llegar a ellas.

—Espere... —consigo decir—. Espere un minuto.

Tengo que luchar contra un sentimiento turbio, que me ahoga, que trata de tirar de mí y hundirme. Dolor. Rabia. Miedo. No sé identificarlo. Pero puedo medir su tamaño. Es inmenso y duele, se me clava, se retuerce.

Guille me está mirando con tal compasión que me preguntó qué cara tengo.

—Kenji me ha dicho que ha conseguido el guardapelo. Si encuentra la llave, se irá.

—¿La llave? La tenemos nosotros. Igual que el libro. Tina se lo robó.

—Bueno, no fue exactamente un robo —aclaró.

—¡No se lo devuelvas! —me suplica—. ¡Y, por favor, no le entreguéis esa llave! Conozco a Kenji desde hace años. Mi familia siempre ha trabajado para los Ayrton. Desde mi tatarabuelo Charles, que fue mayordomo jefe. Y siempre, generación tras generación, recibíamos una carta firmada por el marqués de Ayrton. En ella nos pedía que, si alguna vez encontrábamos a alguien llamado Kenji Kimura, que le ayudásemos. Además de esa carta, poseíamos algunas antigüedades que teníamos que conservar. Por si él las buscaba. No todos mis antepasados cumplieron esa promesa y vendieron las piezas, que se desperdigaron y fueron cambiando de manos. Pero Kenji supo rastrear su origen y llegó hasta mí. Desde entonces, he permanecido a su lado, esperando que cambiara de idea.

—Pero, ¿cómo es posible que algunas joyas o antigüedades puedan servir para viajar en el tiempo? —pregunta Guille.

—Por la energía que los humanos dejamos en ellas. A pesar de que sabemos que la vida es efímera, nos aferramos a los bienes materiales. Todo lo que sentimos queda atrapado en piezas que marcan nuestros momentos especiales:

los anillos con los que nos prometemos amor eterno, los cuadros o fotografías en las que retratamos a nuestros seres queridos... Así que imagínate la energía que retiene un guardapelo con el cabello de una persona que murió de forma tan trágica. Kenji quería el camafeo porque Florence murió llevándolo. Pero luego descubrió que la clave está en el guardapelo. Al parecer, William le dejó pistas en el último cuaderno, el que consiguió en París.

—Pero, ¿cómo va a hacerlo?

—Los detalles no me los confió. Pero él ya sabe cómo regresar. Quiere volver a la noche en que mataron a Florence, para impedirlo. Solo sé que necesita la llave y el libro. Si no los tiene, no puede irse. Por favor, Tina... Sé que se ha enamorado de ti. Lo sé porque he llegado a conocerle bien. A pesar de que es un hombre reservado, por ti ha dejado caer las barreras con las que se protegía.

¿Acaso no he hecho yo lo mismo? Me he quitado la coraza, he abandonado miedos y he saltado al vacío por él. Toda la vida contenida, como si hubiera estado metida en una bola de cristal esperando a que un terremoto la sacudiera.

Kenji, que ha venido para volver mi mundo del revés, para descubrir que mi cuerpo puede sentir y estremecerse de una manera que desconocía; y que ha hecho que mi corazón sepa lo que es el amor. Porque ahora sé que las relaciones anteriores tienen otros nombres, otras clasificaciones, pero ninguna ha sido tan intensa y real como la que Kenji y yo hemos vivido en tan poco tiempo.

Porque también sé que esto que siento no se limita a estos días que hemos compartido. Sé que viene de lejos, de aquella vida en la que compartimos pasión en un invernadero. Tal vez él no me ama a mí, tal vez ama el recuerdo de ella, a la que tanto me parezco.

Por eso, no puedo impedir que se marche a salvarla. No puedo impedir que vuelva con ella, porque no me parece justo. Si se queda, quiero que sea porque me elige a mí, porque me ama a mí. A esta Tina, la chica del siglo XXI,

con mis defectos y mis virtudes.

—Lo siento, Esme. Pero si él quiere irse, si él ha tomado una decisión, no puedo impedirlo.

—Pero, por favor, al menos, dígame lo que siente. Porque él tiene que saberlo. Aún tiene tiempo.



## 46. Lily of the Valley ~ Regreso de la felicidad

Dejamos la moto en el camino de acceso y llegamos a pie. La verja que cierra el terreno es imponente o lo fue, en otra época, porque ahora está desvencijada, tomada por la maleza y el óxido. La puerta está abierta. No tardamos en ver la abadía. Reprimo una exclamación de sorpresa. En un mar de vegetación frondosa se erige la mansión, con muros medio derruidos o cubiertos de enredaderas y ramas que se adentran hasta el interior.

La he visto mil veces en mis sueños. Y por fin estoy aquí. *Aquí*. En el que fue el refugio de Florence, el lugar donde se enamoró de Kenji.

Como yo. Ambas acabamos enamoradas de la misma persona.

Siento esos lazos que nos conectan, como hilos que tejen nuestra historia. La que sucedió hace ciento cuarenta años y la que ha pasado entre Kenji y yo y que ha acabado en Budapest.

Guille me tiende la mano para que avance, porque, al parecer, me he quedado quieta.

La puerta principal está atrancada, pero localizamos una ventana por la que colarnos. El interior huele a polvo, a humedad. La vegetación lo domina todo, se adueña de las habitaciones y del suelo y crece entre los escombros. Nos cuesta avanzar y tenemos que ir mirando donde ponemos los pies para no tropezar y caernos.

Las habitaciones debieron ser magníficas en su tiempo. Puedo apreciarlo en el papel pintado que aún se conserva en algunas zonas, en las chimeneas que, a

pesar de estar cubiertas de escombros, están presentes en varias estancias; en los techos altos, los que aún no se han derrumbado por la acción de la humedad.

Hay un silencio pesado, denso, que lo cubre todo.

Salgo de aquí. Busco a Guille, al que he perdido de vista. Pronto lo localizo en una sala contigua, también en la primera planta. En cuanto entro, lo recuerdo por uno de mis sueños. Es el despacho de William.

—No sé por qué mis pies me han traído hasta aquí. Ha sido un impulso — me dice mi hermano.

—Este era el despacho del marqués.

Es la habitación que está mejor conservada: las paredes con un papel adamascado, el techo elevado del que cuelgan los restos de lo que fue una lámpara y las grandes cristaleras que dan al invernadero, que se mantiene en pie, como una estructura de metal cubierta de vegetación, que ha acusado mucho más el paso de los años. Guille da unas cuantas vueltas, mirándolo todo. Se acerca a una de las paredes laterales.

—Aquí había algo. Una caja de acero. Soñaba con este sitio. Desde niño. Con esta habitación. —Acaricia la pared con delicadeza, pasando los dedos por la superficie en la que ha crecido hiedra de un tono verde oscuro.

—¿Y por qué no me dijiste nada? Yo te lo contaba...

—Pensaba que me encerrarían —confiesa—. Se lo conté a mamá poco antes del viaje a Tokio. Luego me sentí tan culpable de sus muertes que intenté olvidarlo. Y, durante un tiempo, los sueños cesaron. O eran muy esporádicos. Hasta que él me sacó del maletero del coche. Hasta que me salvó de Cristoff y fue como si hubiera presionado un interruptor en mi cabeza. Los sueños han vuelto a repetirse, como si le diera al *play* de una película. Una y otra vez... Y por eso sé que aquí estaba la caja de acero... La que se abre con la llave que tenía la tía.

—¿Y dónde puede estar esa caja?

—Seguro que la tiene tu Kenji —me dice y me duele el uso que hace del

posesivo, pero no digo nada, solo trago saliva y con ella, la tristeza que me provoca—. Pero no puede abrirla. Y a lo mejor... así debe ser.

—¿Qué dices? —suelto, porque creo que no lo he escuchado bien. No puede haber dicho lo que creo que acaba de sugerir.

—Que, si quieres estar con él, en esta vida, tira esa maldita llave a algún río. Como Esmeralda pidió.

—Guille, eso no está bien —contesto con premura.

—Tina... —Mi hermano camina hacia mí y se detiene cerca, tanto como para acariciar mi pelo y colocar un mechón detrás de mi oreja. Sonríe al hacerlo, y puedo ver en sus ojos la cautela con las que mide las palabras—. Tú siempre mirando por los demás. Has cuidado de mí cuando no tenías edad para hacerlo. Y ahora, que has encontrado a alguien del que te has enamorado, vas a darle la llave que lo va a alejar de ti.

—No sería justo engañarle para que se quede. No podría vivir con eso.

Me quedo callada. Noto la mirada de mi hermano sobre mí y, durante un momento, no me atrevo a devolvérsela porque quiero aparentar una fortaleza que no tengo.

—Entonces ¿vas a ir a verle... para despedirte?

—Ya sabes que siempre he creído en el «amor fati». Incluso cuando nos pasaba algo malo, siempre nos sobreponíamos. Siempre veíamos lo bello. También lo haré ahora. Puedo ser feliz sin él. Puedo ser feliz de ahora en adelante.

—¿Me lo dices a mí o te lo estás diciendo a ti misma para convencerte?

Esbozo una sonrisa que es demasiado triste. Sé que a mi hermano no puedo engañarle. Nunca he podido. Sus ojos son cálidos y pueden ver en mi interior y acariciarme a la vez, consolarme sin palabras y animarme para que no tenga miedo.

—¿Me vas a llevar a Londres?

Guille suspira y suena como un reflejo de mi propia tristeza, esa que trato de ocultar a toda costa.

—Claro, pequeñaja.

## 47. Butterfly weed ~ Déjame ir

Hemos descubierto que esta tienda de antigüedades, situada en James Street, está abierta desde hace seis años, aunque, por lo que Esmeralda nos ha comentado, está a nombre de Kenji Kimura desde hace más de un siglo. Al parecer, desde que comenzó a vender y a comprar antigüedades, se estableció en este punto, cerca de la casa de subastas de Christie's y del Ritz, donde se hospeda a menudo.

Es un lugar pequeño, con cristalerías que cubren el frontal y que nos permiten ver que Kenji está detrás del mostrador. Lleva un abrigo marrón y parece atareado empaquetando cosas.

Miro a mi hermano, que tiene las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta verde.

—¿Estás segura?

—Sí. Enseguida vuelvo.

No sé de dónde estoy sacando toda esta fortaleza, pero la tengo, me envuelve y me conduce hasta el interior de la tienda. Suena una campanilla cuando cruzo el umbral. A pesar de que tengo los ojos fijos en él, esforzándome por retener cada recuerdo de Kenji, percibo el olor de este lugar: vainilla, cuero, madera y romero.

—Está cerrado. Lo siento —dice, sin mirar hacia mí.

—Porque te vas, ¿no?

Reconoce mi voz y me mira. Luego dice mi nombre y me duele que lo haga.

Hemos llegado a un punto en que cada palabra puede ser la última. Sale de detrás del mostrador y se me acerca. Mi corazón se alza y quiere aletear, pero yo me obligo a mantener sus alas plegadas.

No sientas nada. Sé fría. Sé cruel para que puedas seguir adelante después de esta conversación.

—Sabías que me iba.

—Pero no a dónde. Mejor dicho: a cuándo.

—¿Cómo lo sabes?

—Esmeralda. Cuando fui a devolvete... esto. —Saco el libro del bolso. No sé si se da cuenta de lo mucho que me tiemblan las manos.

—¿Te lo llevaste? —La sorpresa transforma su cara y sus ojos.

—Sí. —Se lo estoy tendiendo y no lo coge. Quiero que lo haga, que me lo arrebate, pero está dudando—. Con toda la intención de devolvértelo. De verte otra vez.

Toma el ejemplar y se aparta de mí, poniendo una distancia que me duele en el alma. Lo deja sobre el mostrador y lo veo apoyar las manos en la madera, con el cuerpo inclinado, lleno de tensión.

Tengo que vencer las ganas de avanzar y abrazarle. Se da la vuelta y vuelve a mirarme. De repente, la tienda de antigüedades parece desvanecerse. Siento sus ojos como si pudieran acariciarme. Me da miedo perderme en lo que me hace sentir y olvidar que estoy dolida, que he venido hasta aquí, a Londres, para decirle... No lo sé.

—¿Por qué has venido? —pregunta como si pudiera leer mi mente—. ¿A devolverme esto? ¿O a algo más?

—No. —miento. La mentira sale fácil, como un acto reflejo, un gato que salta al verse acorralado—. Solo a devolvete lo que me llevé. Ya no lo necesito de todos modos.

—¿Sabes? —Una pequeña sonrisa triste le baila en los labios—. Casi creía que vendrías a pedirme que no me vaya.

La idea se me pasa por la cabeza con la rapidez de un rayo, hiriéndome del

mismo modo.

—¿Por qué haría algo así? —replico.

Kenji se aproxima, pese a mis muchos deseos de que no lo haga, pese a mis devastadoras ganas de que sí.

Sus manos encuentran mi rostro. Noto las yemas de sus dedos tocando mi piel, esparciendo fuego. Me quema cuando me toca y puede ser la última vez que lo haga. La idea me entristece más de lo que quiero admitir. ¿Y si ya no siento esto nunca más?

Me echo para atrás. Quiero huir, quiero romperle el corazón, quiero herirle.

—¿Por qué no me lo contaste la otra noche en Budapest?

—¿Hubieras querido que lo hiciera después de lo que tuvimos?

Sí, no, sí, no, en un bucle infinito.

—Solo dime por qué tienes que hacerlo y por qué no puedes quedarte. —Me callo y no añado *conmigo*.

—Hice una promesa a William. Cuando Kiva mató a Florence y empezamos a buscar la manera de hablar con ella, le prometí que lo conseguiría. El honor lo es todo para mí.

—¿El honor por encima de otro futuro?

Mis palabras le devastan. Lo veo en su cara, en sus ojos.

—Entonces pídemelo, Tina. Si lo deseas tanto como... —Cierra los ojos y me fijo en los músculos de su rostro. Se endurecen por todo lo que está conteniendo, por lo que no hace ni dice.

—No puedo —se me quiebra la voz al pronunciar esa frase—. Nunca te obligaría a que me eligieras por encima de tu honor, sabiendo lo que significa para ti. Sabiendo quién eres en realidad.

—¿Por qué?

El corazón me late tan rápido que parece que intenta liberarse de la prisión que forman mis costillas.

Este es el momento, comprendo. Por eso he venido.

Las últimas palabras, la despedida.

—Porque el amor no es obligar. Es decisión. Y tienes que elegirme, Kenji.

Señor Kimura

*Sus palabras son como el golpe de un sable. Se han abierto paso a través de la carne y de los huesos y han atravesado mi corazón.*

*Ella, que en el pasado eligió a otro. En esta vida, en este futuro que brilla y desconcierta a la vez, me está pidiendo que la elija.*

*Su alma en diferentes cuerpos. Y aquí estamos otra vez, frente a frente, en diferentes circunstancias. Aunque separados por una promesa.*

*No sé qué decir. No puedo pensar con claridad. En mi interior se arremolinan las palabras y forman un caos. Tengo que apretar los labios para que no escape, para que no me cubra y me arrastre como un maremoto y me ahogue en él.*

*Me cuesta respirar. Me cuesta mantenerme a flote.*

*—¿Qué? ¿Qué me estás diciendo?*

*Ella aparta la mirada. Tarda unos segundos en volver a mirarme.*

*—No sé por qué no te elegí en aquella vida, Kenji. Pero lo que sé es que, en esta, te quiero. Sé que es improbable. Irracional... Pero no puedo evitarlo. Te quiero. Y, por eso mismo, no puedo pedirte que rompas esa promesa, aunque sueñe con tu nombre.*

*Camina hasta mí. Las luces de la tienda caen sobre su pelo, del color de las flores silvestres con las que me dijo adiós en su otra vida. Comprendo que siento lo mismo, que la quiero. A ella, solo a ella. Tina, Tina, Tina. Porque, pese a tener la misma alma, hay miles de matices diferentes en ella. La piel, los tatuajes, el cabello, la forma de hablar... La vida que ha tenido y que la ha convertido en una criatura única, deslumbrante, fuerte, independiente, más de lo que Florence nunca fue.*

*Tina se pone de puntillas y me besa en la boca. Es la última vez que lo hace, lo sé, lo sabe, ambos lo demostramos cuando nuestros labios se tocan.*



*Me mira. Y es en ese momento cuando me doy cuenta de que tiene su mano en el bolsillo de mi chaqueta. Lo está abriendo. Con su otra mano, deja caer una llave en su interior.*

*La llave que buscaba. La que abre la caja de acero de William.*

*—Adiós, Kenji.*

*—Adiós, Tina.*

*La miro esperando que se gire, que me lo pida. Porque, desde que la vi bajo la lluvia, cuando su rostro familiar hizo latir mi corazón de nuevo y, a la vez, de una forma distinta, he deseado ser capaz de romper la promesa que nos separaba.*

Salgo. Londres me recibe con su bullicio, con sus viandantes ajetreados que tengo que esquivar, porque el dolor que siento está oprimiendo mi pecho. Se va, se va, se va. Le he pedido que me elija, le he dicho que le quiero y también le he dado lo que necesita para regresar a esta misma ciudad, pero la de hace ciento treinta años.

—¿Qué ha pasado?

—Ya tiene lo que le faltaba. Dice que se va porque le hizo una promesa a William. —Tengo que tragarme las ganas de llorar. Alzo el rostro como si así pudiera parecer más fuerte de lo que me siento en este momento.

Mi hermano pestañea. Luego, como si una nueva determinación fluyera a través de sus venas, besa mi frente y me dice:

—Ve a esa cafetería y tómate algo. Voy enseguida.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo dame unos minutos. Te prometo que no voy a hacer nada malo. — Me suelta de la mano y cruza la calle hacia la tienda de Kenji. Me cuesta darme la vuelta y orientarme para llegar a la cafetería.

Me cuesta pensar con claridad. Por eso, dejo que el nudo que me atenaza se deshaga en forma de lágrimas. Lloré aquel día, cuando nos encontramos

fortuitamente bajo la lluvia. Lloro ahora, después de nuestra despedida.

## 48. Iris ~ Mensaje

Señor Kimura

*La llave. La llave que tanto he buscado desde que hace años llegué a la abadía, siguiendo el impulso de volver y enfrentándome al miedo que me daba hacerlo. Cuando descubrí que estaba abandonada, semiderruida en ciertas zonas, porque por alguna extraña maldición del destino, en todas las generaciones de los Ayrton ha habido alguien capaz de perderlo todo. Encontré la caja de acero oculta detrás de unos tablones en la pared del despacho de William. La vegetación y el óxido se habían cebado con ella, envolviéndola, ocultándola, como si pretendieran guardar sus secretos para siempre.*

*Intenté abrirla, pero comprendí que era imposible hacerlo sin la llave. Que ahora, por fin, tengo entre las manos.*

*Había pensado que lo celebraría, pero lo que me ha invadido ha sido una tristeza profunda. La puerta vuelve a abrirse y giro la cara esperando verla, con el único pensamiento de que sea Tina y que me pida que me quede con ella, porque lo deseo tanto... Después de tantos años en los que me creía centrado, guiado hasta un propósito, una muchacha de pelo azul y tatuajes lo ha sacudido todo.*

*Pero no es ella. Por un momento, casi me parece ver a William. El abrigo verde que lleva Guille, con cierto aire vintage, y su cabello rubio despeinado me recuerdan tanto a él, a mi amigo, que me duele.*

*—Tina me ha dicho que te vas definitivamente.*

—Sí, así es —la voz que me sale es ronca, aunque no sé ni cómo consigo hablar.

—Voy a decirte una cosa. La noche que me salvaste la vida tuve un sueño. Hacía años que no los tenía, pero esa noche, volvieron. Te vi a ti, en el invernadero, llorando en silencio. Ahora sé que era un recuerdo. De uno de aquellos días después de la boda de Florence. ¿Lo recuerdas?

Asiento mecánicamente. Claro que lo recuerdo.

—Entré, te sorprendí llorando y no me dijiste nada. Preparabas una composición floral con rosas y unos ejemplares de *Lathyrus odoratus*, una flor que se usa para hablar de despedidas. Tan herido entonces... ¿Por qué ahora que tienes una segunda oportunidad la dejas marchar?

—No depende solo de mí. Hice una promesa.

—Mira, Kenji, yo no sé cómo sería el tal William, pero sé cómo soy yo. Sé que te liberaría de cualquier promesa que te alejara de alguien a la que amas. Pero, como he dicho, yo no soy él... Si decides abandonarnos en esta vida, Kenji, buena suerte en tu viaje.

Y, al irse, hace un gesto con la cabeza, inclinándola levemente. El cabello le cae sobre el ojo izquierdo y sonríe de medio lado.

—Adiós, *Shin'ainaru Yūjin*. Adiós, querido amigo. Así es como se dice en japonés, ¿verdad?

No sé si asiento o si no.

—Si al final no te marchas, Esmeralda tiene mi número.

Han pasado dos horas desde que se ha marchado.

Dos horas en las que he permanecido en la trastienda, sentado en el suelo, junto a la caja de acero. He colgado el cartel de cerrado. Sé que Esmeralda se encargará de todo. Aun así... No puedo moverme. Llevo dos horas aquí, navegando en un mar de dudas. A veces me ahogo, a veces saco la cabeza y puedo respirar y miro la caja, como un salvavidas. Otras veces

*me parece un ancla que me arroja a las profundidades.*

*Tengo que abrirla, me digo a mí mismo. Saco la llave del bolsillo y la meto en la cerradura. Respiro hondo y la giro. Escucho cómo los pestillos interiores se mueven. Levanto la tapa. Asomo la cabeza. No hay nada en su interior. Nada. Siento la ansiedad y el alivio que me invaden y luchan como dos fuerzas antagónicas desatadas dentro de mí. Respiro hondo para tranquilizarme. Hundo las manos en el interior de la caja. Noto con las yemas el terciopelo rojo que forra el fondo. A un lado, hay una pestaña. Tiro de ella y aparece un pequeño compartimento. Dentro hay un sobre con el lacre de los Ayrton.*

*Lo desgarro con rapidez y saco la carta. Sé que es la letra de William, aunque los trazos están más diluidos y en algunas partes, temblorosos.*

*Querido Yūjin:*

*No sé si tiene sentido esta carta. Al igual que no sé si tienen sentido las pistas que te he ido dejando para que llegues hasta este punto. A estas alturas de mi vida, tengo cincuenta y tres años y estoy enfermo. Abandono la abadía para viajar a París, donde espero morir y ser enterrado. Esta es mi última carta, ya que casi no puedo escribir.*

*En primer lugar, quería pedirte disculpas. Sé que perdí la cabeza después de la muerte de mi hermana. Sé que te hice sentir culpable. Lo lamento. El dolor me cegó. Te arrastré conmigo. Te llevé hasta madame Blavastz y entonces te perdí a ti también. Durante años, busqué la manera de traerte de vuelta, sin saber que la pieza que buscábamos era el guardapelo. Luego, me tuve que quedar al cuidado de mi sobrino. Y eso me dio un nuevo propósito para vivir. Lo he criado como si fuera mi hijo. Es un hombre espléndido, inteligente y me temo que ha heredado mi corazón aventurero, ese que no puede saciarse con una vida ordenada y tranquila. Él me acompañará a París en este, mi último viaje.*

*Los años sin ti, querido amigo, me han tratado bien. He sido feliz cuando supe perdonarme a mí mismo, cuando comprendí que todo lo que*

*sucedió aquella fatídica noche fue consecuencia de que yo hubiera sobrevivido en Japón. A veces, hay cosas que escapan a nuestro control. Y así es como debe ser. Tratamos de desafiar al tiempo, al destino. Y lo único que conseguimos es que ella siguiera muerta y tú desaparecieras sin dejar rastro. He pensado mucho en eso a lo largo de los últimos años. Tal vez, estés disfrutando de otra vida. Tal vez, nos hayamos encontrado de nuevo. De verdad que lo espero, amigo mío. Así como deseo de todo corazón que, si en esa vida has encontrado a alguien que te hace feliz, haz todo lo que esté en tu mano para estar con ella. No la pierdas. Te he dejado la lista de los ingredientes y las cantidades que necesitas para llevar a cabo el hechizo por si quieres regresar conmigo. Sabes cómo hacerlo. Aun así, te libero de la promesa que me hiciste, Yūjin. Si quieres regresar, hazlo. Si no quieres, no lo hagas. Elige, Kenji. Al final, la vida se resume en las elecciones que tomamos. Elegiste salvarme en Japón. Elegiste vivir. Elegiste viajar conmigo a pesar de que te sentías desarraigado y solo. Aquella noche, elegiste luchar contra Kiva y eso me salvó de nuevo. Y, luego, elegiste seguirme hasta las últimas consecuencias.*

*Así que, ahora, elige de nuevo. Elige con tu corazón. Ese que te ha guiado en todas tus decisiones desde que nos conocimos.*

*Un abrazo final de tu querido amigo.*

*William*

*Releo la carta. Le doy la vuelta. Hay una lista con los ingredientes que necesito y sé que puedo conseguirlos con facilidad.*

*Elecciones. Elecciones. Parece que mi vida no ha sido más que eso.*

## 49. Tulip, red ~ Declaración de amor

—¿Seguro que le estás tapando bien los ojos, Guille? —Escucho a Maca detrás de mí. Mi hermano se ríe.

—Chicos, en serio, ¿qué hacéis? —Tengo los ojos cubiertos por las palmas de las manos de mi hermano y están llevándome desde hace un rato por la calle sin que yo pueda ver nada. Me he tropezado un par de veces y lo único que sé es que estamos en Castellón, después de haber finiquitado los últimos detalles de la herencia de mi tía.

—Ya estamos. Para, para. —Mi hermano sigue riéndose y casi me contagia su alegría—. Venga, a la de tres. Uno, dos, ¡tres!

Me aparta las manos y puedo ver que estamos frente a un pequeño local en el casco antiguo.

—Ábrelo, Maca, corre —dice Guille.

—Voy, voy. —Maca saca una llave del bolso y sube la persiana. Luego, abre una puerta de cristal. Es una pequeña cafetería.

—Tú primero. —Mi hermano me hace un gesto con la mano, invitándome a entrar. Una vez en el interior me doy cuenta de que huele un poco a polvo, pero aun así, el espacio está limpio y bien cuidado. Las mesas están apiladas unas sobre otras en una esquina y las sillas forman una torre de algo más de un metro. Al fondo del todo hay una barra y una escalera de caracol que parece subir al piso superior. Después de contemplarlo todo, me giro hacia mis acompañantes.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos aquí?

—Sé que siempre has querido tener tu propia cafetería.

—Así es.

—Pues *voilà!* —dice Guille extendiendo los brazos—. Esta es tuya. La tía Margarita tenía este local. Lleva cerrado unos meses porque se jubilaron los que lo regentaban. Puedes abrirlo tú.

Miro a mi hermano, luego a Maca. Sé por qué están haciendo esto. Pese a que no nos hace falta trabajar después de haber recibido la herencia completa, saben que necesito mantener la cabeza entretenida después de todo lo que hemos vivido últimamente.

Noto cómo se me forma la sonrisa en la cara.

—Pues me parece que habéis tenido una gran idea.

—¡Lo sabía! —exclama mi hermano alzando los brazos—. ¿Y qué te parece que sea tu socio empresarial?

Pongo los ojos en blanco. Por suerte para mí, no tengo que decirle nada porque se me adelanta Maca, que se cuelga de su brazo y le dice:

—¡Nada de negocios, señor Martínez! ¡Ni con tu hermana!

Me echo a reír, pero noto la risa artificial, ficticia. Me digo que poco a poco. Me cuesta asumir que nuestra vida ha cambiado de esta manera. Y sí, tienen razón. Tengo que buscarme algo con lo que tener la cabeza entretenida. Un propósito hasta que pase el tiempo y las piezas se vayan ajustando.

Seguro que algún día me sentiré mejor. La nueva herida, provocada al descubrir quién soy o quién fui, aumentada por Kenji y su ausencia, se curará. Volveré a cubrirla con una mezcla de resina y oro, como si de una antigua pieza de cerámica se tratara. Y la cicatriz contará mi historia. Me hará más fuerte. Ya no quedará ni una parte de mí que no se haya roto, pero eso solo me volverá más resistente.

Se me escapa un suspiro que no pasa desapercibido para Guille, que me mira con una compasión que odio. Por eso, me esfuerzo en sonreír y le digo:

—¿No has dicho que querías pizza? ¿Por qué no traéis unas y cenamos aquí



y así pensamos cómo podemos decorarlo?

—Buena idea. Vamos, Maca. Me apetece una carbonara. —El rugido de un trueno sobresalta a mi hermano—. ¡Uf! ¡Vamos a darnos prisa!

De la mano, abandonan el local. Me gusta verlos juntos. Están enamorados y veo que mi hermano siempre se está riendo, ella le idolatra, pero, a la vez, lo mantiene apartado de sus ideas alocadas. En cuanto me encuentro a solas, me doy una vuelta por el local. Es diáfano y tiene bastantes posibilidades.

Sé cómo voy a llamar la cafetería. Subo las escaleras de caracol. La planta de arriba, con grandes cristalerías, es más espaciosa de lo que creía.

Pronto, la lluvia comienza a caer y golpea las ventanas con intensidad.

Me pongo triste. ¿Cuándo pasará todo este dolor? ¿Cuándo se volverá un recuerdo difuso de lo que pude tener y no tuve? ¿Cuándo lo asimilaré y pasaré página?

¿Cuándo dejará de recordarme a él la lluvia?

Desciendo y me meto detrás de la barra. Descubro que hay cámaras y electrodomésticos en buen estado. Suena mi móvil. Es un mensaje de Guille. Tardarán unos quince minutos. Respondo y alzo la cara. Fuera, en la calle, hay alguien de pie, mirándome. Lleva un paraguas negro.

No, no puede ser. Mi cuerpo no me obedece, mi cabeza tampoco.

Pero, cuando se aparta el paraguas y lo deja en el suelo, lo veo.

Se me corta la respiración. Mis pies se mueven. Camino hacia él, sin saber si esto es otro sueño. Cuando la lluvia cae sobre mí, descarto la idea.

Kenji. Kenji está de pie, a unos metros. Mientras avanzo, me fijo en que lleva un traje azul oscuro que se está empapando. Entre las manos, lleva un tulipán rojo.

Me detengo cuando apenas nos separa un metro.

—¿Qué haces aquí?

Me tiende la flor. Le tiembla la mano.

—He elegido. Te quiero, Tina. En *esta* vida.

No sé qué decir. Miro el tulipán que me tiende, luego a él, que está

expectante, con el pelo mojado cayéndole sobre la frente.

Me agacho a recoger el paraguas que ha dejado caer y lo alzo. Doy un par de pasos más y me acerco hasta que ambos quedamos resguardados de la lluvia.

—¿Cómo me has encontrado?

—Guille le dio su teléfono a Esme. Los dos me han ayudado.

—Pero... La promesa que hiciste... ¿Qué ha pasado?

—William me liberó de ella en una carta que había en la caja de acero. Sus palabras me hicieron pensar. Merecemos esta segunda oportunidad, Tina. Si tú estás dispuesta a dármela, por supuesto.

Tomo el tulipán. Lo miro unos instantes, contemplando los pétalos. Luego, sonrío.

—¿Qué significa un tulipán rojo?

—Declaración de amor. Porque te quiero a ti, Tina, a la chica del pelo azul y los tatuajes, a la que siempre encuentro bajo la lluvia. Que es valiente, fuerte y nunca ha perdido la ilusión. La chica capaz de recorrer el mundo para conseguir un libro solo para salvar de nuevo a su hermano. La chica de la que supe que me enamoraría desde que la vi por primera vez en esta vida.

—*Koi No Yokan*. Creo que sé de qué me hablas.

Él asiente y esboza una sonrisa radiante que le marca los hoyuelos de las mejillas. Me pongo de puntillas y le beso en los labios. Él me lo devuelve y nos besamos con lentitud, saboreándonos, porque ahora tenemos tiempo. Todo el que queramos en esta vida.

Y quién sabe si quizá en las siguientes. Lo único que tengo claro es que siempre soñaré con su nombre.

Fin

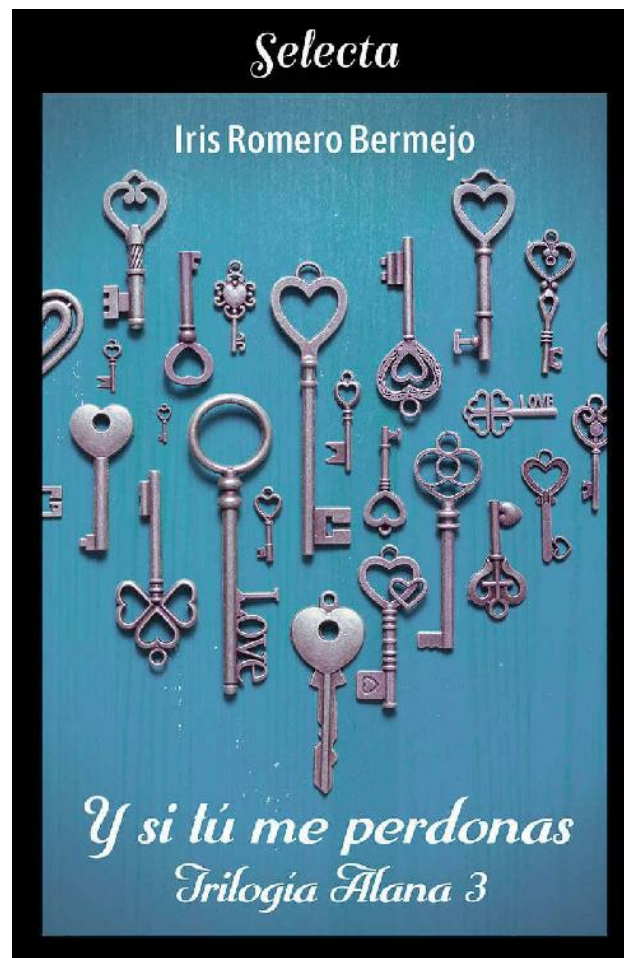
Si te ha gustado

*Aunque sueñe con tu nombre*

te recomendamos comenzar a leer

*Y si tú me perdonas*

de *Iris Romero Bermejo*



## Prólogo

### Madrid, hace veintitantos años

El timbre suena, y los niños empiezan a ponerse en fila para salir de clase. Roberto, uno de los más malos, me tira de las coletas y me empuja hasta que consigue que sea la última de la fila.

Aprieto los labios y tiro de las asas rosas de mi mochila para que no se me caiga. Salgo por la puerta y busco a mamá entre toda la gente. Me pongo de puntillas mientras Susana, mi profe, me sujeta por el hombro para que no me mueva.

—Espera, Alana, vamos a ver dónde está tu madre.

Como casi todos los días, me lleva de vuelta a la clase y me dice que me siente en el pupitre a esperar. Cojo los lápices de colores y mi cuadernillo y me pongo a pintar enfadada. Siempre llega tarde. Es un rollo, ¿por qué tiene que trabajar tanto?

—¿Qué es lo que estás dibujando? —me pregunta la profe Susana, arrodillándose a mi lado.

Tapo el dibujo con el brazo y bajo la cabeza. Este dibujo no es para ella, es para mamá. De repente la puerta se abre, y veo a mamá entrar corriendo.

—Cielo, lo siento. No he podido salir antes del trabajo.

Guardo el cuadernillo y los lápices en la mochila y me la cuelgo en la espalda.

—Cariño, vamos a casa —dice poniendo una mano en mi espalda.

Salimos por el patio del colegio y me da la merienda. Quito la servilleta y pongo cara de asco.

—No me gusta. Lo quería de Nocilla.

—Mañana te lo prepararé así.... Pero no puedes estar todo el día comiendo

chocolate, que se te van a caer los dientes.

De repente me toca en el cuello y me encojo.

—¿Y esto? ¿Otra vez te han arañado?

—No.

Tira de mi mano y se agacha. Junta su cara con la mía.

—Alana, si los niños se portan mal contigo, se lo tienes que decir a la profesora —me dice muy seria.

—Ya se lo he dicho, pero no me hace caso.

—A ver, ¿qué ha pasado hoy?

—Dicen que no tengo papá porque soy rara y no me quiere —digo, empezando a llorar. Me suelto de su mano y empiezo a correr. Me coge antes de llegar al semáforo.

—Tu mamá te quiere por los dos. ¿Eso se lo has dicho?

—No. No quiero hablar con los niños. Son malos.

—No todos son malos —dice sonriendo. No sé por qué sonrío—. Algún día, uno de esos niños crecerá, y te querrá muchísimo.

—Puaj, qué asco.

Suelta una carcajada y me da mi botellita de agua.

—Algún día, un niño te dirá que te quiere, y tú se lo dirás a él. Y te cuidará, y te protegerá de todas las cosas malas.

Bebo un poquito de agua y me da la mano para cruzar cuando los coches se paran.

—Yo solo quiero que me cuides tú. No quiero a los niños. Son unos guarros.

Vuelve a reírse otra vez. Levanto la cabeza y la veo sonreír mirando no sé a dónde.

—Algún día, Alana. Algún día.

**Unas reliquias, un libro publicado en la época victoriana, un hombre misterioso y mucho deseo.**

**¿Puede contarse una historia de amor prohibido mediante las flores? ¿Puede una rosa expresar pasión? ¿Puede un nomeolvides suplicar que unos sentimientos sobrevivan al tiempo?**



En la vida de Tina hay dos cosas que no cambian: los líos económicos en los que se mete su hermano Guille y que siempre acaban por perjudicarles, y los sueños que tiene desde niña. En ellos ve retazos de la historia de una aristócrata inglesa, cuya pasión es cultivar flores en un invernadero y que se ve arrastrada por la atracción prohibida hacia un extranjero que llega a la Abadía con el marqués de

Ayrton.

Para cobrar la herencia de su tía, Tina deberá encontrar un libro llamado “Language of flowers” que fue publicado en 1884 e ilustrado por Kate Greenaway, y que posee como marca distintiva unas palabras manuscritas en japonés al final.

La búsqueda del ejemplar le conducirá a un enigmático y atractivo hombre experto en antigüedades del Período Edo y la Restauración Meiji, que le resultará cautivador porque la mira como si la conociera. Pronto descubrirá que también persigue las reliquias con las que se obsesionó su madre y, poco a poco, los sueños irán cobrando sentido mientras que el deseo que siente por él se volverá incontenible.

¿Quién es él? ¿Qué vínculo les une? ¿Qué se esconde detrás de un broche, un

camafeo y un guardapelo? ¿Por qué Tina conoce el verdadero nombre del misterioso señor Kimura?

Para averiguarlo, Tina y su hermano emprenderán una carrera contrarreloj para llegar a las reliquias antes que él, con el propósito de cambiarlas por el libro que necesitan, aunque la verdad que emergerá a la luz cambiará sus vidas para siempre.

**Una trama llena de romance expresado con el lenguaje de las flores en la época victoriana, que demuestra que el amor puede trascender el tiempo.**

«Me fijo en cómo acaricia una rosa, en cómo sus dedos largos rozan los pétalos y me doy cuenta de lo erótico de ese movimiento, de lo mucho que deseo esos dedos sobre mi piel tatuada. Y antes de que sea consciente, se me ha escapado un suspiro que habla de deseo, de placer, de sexo. Él lo percibe claramente y me mira. Como si lo reconociera, como si lo hubiera escuchado en otras mujeres e incluso... En mí misma».

**Natalia Sánchez Diana** nació en Valencia en 1983, aunque creció en Requena, hasta que decidió estudiar Publicidad. Se especializó en diseño gráfico y durante unos años trabajó como freelance, pero su verdadera pasión siempre ha sido escribir, por lo que en 2017 se lanzó a la autopublicación. Desde hace cinco años es mamá a tiempo completo, pero siempre saca tiempo para leer clásicos, documentarse sobre la época victoriana y sumergirse en la cultura japonesa.



Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Natalia Sánchez Diana

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-97-7

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Aunque sueñe con tu nombre

1. Chamomile Anthemis. Energía en adversidad
2. Honeysuckle. Lazos de amor
3. Snowdrop. Esperanza
4. Woodbine. Amor fraternal
5. Borage flowers. Franqueza
6. Lemon Geranium. Encuentro inesperado
7. Scarlett flowering beans. Determinación
8. French willow. Valentía y humanidad
09. Oak tree. Hospitalidad
10. Rose. Amor
11. Walnut flower. Duro destino
12. Cactus. Calidez
13. Acacia. Amistad
14. Coreopsis arkansa. Amor a primera vista
15. Sycamore. Curiosidad
16. Artemisia princeps. Yomogi
17. Spanish Jasmine. Sensualidad
18. Crimson Polyanthus. El misterio del corazón
19. White Chrysanthemum. Verdad
20. Heath. Soledad
21. American starwort. Bienvenida a un extranjero
22. Water lily,lotus. Misterio
23. Milkvetch. Tu presencia alivia mi dolor
24. Sweet Pea, Lathyrus. Despedida
25. Agrimony. Gratitud

26. Yellow Pansy. Pienso en ti
27. Zinnia. Pensamientos de amigos ausentes
28. Red carnation. Mi corazón duele por ti
29. Wild rose. Placer y dolor
30. Double red pink. Puro y ardiente amor
31. Yellow rose. Celos
32. Double China Aster. Comparto tus sentimientos
33. Allspice. Compasión
34. Syrian Mallow. Consumido por amor
35. Arbor vitae. Amistad que no cambia
36. Mourning Bride. Lo he perdido todo
37. Amaranth. Inmortalidad
38. Pine Apple. Eres perfecta
39. Red rose. Pasión
40. Garden Chervyl. Sinceridad
41. Cypress. Muerte
42. Pine. Lástima
43. Forgetmenot. No me olvides
44. Coronella. El éxito corona tus deseos
45. White Poplar. Tiempo
46. Lily of the Valley. Regreso de la felicidad
47. Butterfly weed. Déjame ir
48. Iris. Mensaje
49. Tulip, red. Declaración de amor

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Natalia Sánchez Diana

Créditos